COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

FLORA TRISTÁN

FEMINISMO Y SOCIALISMO

ANTOLOGÍA

Edición de

ANA DE MIGUEL Y ROSALÍA ROMERO

CATARATA

CATARATA

FEMINISMO Y SOCIALISMO

ANTOLOGÍA

Flora Tristán

Edición de Ana de Miguel y Rosalía Romero

Diseño gráfico de Arturo Iturbe

© de la Introducción, Ana de Miguel y Rosalía Romero, 2003

© Los Libros de la Catarata, 2003
Fuencarral, 70. 28004 Madrid
Teléfono: 91 532 05 04
Fax: 91 532 43 34
Correo eléctronico: loslibrosdelacatarata.org

ISBN: 84-8319-159-8
Depósito legal: M-8.221-2003

Estos materiales han sido editados para ser distribuidos.
La intención de los editores es que sean utilizados lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se hagan constar el título y la autoría

ÍNDICE

Introducción de Ana de Miguel y Rosalía Romero 7

A los obreros y a las obreras 39
(*Unión Obrera*, 1843)
Por qué menciono a las mujeres 47
(*Unión Obrera*, 1843)
Los obreros de las fábricas 69
(*Paseos en Londres*, 1840)
Mujeres públicas 81
(*Paseos en Londres*, 1840)
Las mujeres inglesas 107
(*Paseos en Londres*, 1840)

Lima y sus costumbres 123
(Extracto del capítulo VIII de *Peregrinaciones de una paria*, 1838)

Bibliografía seleccionada 137

INTRODUCCIÓN: FLORA TRISTÁN, HACIA LA ARTICULACIÓN DE FEMINISMO Y SOCIALISMO EN EL SIGLO XIX

Ana de Miguel y Rosalía Romero*

I. POR QUÉ MENCIONO A LAS MUJERES

El libro *Unión Obrera*, hasta hoy la obra más conocida y difundida de Flora Tristán, contiene un capítulo titulado «Por qué menciono a las mujeres». Éste es un título que, con humildad, pareciera pedir disculpas por la osadía, por atreverse, habiendo tantos males y tan grandes en este mundo, a hacer visible y demandar derechos para esa mitad siempre olvidada de la humanidad. Pero tal humildad quedará pronto en entredicho. Primero, porque, como se verá, esta mujer autodidacta no es humilde en absoluto y, segundo, porque si el libro tiene como objetivo el mejoramiento de la situación de la clase obrera, «la parte más viva, la más numerosa y la más útil de

* Queremos agradecer a las siguientes personas su colaboración para acceder a las obras de Flora Tristán. A Virginia Maquieira, Itziar Hado y Margarita Eva Rodríguez García, del Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la UAM; a Concha Roldán, del CSIC, y a Marisa Mediavilla, de la Biblioteca de Mujeres de Madrid.

la humanidad», Flora Tristán llegará a mantener la tesis de que, en última instancia, «todas las desgracias del mundo provienen del olvido y el desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer». De esta manera *Unión Obrera* se convierte en un apasionado y racional intento de conciliar teóricamente el feminismo con el socialismo.

Esta francesa, orgullosa de sus raíces peruanas, fue también una notable teórica y activista encuadrada en esa corriente del pensamiento crítico y socialista que llegó *a* conocerse como *socialismo utópico*. Sus sólidos argumentos en torno a la necesaria unión obrera la convierten en precursora del socialismo de clase y, sobre todo, del internacionalismo como única posibilidad para todos los oprimidos. Es asimismo la autora de una extraordinaria y desconocida obra, *Paseos en Londres*, en la que se encuentra un minucioso y amargo retrato de la convivencia entre opulencia y miseria que ha caracterizado a la sociedad industrial capitalista desde sus comienzos. Los barrios obreros y las fábricas, pero también las calles y los locales de prostitutas, las prisiones, los psiquiátricos y los suburbios en que malviven minorías como los irlandeses y los judíos, fueron visitados y retratados por esta mujer, tan decidida a enfrentarse directamente a la miseria humana como a erradicarla.

Ahora bien, han sido sus tesis feministas las que han garantizado a Flora Tristán un puesto en la historia del pensamiento, porque, como trataremos de hacer ver y explicar a lo largo de esta Introducción, si su obra no ha caído en el olvido absoluto ha sido porque el feminismo la ha reconocido como precursora, y no sólo a pie de página, sino que la ha editado y ha leído sus obras[1]. De ello da buena cuenta la bibliografía que adjuntamos al final, pero también las asociaciones feministas de nuestro país que llevan el nombre de Flora Tristán. Así, «las floras», como se

1. Habría que señalar la excepción de Perú, donde sus obras de viajes, especialmente *Peregrinaciones de una paria*, han dejado una notable huella; y donde también se ha convertido en un símbolo para el feminismo. Para el uso de Tristán como símbolo para las feministas peruanas en los años 70, véase Erika BUSSE, «Flora Tristan and Peruvian Feminist in the 20th Century», *Journal of Women's History*, Bloomington, Indiana University Press, en prensa.

las denomina en términos de andar por casa, son un testimonio andante de los denonados esfuerzos que el feminismo ha hecho por rescatar su memoria histórica y reconstruir una genealogía que haga justicia a las que tanto lucharon para ofrecernos un futuro de igualdad. Esta amnesia sólo se comprende adecuadamente desde la administración del conocimiento, característica del poder, en este caso del poder patriarcal. Y merece la pena rescatar las palabras que Lidia Falcón le dedicara en el prólogo a la edición española de *Peregrinaciones de una paria*:

> Si Flora Tristán hubiera sido hombre, el éxito, la fama y la posteridad le hubiesen estado destinados. [...] Ella y su obra serían de mención obligada para economistas, sociólogos, dirigentes sindicales y políticos de izquierdas. [...] Flora Tristán fue una mujer. Ni su vida ni su obra es recordada[2].

Sin tener que acudir a una teoría conspiratoria contra las mujeres, la teoría y la crítica feministas ya han puesto suficientemente de relieve el carácter androcéntrico del conocimiento y la contribución de la tradición académica a ignorar y silenciar los textos en que se plantea el debate sobre la igualdad sexual. Así, han sido relegadas al olvido numerosas obras escritas por mujeres y también por varones, en defensa de los derechos de las mujeres: ni sus nombres ni sus obras han trascendido. Pero también se han olvidado las obras o las partes de las obras dedicadas al análisis de los géneros de autores consagrados: esta dimensión de su pensamiento ni se estudia, ni se lee ni se menciona como una clave más de su obra. En todo caso es una parte *ad hoc* de la misma, sólo reseñable bajo el título de «X y la mujer» o «La mujer en la obra de Z». Y es que, como de forma tan certera ha señalado Amorós, el sesgo patriarcal del pensamiento implica sobre todo el olvido, el *no pensamiento* sobre las mujeres[3]. Por eso, entre otras razones, resulta

2. Lidia FALCÓN, «El castigo de Flora Tristán», en Flora TRISTÁN, *Peregrinaciones de una paria*, Madrid, eds. Istmo, 1986, p. LXXXIII.
3. Celia AMORÓS, «Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales», en V. MAQUIEIRA y C. SÁNCHEZ (comps.), *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, ed. Pablo Iglesias, 1990, pp. 6-7.

tan importante poder reconstruir la genealogía de un debate y una teoría de la que cada día resulta más difícil prescindir para comprender algo del mundo en que vivimos y pensamos[4].

En esta Introducción trataremos de hacer ver cómo Tristán, al igual que otras de las grandes feministas del diecinueve, prefigura ya muchos de los temas y problemas que aún hoy siguen sin estar resueltos, ni en la realidad ni en la teoría feminista. Y sobre todo la situaremos dentro de una tradición, el feminismo de raíz ilustrada, feminismo que conoce y comparte y desde el que trata de realizar la alianza teórica con el socialismo. En definitiva, nuestro objetivo es presentar a Flora Tristán como una pensadora de transición entre el feminismo de raíz ilustrado y el futuro feminismo de clase.

II. LAS VIDAS DE FLORA TRISTÁN

Conocer la vida de Flora Tristán es toparse con la intensidad de una experiencia humana elevada a una potencia inmensa, intensidad que se manifiesta tanto en su aspecto cuantitativo como cualitativo. El conocimiento empírico que esta autora adquirió de acontecimientos históricos claves en la primera mitad del siglo XIX, sólo es propio de personas cuya excelencia individual sobrepasa, por su propia fuerza e inteligencia, muchas determinaciones de la libertad. Pero la importancia que urge enfatizar es cómo recicla Flora Tristán en su obra la experiencia del mundo que obtuvo por su *modus vivendi*. Flora Tristán tiene una producción escrita de una amplitud que impresiona, si tenemos en cuenta el «tiempo» utilizado para escribirla. Nació en 1803 en París y murió en Burdeos en 1844, a los cuarenta y un años

4. También hay que decir que esta situación de olvido está cambiando y que la perspectiva feminista y los estudios de género están logrando reconocimiento más allá de las fronteras de la militancia feminista. Cfr. Alicia PULEO, *Filosofía, género y pensamiento crítico*, Valladolid, ed. Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, 2000, e Inés ALBERDI, «El significado del género en las ciencias sociales», *Política y Sociedad*, nº 32, 1999.

de edad. Aunque la mayor parte de su vida la vivió en Francia, pasó veinte meses en un viaje a Perú y cuatro estancias, en total, en Gran Bretaña, desde donde viajó también a Italia y a Suiza. Sus viajes a Perú y a Gran Bretaña son la ocasión para dos de sus obras más importantes, *Peregrinaciones de una paria* (1838) y *Paseos en Londres* (1840). Su actividad política y su compromiso con los movimientos obreros y feministas, propician su obra *La Unión Obrera* (1843).

Flora Tristán fue una de las primeras reporteras de la miseria: denunció y abogó por la abolición de la esclavitud en los continentes africano y americano. Años más tarde denunciaría la situación de los colectivos sociales pobres británicos, en pleno auge de desarrollo del incipiente sistema de producción capitalista, del que llegaría a afirmar que superaba, en infrahumanización de condiciones de existencia de los trabajadores, trabajadoras y niños y niñas, al sistema esclavista. En un pasaje de *Paseos en Londres*, en el capítulo dedicado a «Los obreros de las fábricas» expresa:

> La esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco al proletariado inglés. El esclavo está seguro de su pan para toda su vida y de cuidados cuando cae enfermo; mientras que no existe ningún vínculo entre el obrero y el amo inglés: si no tiene obra por entregar, el obrero muere de hambre; si está enfermo sucumbe sobre la paja de su pobre lecho, a menos que cerca ya de morir sea recibido en un hospital: porque es un favor el ser admitido ahí[5].

Pero su atención no se centró únicamente en los obreros, sino también en otros grupos: las prisiones, los prostíbulos, los asilos y las mujeres inglesas, constituyen los objetos de un conocimiento directo por parte de la pionera del socialismo, cuya mirada crítica no se detiene sólo en la *relación de producción* del individuo o grupo, es decir, en el proletariado de las fábricas,

5. Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres*. Trad. cast. de G.A., revisada por Sara Ráez Patiño. Lima, ed. Biblioteca Nacional del Perú, 1972, p. 59.

sino que abarca otras formas de explotación, de exclusión, de sumisión y de miseria. Este hecho convierte a Flora Tristán en una autora digna de figurar en la historización de temáticas que han emergido en las sociedades modernas europeas. A título de ejemplo, mencionaremos la importancia de que abordara la cuestión de las prisiones, temática ubicada en una línea que comenzaría con Bentham, sería retomada por Nietzsche y continuada por Foucault, línea de pensamiento en la que también las aportaciones de la autora de *Paseos en Londres* debieran ser insertadas.

La prolífica y versátil producción de esta autora, así como los géneros narrativos que quedaron impresos en la totalidad de su obra escrita, han permitido abrir el camino para que su nombre rece en los lugares que le corresponden. De este modo, la autora francesa, hija de un criollo peruano (Mariano Tristán y Moscoso) y de una mujer francesa, proveniente de una familia de la burguesía exiliada en España desde la Revolución de 1789 (Anne Laisnay), es reivindicada también como el primer viajero peruano con espíritu crítico. «Nací en Francia, pero soy del país de mi padre», confiesa Flora Tristán. Su obra *Paseos en Londres*, publicada por primera vez en castellano en 1972, le ha valido a la crítica situarla como la primera escritora latinoamericana que ofrece un testimonio de una sociedad europea que, nunca antes, había recibido «una admonición y censura semejantes»[6]. Reclamada para las historias literarias peruanas y latinoamericanas del período romántico, se arguye que su novela, *Méphis o el proletario* (1838), y sus libros de impresiones de viajes ofrecen una visión distinta del mundo europeo. En esta autora se encuentra el anverso de las versiones pintorescas, anecdóticas, en las que se exaltaban aconteceres «oficiales» y banales y figuras cumbres[7]. Por el propio título, *Paseos en Londres* se estima que, posiblemente, está inspirada en una obra muy en boga en su

6. Estuardo NÚÑEZ, «Estudio preliminar» a Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres, op. cit*, p. VI.
7. Ídem, p. VII.

época, *Paseos en Roma* (1829), de Stendhal, libro que respondía a la exaltación de antigüedades característica de los románticos; si bien Stendhal no carece de orientación crítica, en Flora Tristán la crítica social es más acentuada[8].

Escribió asimismo opúsculos, entre los que destacaremos «Necesidad de dar buena acogida a las mujeres extranjeras» y, además, estatutos y artículos. A su vuelta de Perú trabajó, también como escritora, para el periódico *La Gazette des femmes*, fundado en 1836. Dos años más tarde publicó «Sobre el arte desde el Renacimiento», publicado en *L'Artiste*, trabajo que fue muy valorado, sobre todo, por lo que respecta a la erudición de su autora.

Flora Tristán: una rebelde al lado de los desheredados

Los primeros cuatro años de vida de Flora se caracterizaron por la abundancia; su padre era un noble peruano, coronel de los dragones del rey de España, representante en París de la Corona española. Los recuerdos de la temprana infancia de la hija del noble peruano incluyen las visitas del libertador de América del Sur, Simón Bolívar, cuando, en su viaje por Europa, pasó por París. Pero el matrimonio que el padre había contraído con su madre no tenía validez legal, motivo por el que la familia queda desheredada cuando el Coronel muere repentinamente, y abocada a la pobreza más extrema. La familia llegará a vivir en París en unas condiciones económicas dependientes del tío materno. La herencia de Mariano Tristán y Moscoso era destinada a su hermano Pío, residente en Perú, en la ciudad de Arequipa.

Las condiciones de vida de las clases sociales trabajadoras y de los pobres en general en Francia, y concretamente en París, con el incremento de la población, eran extremadamente paupérrimas y desoladoras. Un país en la posguerra donde la violencia era la norma de vida. Hasta 1820, el índice de niños

8. *Ibidem.*

muertos ascendía a más del treinta por ciento de los nacidos, teniendo en cuenta que muchos de ellos eran niños grandes, es decir, niños y niñas que morían por las condiciones de trabajo a que estaban sometidos, sin una alimentación suficiente para sobrevivir a cambio de dicho trabajo. Los niños y niñas grandes eran realmente lo que en el siglo XIX se empezó a conceptuar como «adolescencia».

Flora tenía diecisiete años cuando entra a trabajar como iluminadora en el taller de André Chazal. En estos momentos nuestra autora expresa ya en sus cartas todas las inquietudes intelectuales y humanas que quería realizar en su vida. Pero Flora fue obligada, por su madre a casarse con el patrón cuando todavía tenía diecisiete años. Ésta es la edad de la vida en que se encuentra cuando su madre cree prever la promesa de unas óptimas condiciones económicas que aseguraran la salida de la más extremada miseria y desolación, en una ciudad en la que las plazas públicas incluían la imagen de la guillotina. El contrato fue un matrimonio civil. Años más tarde escribe: «Mi madre me obligó a casarme con un hombre al que yo no podía ni amar ni apreciar. A esa unión debo todos mis males; pero como después mi madre no dejó de manifestarme su más vivo pesar, la perdoné...»[9].

Se casó en 1821, cuando todavía no había cumplido los dieciocho años, y su primer hijo nació antes de cumplir los diecinueve. Cuando se quedó embarazada sentía un gran vacío existencial, no encontraba su «lugar» en el mundo, el lugar que ella deseaba: lo único que la sacaba de su estado de desidia era la lectura. La maternidad no vino a llenar el vacío que uno de los filósofos a los que leía, Rousseau, promulgaba.

Las agresiones de su marido, tanto psíquicas como físicas, ya había empezado. En estos momentos, en Francia, la política patriarcal se asentaba en los pilares del código napoleónico de 1804, que prescribe la eterna minoría de edad para la mujer casada: su firma carece de valor, su palabra también,

9. Flora TRISTÁN, *Peregrinaciones de una paria.* Trad. cast. de E. Romero del Valle. Madrid, eds. Istmo, 1986, p. 13.

pues no puede ser testigo en ningún acto civil, pierde su apellido y se ve obligada a adoptar el del marido, al cual, según el *poder marital* otorgado por el código napoleónico, la esposa le debe obediencia a cambio de su protección; incluso estando separada, la esposa no puede cambiar de nacionalidad ni defenderse ante los tribunales sin la firma del marido. En 1810 el adulterio se convierte en un delito, castigado mucho más duramente para la esposa que para su cónyuge, y el «deber conyugal» es prescrito para la mujer casada, que no puede negarse ante una violación en el lecho conyugal. El divorcio no era legal desde que en 1816 la Restauración lo prohibiera.

Hasta que en 1825 Flora decide separarse de su marido tiene dos hijos más. Sufrió la violencia doméstica y la violación en el lecho conyugal, llegó a ser inducida por su marido a la prostitución y, como cuenta en sus obras, el suicidio le rondaba la cabeza como única liberación. En 1826 Flora encuentra trabajo de «señorita de compañía», labor que simultaneó con el servicio doméstico hasta 1831. Sus hijos se quedaron a cargo de Anne Laisnay, su madre. Y sólo Aline, la madre de Paul Gauguin, viajará con Flora en algunas ocasiones. Alexandre, el mayor, muere cuando tenía ocho años. André Chazal reaparece violentamente en 1832, después, de siete años de irresponsabilidad absoluta hacia sus hijos. Apoyado por la justicia consigue la custodia de su hijo (Ernest) y sigue peleando por la de su hija (Aline).

En estos momentos, Flora había madurado ya la idea de viajar a Perú para reclamar la herencia de hija legítima, petición denegada por su tío mediante un contacto epistolar. Flora emprende el viaje al país de su padre. Se negaba a aceptar lo que le correspondía por hija natural. Este viaje tiene una importancia clave en la vida de esta socialista y feminista, a quien el conocimiento de la esclavitud, en un primer momento en las Islas de Cabo Verde (en Praia), es decisivo para su posterior concepción del mundo y su politización. Flora Tristán conoció un Perú que acababa de ser liberado del yugo español. De vivir entre los desposeídos, en París, pasa a vivir con la oligarquía más reaccionaria de Perú: los criollos, blancos de

origen español. Su familia es la más poderosa de la comercial y próspera ciudad de Arequipa, que en esta época es un mosaico de etnias y culturas; por un lado, los criollos, blancos de origen español, divididos entre sí y, por otro lado, los indios, que constituyen la mitad de la población, y los esclavos negros y mestizos. La mezcla de costumbres, de colores, de trajes, de religiones, de actividad culinaria, es objeto de la atención de esta escritora que denunció fehacientemente la exclusión social.

Flora pasó momentos muy difíciles en Perú, oculta que es una mujer separada de su marido, con hijos. Los conflictos bélicos, entre los que cabe destacar la revolución de Lima de 1834, y el miedo de la población a que los mismos se reprodujeran, no eran la mejor ocasión para alimentar el buen ánimo de alguien que, aunque vivió en la oligarquía peruana, expresaba ya la sedimentación de una conciencia social y política de las condiciones de vida de los pobres realmente espléndida y, nunca mejor dicho, prometedora. Ello sumado a la condición de mujer-madre en Francia en esta época, y pobre además, situación que ocultaba por las represalias que la familia Tristán podía adoptar. No tenía fortuna, ni profesión, ni independencia, ni siquiera un apellido propio (su nombre en Francia rezaba Chazal). Ella contaría después la profunda depresión que padeció en el viaje, en el que atravesó el Atlántico, y la elección final de no suicidarse. Flora Tristán vio la degradada situación de las mujeres esclavas que se veían abocadas a dejar morir a sus hijos retirándoles la leche. Regresa a Francia en 1835 y lleva una vida absolutamente clandestina; además de la represión política, ha de evitar la represión del que, oficialmente, es su marido.

Pero a Flora le quedaría todavía que sufrir el intento de violación de su marido a su hija y el de asesinato por parte de su marido, del que afortunadamente escapó de la muerte. Y las adversidades no vendrían sólo del ejercicio de la violencia por parte de Chazal; el homicida y violador fue defendido por Jules Favre, abogado republicano, defensor de los mutualistas, de los *canuts*, a raíz de los disturbios de 1834 en Lyon.

El abogado republicano, famoso por el compromiso con las causas que defiende, utilizará en la defensa del homicida de su mujer y violador de su hija, pasajes de las obras de Flora Tristán *Méphis* y *Peregrinaciones de una paria* para condenarla por su inmoralidad. Este último libro, en el que realiza una crítica rigurosa a la oligarquía criolla peruana y a muchas tradiciones —entre ellas las corridas de toros, los ritos religiosos—, fue quemado tras su publicación, junto a su efigie, en las ciudades de Lima y Arequipa. Por el mismo motivo, su tío le retiró la renta vitalicia que le había concedido años antes.

De sus impresiones de Perú cabe señalar la visión que Flora Tristán da de las mujeres limeñas. «La mujer limeña es libre tras la saya», traje femenino tradicional que de cuello a pies es ceñido hasta conseguir la protuberancia de la forma femenina del cuerpo, y la cabeza, hombros y brazos tapados por un manto que le permite ver sólo con un ojo. La mirada de la limeña es sesgada y su facultad de visión es restringida a la mitad; quizá la visión de Flora de la supuesta libertad de la mujer limeña es tan sesgada como la propia realidad de aquellas mujeres que únicamente han de salir a la calle de forma irreconocible y teniendo que forzar la vista para poder ver. La imagen de libertad que Flora ofrece de las mujeres limeñas contrasta, por el contrario, con otras consideraciones y actitudes que se encuentran en su obra y en su biografía. En su novela *Méphis* expresa que todo cuanto ahoga a la mujer o la reduce a sacrificarse es condenable. En este contexto critica el corsé como artilugio que convierte a la mujer en «una muñequita». Flora pone en práctica sus teorías y no lleva corsé, adelantándose, una vez más, a su época, pues hasta 1912 no desaparecerá en un desfile de modas esta prenda que dificultaba la respiración[10]. Además, su imagen de las limeñas contrastaba también con la importancia que en otras partes de su

10. Evelyne BLOCH-DANO, *Flora Tristán, la mujer mesías*. Trad. cast. de Teresa Clavel. Madrid, Maeva, p. 212.

obra concede a la mirada. Cuando habla de los obreros británicos se detiene en la delatadora imagen de sus fisonomías y dice así: «Es difícil encontrar su punto visual, todos tienen constantemente los ojos bajos y no os miran sino a hurtadillas, al echar disimuladamente una mirada de costado»[11]. Y a esta cita añade en una nota a pie de página que esta mirada la ha encontrado igualmente en los esclavos en América: «tal mirada se encuentra en todo lugar donde se es dependiente y subordinado». Y las únicas excepciones que había encontrado eran mujeres.

Tras la publicación de *Unión Obrera*, Flora Tristán planifica su *tour de France* para dar a conocer su obra, de la que, gracias a la suscripción de artistas, intelectuales, obreros y de algún propietario, se imprimieron decenas de miles de copias. En este viaje, la enfermedad la aqueja y la detiene en Burdeos, donde morirá el 14 de noviembre de 1844, acompañada de muchos de sus seguidores. En la Revolución de 1848, el derecho al trabajo es reconocido por el gobierno provisional de la República francesa y meses más tarde se inauguraría en Burdeos un monumento funerario a Flora Tristán, en cuyo cortejo la bandera tricolor llevaba impresas sus palabras: «Asociación. Derecho al trabajo».

III. FLORA TRISTÁN EN LA TRADICIÓN FEMINISTA

En la época de Flora Tristán ya existía una tradición suficientemente significativa de teoría y movimiento feminista. Autoras como Celia Amorós y Geneviève Fraisse han coincidido en señalar la filosofía de la Ilustración y los movimientos de mujeres y feministas que tuvieron lugar durante la Revolución Francesa como dos momentos clave, teórico uno, activista el otro, en la articulación del feminismo moderno. Así, el texto del filósofo cartesiano Poullain de la Barre titulado *Sobre la igualdad de los sexos* y publicado en 1673 sería la primera

11. Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres*, *op. cit.*, p. 58.

obra feminista que se centra explícitamente en fundamentar la demanda de igualdad sexual. Fraisse ha señalado que con esta obra estaríamos asistiendo a un verdadero cambio en el estatuto epistemológico de la controversia o «guerra entre los sexos»: La comparación entre el hombre y la mujer, propia de tiempos anteriores, abandona el centro del debate y se hace posible una reflexión sobre la igualdad[12]. Por su parte, Amorós ha encuadrado la obra de Poullain en el contexto más amplio de la Ilustración. Aun reconociendo el carácter pionero y específico de la obra, ésta forma parte de una continua corriente feminista que se caracteriza por radicalizar o universalizar la lógica de la razón, racionalista primero e ilustrada después. Asimismo mantiene que el feminismo como cuerpo coherente de vindicaciones y como proyecto político capaz de constituir un sujeto revolucionario colectivo sólo puede articularse teóricamente a partir de las premisas ilustradas, premisas que afirman que todos los humanos nacen libres e iguales y con los mismos derechos[13].

Y así las utilizaron las mujeres en la Revolución Francesa cuando observaron con estupor cómo el nuevo estado revolucionario no encontraba contradicción alguna en pregonar a los cuatro vientos la igualdad universal y dejar sin derechos civiles y políticos a la mitad de la raza humana. Las mujeres, que se autodenominaron «el tercer estado del tercer estado», mostraron su clara conciencia de colectivo oprimido y el carácter interestamental de su opresión. De bien poco les sirvió. La Revolución Francesa supuso una amarga y seguramente inesperada derrota para el feminismo. Los clubes de mujeres fueron cerrados por los jacobinos en 1793, y en 1794 se prohibió explícitamente la presencia de mujeres en cualquier tipo de actividad política. Las que se habían significado en su participación política, fuese cual fuese su adscripción ideológica, compartieron el mismo final: la guillotina o el

12. Geneviéve FRAISSE, *Musa de la razón*. Trad. cast. de Alicia Puleo. Madrid, Cátedra, 1991.
13. Celia AMORÓS, *Tiempo de feminismo*, Madrid, ed. Cátedra, 1998, y *Feminismo e Ilustración* (comp.), Madrid, ed. Instituto de Investigaciones Feministas, UCM-CAM, 1992.

exilio. Las más lúgubres predicciones de Olympe de Gouges se habían cumplido ampliamente: las mujeres no podían subir a la tribuna, pero sí al cadalso. ¿Cuál era su delito? La prensa revolucionaria de la época, siguiendo las enseñanzas del filósofo Rousseau[14], acérrimo defensor de la desigualdad sexual, es decir, de la desigualdad humana, lo explica muy claramente: habían transgredido las leyes de la naturaleza abjurando de su destino de madres y esposas, queriendo ser «hombres de Estado». El nuevo código civil napoleónico, yugo de Flora Tristán y de todas las mujeres de su tiempo, se encargaría de plasmar legalmente dicha ley natural.

Flora Tristán, que había leído y asimilado perfectamente la obra de Mary Wollstonecraft, continuará la tarea de deslegitimar este discurso patriarcal de la modernidad. Para Tristán, la situación de las mujeres se deriva de la aceptación del falso principio que afirma la inferioridad de la naturaleza femenina respecto a la masculina. Este discurso ideológico, hecho desde la ley, la ciencia y la iglesia margina a las mujeres de la educación racional y las destina a ser las esclavas de sus amos. Tristán identifica claramente la ideología de la naturaleza diferente y complementaria de los sexos como uno de los factores que no sólo legitiman la desigualdad sino que actúan también de forma causal, contribuyendo activamente a la reproducción de la desigualdad[15].

El giro de clase: la articulación de feminismo y socialismo

En el apartado anterior hemos insistido en la continuidad del feminismo de Tristán con los planteamientos anteriores y con autoras como Mary Wollstonecraft, a quien cita con admiración. A continuación nos corresponde dar cuenta del crucial

14. Cfr. Cristina MOLINA, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos, 1993; Rosa COBO, *Fundamentos del patriarcado moderno*, Madrid, ed. Cátedra, 1995, y Luisa POSADA, «Un gran reserva francés frente al vino de mesa rousseaniano», en L. POSADA, *Sexo y esencia*, Madrid, ed. Hora y Horas, 1998.

15. Máire CROOS y Tim GRAY en su obra *The Feminism of Flora Tristan* llegan a mantener que el feminismo de Tristán está incluso más cerca del liberalismo (en el sentido anglosajón del término, Wollstonecraft es considerada liberal) que del socialismo.

giro de clase que protagoniza en su obra *Unión Obrera* y que acabaría consolidándose en la formación del futuro feminismo marxista.

En primer lugar, hay que tener en cuenta los profundos y vertiginosos cambios sociales, económicos y políticos que caracterizaron la primera mitad del siglo diecinueve. Junto con la herencia de los ideales igualitaristas y democráticos impulsados por la Ilustración y la Revolución Francesa conviven los acuciantes problemas que estaba generando la Revolución Industrial y el capitalismo. El desarrollo de las democracias masculinas censitarias y el decisivo hecho de la industrialización suscitaron enormes expectativas respecto al progreso material y moral de la humanidad y se llegó a pensar que el fin de la escasez y la miseria estaba cercano. Estas esperanzas chocaron frontalmente con la realidad —las mujeres seguían excluidas de los derechos más elementales y el proletariado, cada vez más numeroso, quedaba totalmente al margen de la riqueza producida por la industria— y fueron el caldo de cultivo de los grandes movimientos sociales emancipatorios que, en buena medida, cambiaron el rumbo de la sociedad occidental.

Ahora bien, a mediados del siglo, y si hay que escoger una fecha ésta sería la de publicación del *Manifiesto Comunista*, en 1848, la situación del proletariado, su situación de degradación y miseria se convirtió en el hecho más sangrante del nuevo orden social. Al mismo tiempo, los proletarios se convertían en los grandes productores de riqueza y en la esperanza de una sociedad más justa. En comparación con la del proletariado, la situación de las mujeres era abiertamente contradictoria: mientras las mujeres de clase media y alta quedaban enclaustradas en un hogar que era, cada vez más, símbolo del estatus y éxito laboral del varón, y no se les reconocía ninguna actividad productiva, las mujeres proletarias se incorporaban masivamente al trabajo fabril[16]. Las obreras se consideraban

16. Cfr. Rosalía ROMERO, «La 'división sexual del trabajo' en el pensamiento feminista: evolución y retos», en A. VALCÁRCEL, M.ª D. RENAU y R. ROMERO (eds.), *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI*, ed. Mipatya, Instituto Andaluz de la Mujer, 2000.

mano de obra más barata y sumisa que los varones. Y los mismos que teorizaban la incapacidad física de las mujeres para desarrollar una actividad enérgica o vigorosa que necesitara un esfuerzo sostenido, abrían generosamente las puertas de sus fábricas para jornadas de hasta once horas diarias de trabajo continuado. En un mundo dominado por la visión ideológica y estereotipada de «la mujer» como un ser pasivo, dulce e infantilón, eterna menor de edad, las mujeres obreras se presentaban, en palabras de Joan Scott como una anomalía que no se sabía cómo tratar[17]. Y es preciso reconocer el mérito de Flora Tristán, pues ella sí supo cómo hacerlo.

El giro de clase de su feminismo tiene lugar cuando en el capítulo de *Unión Obrera* titulado «Por qué menciono a las mujeres» pasa a tomar como referente a las mujeres obreras. Y a desarrollar la tesis de que la negativa de la sociedad a educar a las mujeres está en relación con su explotación económica. No se envía a las niñas a la escuela «porque se les saca mejor partido en las tareas de la casa, ya sea para acunar a los niños, hacer recados, cuidar la comida, etc.», y luego «...a los doce años se le coloca de aprendiza: allí continúa siendo explotada por la patrona y a menudo también maltratada como cuando estaba en casa de sus padres»[18]. Las niñas, las mujeres son seres productivos dentro y fuera de casa; las niñas, las mujeres son maltratadas dentro y fuera de casa. A partir de aquí la argumentación de Tristán se dirige a explicar cómo el grave déficit educativo que sufren las mujeres perjudica a toda la sociedad, pero sobre todo es la clave del círculo de miseria en que está encerrada la clase obrera.

El retrato que hace Tristán de las obreras es un buen ejemplo de lo que se ha considerado su brutal franqueza, sobre todo si lo comparamos con la posterior idealización del proletariado y «las relaciones de total igualdad entre obreros y obreras»,

17. Joan SCOTT en *Historia de las Mujeres: El siglo XIX*, dirs. Georges DUBY y Michelle PERROT, Taurus eds., 1993, pp. 405 y ss.
18. Flora TRISTÁN, *Unión Obrera, op. cit.*, p. 117.

de las que a menudo hará gala el feminismo marxista posterior. Su juicio no puede ser más contundente: el trato injusto y vejatorio que sufren estas mujeres desde que nacen, unido a su nula educación y la obligada servidumbre al varón, genera en ellas un carácter brutal e incluso malvado. Las causas, claras y sencillas, aparecen como evidencias cartesianas para aquélla que las ha vivido de primera mano: el marido, al tener mayor educación y salario, es el jefe y trata con desprecio a su mujer, *la parienta*. Las mujeres siempre se rebelan contra este desprecio, según su carácter lo harán de forma frontal u oblicua, pero según Tristán la desigualdad sexual *siempre* genera violencia en el hogar. Esta violencia aleja al jefe del hogar, que acude a refugiarse a la taberna, donde malgasta el dinero imprescindible para la subsistencia. Esto redobla la ira de las mujeres...

> Hay que haber visto de cerca estos hogares obreros (sobre todo los peores) para hacerse una idea de la desgracia que sufre el marido, del sufrimiento que padece la mujer. De los reproches, de las injurias se pasa a los golpes, después a los lloros, al desaliento y a la desesperanza[19].

Y Flora Tristán continúa recitando la letanía de degradación de la vida de las mujeres: a la supremacía masculina hay que añadir los continuos embarazos, las enfermedades, la irritación que causan los chiquillos, para terminar formulando un interrogante..., en estas condiciones, ¿qué se puede esperar de una madre? La respuesta también la tiene muy clara. Esta degradación moral reviste la mayor importancia porque las mujeres, en sus múltiples funciones de madres, esposas, amantes, hijas, etc., «lo son todo en la vida del obrero», influyen a lo largo de toda su vida. En consecuencia, educar bien a las mujeres, a las mujeres obreras, supone el principio de la mejora intelectual, moral y material de la clase obrera. Tristán, como buena heredera de la Ilustración y como buena utópica también, confía casi ciegamente en el poder de la educación. De la educación se obtienen

19. Flora TRISTÁN, ídem, pp. 120-121.

tres resultados benéficos que son, embrionariamente, los tres argumentos que John Stuart Mill desarrollará cuando se plantee en qué beneficia a la humanidad en su conjunto la emancipación de las mujeres[20].

En primer lugar, esgrime el argumento de la competencia instrumental: al educar a las mujeres, la sociedad no desperdiciaría «su inteligencia y su trabajo». En segundo lugar, el argumento de la competencia moral: las obreras bien educadas y bien pagadas podrán educar a sus hijos como conviene a los «hombres libres»; en tercer y último lugar, el que denominábamos el argumento de la compañera, argumento según el cual los varones se benefician de la emancipación de las mujeres en cuanto que éstas dejan de ser sus meras siervas y pasan a ser auténticas compañeras «porque nada es más grato, más suave para el corazón del hombre, que la conversación con las mujeres cuando son instruidas, buenas y charlan con discernimiento y benevolencia».

En la actualidad es posible que cause sorpresa e irritación una argumentación como la anterior, es decir, que el derecho de las mujeres a la educación se sostenga más en su función como madres y esposas que en sus derechos como seres humanos. Y sin embargo sigue haciéndose, especialmente y no por casualidad en la defensa de los derechos de las niñas y las mujeres en el tercer mundo. Pareciera que sólo una vez que se ha erradicado la pobreza pueden las mujeres reivindicar derechos en su condición de seres humanos y no de cuidadoras de hijos, maridos, padres, enfermos. En todo caso, el feminismo, como todo movimiento social emancipatorio, siempre ha tratado de explicar cómo sus reivindicaciones no sólo benefician al colectivo más directamente implicado en la causa —en este caso las mujeres— sino a toda la humanidad. Y además en el caso concreto de Tristán no hay que olvidar que, justamente, una de sus contribuciones más significativas desde la perspectiva de la teoría feminista ha sido la de encontrar una clave común que

20. Cfr. Ana de MIGUEL, *Cómo leer a John Stuart Mill*, Madrid, ed. Júcar, 1994, especialmente el capítulo titulado «La sujeción de la mujer».

relacione la injusta situación de las mujeres con la injusta situación de la clase obrera en particular y la humanidad en general. Y que esta clave no fuera solamente accidental o coyuntural sino, digamos, esencial, capaz de establecer una alianza necesaria entre feminismo y socialismo. El objetivo de Tristán ha sido el de mostrar que «todos los males del mundo proceden del olvido de los derechos de las mujeres», y no seremos nosotras quienes le quitemos la razón. Ahora bien, sí señalaremos que en este digno empeño Flora Tristán ha terminado por asumir lo que Amelia Valcárcel ha denominado la heterodesignación de la identidad de las mujeres[21] y acepta de forma acrítica la definición patriarcal de su identidad en términos relacionales, como esposas y madres, nada en sí mismas. Y decimos *ha terminado* porque en otros escritos feministas, en que no tiene como referentes a las obreras, su defensa de los derechos de las mujeres sí se fundamenta en su condición de seres humanos, en su derecho a la autonomía y a la individualidad.

Esta dualidad y ambivalencia que subyacen al feminismo de Flora Tristán marcarán en buena medida el rumbo del feminismo en el diecinueve, que se hará plural y se plasmará en las diferencias y debates entre el feminismo sufragista y el feminismo marxista. El sufragismo se hará fuerte en sus certeros diagnósticos sobre el poder patriarcal y difundirá su aguda conciencia de que las mujeres forman un colectivo político con intereses e identidad específicos e irreductibles a otras causas[22]. Pero se enfrentará con menos éxito al hecho insoslayable de que las vidas reales de unos grupos y otros de mujeres transcurrían en espacios o mundos tan distintos como los que propician las razas y las clases sociales. Es decir, a lo que ahora se denomina la cuestión de la diversidad de las mujeres. A su vez, el problema que se les planteará a las feministas socialistas será de muy diferente índole: el problema de que el marxismo reconoce la

21. Amelia VALCÁRCEL, *Sexo y Filosofía*, Barcelona, ed. Antrhopos, 1991.
22. Cfr. Alicia MIYARES, «Sufragismo», en C. AMORÓS (coord.), *Historia de la Teoría Feminista*, Madrid, ed. Instituto de Investigaciones Feministas, UCM-CAM, 1994.

situación específica de las mujeres, pero por decirlo resumidamente, considera que con este reconocimiento ya está todo hecho. Es decir, termina subsumiendo la lucha feminista en la lucha de clases, la lucha por antonomasia, e infravalorando el problema muy real de que el sistema patriarcal existe y no precisamente en el papel sino que tiene consecuencias de explotación, violencia y sufrimiento tan duras y reales como el sistema de clases. Ésta es la razón por la que algunas de las teóricas feministas y socialistas actuales han llegado a diagnosticar que las categorías del marxismo son ciegas al sexo y el matrimonio entre marxismo y feminismo ha sido desgraciado (para el feminismo)[23]. Pero no hay que dramatizar, las mujeres, que hemos luchado tanto por el derecho al divorcio, sabemos que no es tan grave. Se puede empezar de nuevo, y tal vez, siguiendo el modelo inaugurado por Tristán, feminismo y socialismo tienen un sólido y largo futuro juntos, siempre y cuando se plantee desde la autonomía y la igualdad, como sucede con las buenas amistades.

El contrato matrimonial

Si en el apartado anterior nos hemos centrado en el análisis diferencial de las mujeres según la pertenencia de clase, ahora, al tratar temas como el matrimonio o la prostitución volvemos sobre lo que une a las mujeres de todas las clases sociales: la situación de subordinación respecto a los hombres. Su situación de inferiores o esclavas, *Tristán dixit*, independientemente de la clase social. En la ya mencionada obra *Paseos en Londres* la autora realiza un análisis de la institución matrimonial en el que toma como referente a las mujeres de clase media y alta. Sin duda en este análisis resuenan los ecos de las conversaciones compartidas en Londres con Anna

23. Cfr. Heidi HARTMANN, «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», en *Zona Abierta*, nº 24, pp. 85-113; Ana de MIGUEL, «El conflicto clase sexo-género en la tradición socialista», en C. AMORÓS (coord.), *Historia de la Teoría Feminista*, *op. cit.*

Wheeler, a su juicio «la única mujer socialista que conoció en Londres» y que fue su acompañante en las incursiones por la marginalidad de la gran ciudad, como el psiquiátrico de Belen. Anna Wheeler es, junto con William Thompson, la autora de una obra clásica de la teoría feminista, *La demanda de la mitad de la raza humana, las mujeres* (1825), en la que se encuentra uno de los análisis más lúcidos e incisivos de las implicaciones del contrato matrimonial como contrato sexual, contrato por el que se accede a la propiedad de los cuerpos de las mujeres[24]. Además, las vidas de ambas mujeres presentan muchas coincidencias biográficas a este respecto: las dos fueron víctimas de continuados malos tratos por parte de los cónyuges, las dos terminaron huyendo con sus hijos y convirtiéndose en prófugas, pues la patria potestad era de los varones. Pero a pesar de la dureza de estas situaciones, que debían de ser relativamente comunes, como muestra el clamor de las sufragistas en defensa del divorcio y otros derechos civiles para las mujeres, ellas consiguieron sobreponerse a su destino. Las dos lograron construirse una nueva identidad personal y social como mujeres autodidactas que abrazaron la causa feminista y llegaron a integrarse en los círculos de cooperativistas y socialistas europeos. Una vez más comprobamos que la osadía intelectual y política de que hace gala Flora Tristán no es un caso aislado, la encontramos en ella al igual que en tantas feministas pioneras, en paralelo con su experiencia personal.

La prostitución

Flora Tristán, de la que podría decirse aquello de que nada de lo humano le es ajeno, se declara, sin embargo, incapaz de comprender la prostitución. Se declara capaz de comprender al salteador de caminos, aunque tarde o temprano su cabeza acabe

24. William THOMPSON y Anna WHEELER, *La demanda de la mitad de la raza humana, las mujeres, contra la pretensión de la otra mitad, los hombres, de mantenerlas en la esclavitud política y, en consecuencia, civil y doméstica*, edición de Ana de Miguel, Granada, ed. Comares, 2000.

en la guillotina, capaz de comprender al soldado que arriesga continuamente su vida por unos centavos diarios, capaz de comprender al marinero que expone su vida al furor de los mares..., a todos ellos los puede comprender porque, según sus palabras:

> ...los tres encuentran en su oficio una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Arrostrar la muerte no es nada; pero ¡qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes, y desprecio de sí misma[25].

Así pues, la prostitución, que califica como la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes en el mundo, no puede ser nunca, en su forma de entender la vida humana, producto de la elección. La prostitución tiene una doble causa. En primer lugar, la situación de subordinación y opresión de las mujeres que las conduce a encontrar muy pocos medios de supervivencia. En segundo lugar, la desigualdad económica, la prostitución se expande mejor en las sociedades más desigualitarias. Tristán no condena jamás la moral de las prostitutas pero sí abunda en lo que califica la depravación de las clases altas, a las que fustiga una y otra vez por su perversión y su hipocresía. En uno de los pasajes más sórdidos de una obra repleta de miseria, Tristán expone con detalle las prácticas de los caballeros ingleses en los *finishes*, locales en los que se emborrachan para desinhibirse y abusar de la joven mercancía que se repone a menudo: duran poco en el mercado y la clientela reclama continuas novedades. También se detiene en enumerar los mecanismos de engaño más frecuentes que utilizan los mercaderes de cuerpos para llevar a las niñas y chicas jóvenes a la prostitución. Tristán no habla de oídas. Ejerce como socióloga y

25. Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres*, *op. cit.*, p. 66.

como periodista, ha ido a las calles, ha entrado en los *finishes*, ha consultado los estudios que existen y ha hablado directamente con sus autores para informarnos de que la mitad de las prostitutas londinenses tienen menos de veinte años y que hay entre trece mil y catorce mil de diez a trece años.

IV. EL PENSAMIENTO TRISTANIANO EN LA HISTORIA DEL SOCIALISMO

Flora Tristán pertenece a la I Generación de socialistas, movimiento social e intelectual que reacciona frente a la política hegemónica tras la Revolución Francesa, revolución en la que fueron frustrados los ideales de su divisa: libertad, igualdad y fraternidad. Pero hay algo, del mismo modo determinante en este movimiento de reacción a la represión política del Estado francés, además de la crítica a otros gobiernos: el nacimiento y desarrollo del sistema capitalista.

El período que abarca esta corriente se extiende desde la Revolución de 1789 hasta la Revolución de 1848. Los referentes socio-históricos más importantes que inspiraron sus comprensiones del mundo fueron la Revolución de 1789 y la Revolución de 1830, así como los movimientos obreros que convergieron en Francia y en Gran Bretaña entre 1830 y 1848. Esta corriente de pensamiento crítico es conocida como socialismo *utópico*, término acuñado por Engels en su opúsculo *Del socialismo utópico al socialismo científico*, escrito en el que trataba de marcar distancias con el misticismo de los primeros socialistas, así como también con lo que se refiere al énfasis en el *sujeto* de transformación social. Engels y Marx criticaban la confianza que los socialistas utópicos tenían en el consentimiento que esperaban de la burguesía para erradicar las infrahumanas condiciones de existencia de los obreros.

Los autores más conocidos, por la forma en que se ha transmitido el conocimiento, a través de diccionarios filosóficos, historias de la filosofía, del pensamiento social, y del socialismo, son Saint-Simon, Fourier y Owen. Una historia

del socialismo, que pretenda dar una imagen fidedigna del desarrollo de los hechos y de las ideas, requiere del conocimiento de la obra de Flora Tristán, figura clave en el contexto de la lucha obrera, del pensamiento social y de la literatura de la Generación de 1830. Conoció la esclavitud y vio cómo vivía la oligarquía criolla peruana, conoció las condiciones de existencia de los obreros de las fábricas inglesas y el Movimiento Cartista. Tales experiencias directas de la realidad de los pobres del mundo sedimentan una comprensión de las problemáticas sociales y de las maneras de transformarlas con una coloración absolutamente original en la historia del socialismo, hecho que sitúa a esta autora en el *camino hacia el socialismo científico*, pero dado que encontramos que las diferencias entre su obra y los socialistas científicos son traducidas, en ocasiones, en aspectos de una mayor magnitud prospectiva, nos acercamos más a sus propuestas si la situamos *entre* el primer socialismo y la teoría engelsiano-marxista.

Durante la Revolución de 1830, Flora Tristán fue espectadora de los acontecimientos ocurridos en París, barricadas en el este de la ciudad y alzamiento de la población de los suburbios junto a los jóvenes burgueses republicanos. Los pactos se suceden y Luis Felipe es elegido rey de los franceses, pero la insurrección republicana de 1832 y los asesinatos de los sublevados supusieron un fuerte choque a las esperanzas revolucionarias que luchaban para que el nuevo orden social no beneficiara sólo a la burguesía, sino al Tercer Estado en su totalidad. En 1834 la libertad de expresión sufre la impronta de la prohibición de muchos de los periódicos que circulaban entre los movimientos republicanos y revolucionarios. La Sociedad de los Derechos del Hombre, de inspiración jacobina y muy próxima a las ideas socialistas, fue oficialmente disuelta y su periódico, *La Tribune*, pasó a la clandestinidad. Además, el Gobierno de Thiers detiene a 150 miembros de dicha sociedad y prepara una ley contra las asociaciones de más de veinte personas. Mientras tanto en Lyon tienen lugar las revueltas de los trabajadores de la seda, *los canuts*. Los republicanos van a estar, mediante la represión sangrienta, cada vez más aislados

y divididos. Las elecciones de junio de 1834 legitimarán oficialmente la creciente represión que dará lugar a Las Leyes de Septiembre que Thiers pone en vigor, después del atentado contra el rey Luis Felipe, en el año 1835. Tales leyes reorganizan las audiencias y los actos de rebelión; otras leyes refuerzan la represión contra los delitos de prensa y demás medios de expresión, entre los que cabe destacar el grabado como medio de expresión frecuente en el comentario político. La oposición republicana pasará a la clandestinidad.

Flora Tristán tuvo, en su origen, una formación en las ideas sansimonianas, a través de la lectura de su periódico, *Le Globe*. En 1832, al hilo de la política represiva, Prosper Enfatin, máxima autoridad entre los discípulos del ya fallecido Saint-Simon, se retira a Ménilmontant con cuarenta discípulos. Tristán se identifica con las ideas de los sansimonianos, sobre todo, en la importancia que conceden a la asociación, la crítica al matrimonio y la apología de la libertad sexual. Pero el abismo entre su teoría y su práctica la distanció de esta primera corriente que, cuando organizó su comunidad, inspirada en los ideales de Saint-Simon de ayuda mutua y organización, prohibió participar a las mujeres. En el mismo año serán acusados de ultraje a la moral y de delito de asociación, y la comunidad será disuelta. Tras unos meses de cárcel, Prosper Enfatin viajará a Egipto en busca de la *Mujer Mesías*. Algunos estudiosos estiman que los primeros *kibbutz*[26] le deben mucho a este socialista revolucionario que, en 1846, a su regreso de Argel, funda la Sociedad del Canal de Suez.

La conexión con el fourierismo comienza con la lectura de *Le Phalanstère*, periódico dirigido por Victor Considérant. Durante los dos últimos años de su vida, Fourier se vio varias veces con Flora en París, y le regala su libro *La fausse industrie* donde realiza una crítica del comercio, de la industria, de la familia y, en general, de una sociedad basada en el egoísmo.

---

26. Cfr. Jean SERVIER, *Histoire de l'utopie*, Paris, ed. Gallimard, 1967.

Además, la apología de la asociación, el lenguaje de la pasión, la igualdad entre los sexos motivarán el interés de esta autora que encuentra más puntos en común con el autor que propuso la creación de comunidades, donde quedaría abolida la frontera entre placer y trabajo. Fourier ideó unas cooperativas agrícolas y artesanales de unos 1.600 miembros: los falansterios o falanges, que constituirían la sociedad ideal. Con Fourier compartía la célebre cita del filósofo:

> Se ha observado que el grado de civilización que las diferentes sociedades han alcanzado siempre ha sido proporcional al grado de independencia del que han gozado en ellas las mujeres.

Sin embargo, Tristán criticaba a Fourier el énfasis y prioridad de la teoría sobre la praxis o acción social; de hecho fue por este motivo, precisamente, por lo que se alejó del fourierismo; conoció cómo los discípulos de Fourier negaron a las mujeres el derecho a participar en el banquete del primer aniversario de la muerte del maestro[27].

A su vuelta de Perú publica el opúsculo, desconocido durante muchos años, *Necesidad de dar buena acogida a las mujeres extranjeras*. Sus viajes a distintos países le permitieron ver, tempranamente, las dificultades en que se encuentran las mujeres que emigran a otros países en búsqueda de trabajos que les permitan la supervivencia. Una mujer *sola* en un país extranjero aumenta considerablemente sus dificultades: en Francia, concretamente, la ley no permitía la concesión de la nacionalidad a las mujeres provenientes de otros países: la identidad de éstas dependía del padre o marido. Además de la defensa de las mujeres que se encuentran *solas* fuera de su país de origen, Flora esboza ya, en este opúsculo de 1835, su *internacionalismo*: «En lo sucesivo, nuestra patria debe ser el universo»[28]. Ello sumado al deterioro de la legislación para la

27. Evelyne BLOCH-DANO, *Flora Tristán, la mujer mesías, op. cit.*, p. 187.
28. Flora TRISTÁN, *Nécessitté de faire un bon accueil aux femmes étrangères*, éd. de Denys Cuche, Paris, L'Harmattan, 1988, p. 83.

población inmigrante en el código civil, que sólo concede la igualdad de derechos a los ciudadanos franceses. Cabe señalar que hacia 1836 la población inmigrante, residente en Francia, ascendía a 400.000, eran principalmente artesanos y obreros cualificados, viajeros y refugiados políticos[29].

Además de la defensa de las mujeres extranjeras y el internacionalismo, un tercer aspecto de este opúsculo es la expresión de la dimensión práctica de Tristán, que propone crear una *Sociedad a favor de las Mujeres Extranjeras*, argumentando las ventajas del asociacionismo. En los Estatutos establecidos para esta sociedad se admiten mujeres y hombres y tiene por objeto acoger a las extranjeras y ayudarlas para su integración. En este opúsculo se encuentra la divisa de la sociedad: virtud, prudencia y publicidad. La virtud y la prudencia significan respectivamente amor a la humanidad y precaución con las trampas. Publicidad, concepto sansimoniano, «impondrá el deber imperioso de denunciar al público el vicio, la intriga y la maldad».

Flora Tristán realiza una crítica rigurosa a los ingleses por su voluntad de supremacía en el mundo; consiguió entrar en el Parlamento inglés, vestida de hombre y clandestina, y denunció la irresponsabilidad que manifestaban quienes ocupaban los escaños, tanto en la Cámara de los Lores como en la Cámara de los Comunes. Asistió también a reuniones del Movimiento Cartista y lo dio a conocer en Francia, a través de *Paseos en Londres*. El subtítulo de esta obra es «La aristocracia y el proletariado inglés», pero su concepto de proletariado no es el de «clase social» de la concepción engelsiano-marxista. *Proletariado* en Flora Tristán abarca a todos los indigentes. Entre ellos denuncia las condiciones de vida a que están sometidos los niños y niñas en Inglaterra: robos, compraventas, prostitución... Conoce personalmente a Rovert Owen, a quien le dedica un capítulo en *Paseos en Londres*: antiguo obrero convertido en patrón que transformó en cooperativa su fábrica de hilaturas de New Lanark, en Escocia. Destacaremos

---

29. Cfr. Denys CUCHE, «Introduction» a *Nécessitté de faire un bon accueil aux femmes étrangères*, *op. cit.*, pp. 23 y ss.

que a este pionero del socialismo se debe la creación de la primera escuela de parvulario. Pero dados los obstáculos provenientes del fanatismo religioso y de la aristocracia, Owen fue a América, donde fundó en 1824 la colonia de New-harmony, en el estado de Indiana. En todos los estados de la Unión se formaron asociaciones inspiradas en las ideas de Owen, denominadas *cooperative society*. Owen encontró en los Estados Unidos las mismas persecuciones que en Inglaterra, y Tristán denuncia la intolerancia de estos dos países donde el fanatismo pervive en todo su horror. La autora de *Paseos en Londres*, en el elogio al fundador de las cooperativas, expresa:

> Jamás la filantropía ha aparecido bajo una forma más unitaria, más llena de caridad que en la organización social de Owen: sectarios de Brama, de Confucio, de judíos, cristianos y musulmanes, niños, jóvenes y viejos, ricos y pobres, el filántropo práctico, los reúne a todos. Su bandera es la tolerancia; su ley se deriva del principio de amor y fraternidad predicado por Jesús: él afirma la asociación por el imperio de los hábitos benévolos y por el interés individual identificado con el interés de todos[30].

Flora Tristán declara que no es «ni sansimoniana, ni fourierista, ni oweniana». En su comprensión de estas tres doctrinas, elaboradas sin conexión entre sí, afirma que llegan a una *verdadera moral*, a saber: que el trabajo por asociación es el único que puede preservar de la opresión y del hambre[31].

Si bien tiene características en común con esta generación de pensadores, Tristán es una figura clave en el paso del socialismo utópico al socialismo científico: su obra *Unión Obrera* es de una importancia capital en la historia del socialismo y del movimiento obrero. En ella se dirige a los obreros, y también a las obreras, que trabajan en fábricas o en oficios tradicionales. Los referentes sociales de esta obra son fundamentalmente

30. Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres*, *op. cit.*, p. 213.
31. Ídem, p. 207.

artesanos, *compagnons*[32] y *canuts*. Flora sostiene que la unión de los obreros no debe limitarse a los *compagnons*, sino trascender las corporaciones, los oficios e incluso los países; y ello con un sólo objetivo: poner fin a la miseria. La unión hace la fuerza para exigir «el derecho al trabajo y a la organización del trabajo». Y como dice en sus escritos: «Vosotros, los obreros, no habéis comprendido que para constituiros es preciso excluir a todos los burgueses...»[33]. Es, por tanto, como mínimo, muy discutible la afirmación que sostiene que entre los principios que Tristán comparte con los socialistas utópicos está «la apelación a las clases superiores como medio de cambiar la situación de la clase trabajadora[34]. *Unión Obrera* fue escrita en seis semanas y propone la constitución de *la clase obrera* para defender sus propios intereses. Los tres primeros capítulos son la fundamentación teórica del proyecto y en el cuarto capítulo se detiene en la organización propiamente dicha. Constituir la clase obrera significa en Flora Tristán tener un representante ante la nación, un comité central con emisarios por todo el país, órgano de prensa, cotizaciones, negociaciones con las demás clases sociales. Como Victor Considèrant expresara, «crear esa Unión sería crear el partido de los proletarios», quien, por su parte, defendería la idea de un partido democrático apoyado en la burguesía liberal[35].

La influencia de esta obra en el joven Marx es manifiesta[36], así como el alejamiento del fourierismo. No hay acuerdo entre los estudiosos y estudiosas de nuestra autora en afirmar si Marx y Tristán se conocieron personalmente, lo que sí se sabe es que Arnold Ruge, fundador con Marx de *Los Anales francoalemanes*,

---

32. Los *compagnons* eran una forma de organización obrera que se caracterizaba por la existencia de sociedades de ayuda mutua y de formación profesional, y estaban organizados mediante corporaciones.
33. Flora TRISTÁN, *Lettres réunies*, ed. de Stéphane Michaud, Paris, ed. Seuil, 1980, p. 209.
34. Cfr. Yolanda MARCO, «Introducción» a Flora Tristán, *Unión Obrera*, Madrid, ed. Fontamara, p. 32.
35. Evelyne BLOCH-DANO, *Flora Tristán, la mujer mesías*, *op. cit.*, p. 282.
36. Cfr. Daniel ARMOGATHE et Jacques GRANDJONC, «Introduction» a *Union Ouvrière*, Paris, ed. Des Femmes, 1986.

asistió en el mismo año a reuniones en casa de Tristán en París, y destacó su gran inteligencia[37].

Engels sostiene que el rasgo común a los grandes utópicos es «el no actuar como representantes de los intereses del proletariado». Les critica que, al igual que los ilustrados franceses, no se proponen emancipar en primer lugar a una clase determinada, sino a toda la humanidad al mismo tiempo[38]. Si bien les concede su acuerdo en la crítica al modo de producción capitalista, les critica que no explicaran su funcionamiento y, por consiguiente, su incapacidad para destruirlo ideológicamente. El carácter oculto e interno del sistema económico capitalista se puso de manifiesto con el descubrimiento de la plusvalía. Engels defiende que este descubrimiento, junto con la concepción materialista de la historia, se debe a Marx[39]. Algunos autores han considerado que entre los socialistas utópicos y Marx se encuentra la figura de transición de Simonde de Sismondi, sin conceder lugar alguno a las aportaciones de nuestra autora[40]. Sin embargo, hemos de saber que aunque Flora Tristán no utilizó el concepto de plusvalía, sí que operó con su significado, como puso ya de manifiesto, antes de escribir *Unión Obrera*, en su obra *Paseos en Londres* cuando sostiene que: «El obrero inglés se encuentra enteramente al arbitrio del capitalista fabricante; éste puede por largo tiempo satisfacer la demanda sin cambiar la ley del obrero. *El beneficio de la fabricación es así enteramente para el fabricante*, y el obrero no obtiene sino para el pan por sus catorce horas de trabajo»[41].

De sus propias palabras cabe derivar que si no utilizó el significante, sí que había comprendido el significado del

37. Evelyne BLOCH-DANO, *Flora Tristán, la mujer mesías, op. cit.*, p. 282.
38. Friedrich ENGELS, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. III, Moscú, ed. Progreso, 1981, p. 123.
39. Idem, pp. 140-141.
40. Cfr., por ejemplo, la obra, por otro lado excelente, de Salvador GINER, *Historia del pensamiento social*, Barcelona, ed. Ariel, 1993, pp. 467-470.
41. Flora TRISTÁN, *Paseos en Londres, op. cit.*, p. 37. (La cursiva es nuestra).

concepto de plusvalía. Hoy, en un mundo en el que se internacionaliza el modo de producción capitalista, la obra de Flora Tristán merece ser escuchada. Pero la atención a esta autora puede enseñar muchas más cosas en una época en la que se busca un sujeto internacional, de transformación de las difíciles condiciones de existencia de la mayor parte de la población del planeta, al mismo tiempo que se reflexiona sobre el sujeto que el marxismo no acertó a identificar, desde que proclamara que debía ser el proletariado. Para la construcción de este sujeto no es ocioso volver a Flora Tristán, quien en su mirada crítica incluyó a todos los indigentes, no sólo a aquellos que generaban «plusvalía» para el patrón con sus excesivas jornadas de trabajo. Si el pensamiento y la acción críticos abogan por la constitución de ese sujeto, no pueden olvidar a quienes en la obra tristaniana merecieron la consideración de ser narrados y pensados, porque si bien en los inicios del siglo XXI podemos ver las limitaciones de algunas de sus propuestas, también es verdad que la gran magnitud prospectiva del pensamiento tristaniano es hoy incuestionable.

A LOS OBREROS Y A LAS OBRERAS ('Unión Obrera', 1843)

OBREROS Y OBRERAS

Escuchadme: desde hace veinticinco años, los hombres más inteligentes y más abnegados han consagrado su vida a la defensa de vuestra sagrada causa[1]; ellos, con sus escritos, discursos, informes, memorias, encuestas, estadísticas, han señalado, han constatado, han demostrado al Gobierno y a los ricos que la clase obrera, en el actual estado de cosas, se encuentra material y moralmente una situación intolerable de miseria y de dolor; han demostrado que, de este estado de abandono y sufrimiento, resultaba necesariamente que la mayoría de los obreros, amargados por la desgracia, embrutecidos por la ignorancia y por un trabajo que excede sus fuerzas, se convertían en seres peligrosos para la sociedad; han demostrado

1. Saint-Simon, Owen, Fourier y sus escuelas; Parent-Duchâtelet, Eugène Buret, Willermé, Pierre Leroux, Louis Blanc, Gustave de Beaumont, Proudhon, Cabet; y, entre los obreros, Adolphe Boyer, Agricol Perdiguier, Pierre Moreau, etc.

al Gobierno y a los ricos que no solamente la justicia y la humanidad imponían el deber de acudir en socorro de las clases obreras mediante una ley sobre la organización del trabajo, sino que incluso el interés y la seguridad general reclamaban imperiosamente esta medida. ¡Pues bien! desde hace veinticinco años, tantas voces elocuentes no han logrado despertar la solicitud del Gobierno en torno a los peligros a que está expuesta la sociedad frente a siete u ocho millones de obreros exasperados por el sufrimiento y la desesperación, ¡un gran número de los cuales se ve emplazado entre el suicidio... o el robo...!

Obreros, ¿qué se puede decir ahora en defensa de vuestra causa...? ¿Acaso no ha sido dicho y redicho todo, desde hace veinticinco años, en todas las formas posibles y hasta la saciedad? No hay nada más que decir, nada más que escribir, porque vuestra desgraciada situación es bien conocida por todos. No queda más que una cosa por hacer: *actuar conforme a los derechos escritos en la Carta.*

Ha llegado el día en que se hace necesario *actuar*, y a vosotros, *a vosotros solos*, os corresponde actuar en interés de vuestra propia causa. ¡Os va en ello la vida... o la muerte!, esa muerte horrible que mata a cada instante: ¡la *miseria* y el *hambre*!

Obreros, dejad pues de esperar por más tiempo la intervención que se pide en vuestro favor desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el Gobierno *no puede* o *no quiere* ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. De vosotros solos depende, si lo deseáis firmemente, salir del laberinto de miserias, dolores y degradación en el que os consumís. ¿Queréis asegurar a vuestros hijos el beneficio de una buena educación industrial, y a vosotros mismos la certeza del descanso en vuestra vejez? Podéis hacerlo.

Vuestra forma de acción no es la revuelta a mano armada, ni el motín en la plaza pública, ni el incendio ni el saqueo. No, porque la destrucción, en lugar de remediar vuestros males, no haría más que empeorarlos. Los motines de Lyon y de París así

lo han atestiguado. No tenéis más que una posibilidad de acción, legal, legítima, confesable frente a Dios y los hombres: *la unión universal de los obreros y de las obreras.*

Obreros, vuestra condición en la sociedad actual es miserable, dolorosa: con buena salud, no tenéis *derecho al trabajo*; enfermos, lisiados, heridos, viejos, tampoco tenéis *derecho a la hospitalización*; pobres, faltos de todo, no tenéis *derecho a la limosna*, porque la mendicidad está prohibida por la ley. Esta situación precaria os sume en el estado salvaje en que el hombre, habitante de los bosques, se ve obligado cada mañana a pensar en el medio de procurarse el alimento de la jornada. Semejante existencia es un verdadero suplicio. La suerte del animal que rumia en el establo es mil veces preferible a la vuestra; él está seguro de *comer al día siguiente*; su dueño le guarda en la granja paja y heno para el invierno. La suerte de la abeja, en su cavidad del árbol, es mil veces preferible a la vuestra. La suerte de la hormiga, que trabaja en verano para vivir tranquila en invierno, es mil veces preferible a la vuestra. Obreros, sois desgraciados, sí, sin duda; pero, ¿de dónde viene la causa principal de vuestros males...? Si a la abeja y a la hormiga, en lugar de trabajar concertadamente con las otras abejas y hormigas para aprovisionar la vivienda común de cara al invierno, se les ocurriera separarse y querer trabajar solas, también ellas morirían de frío y de hambre en su rincón solitario. ¿Por qué pues vosotros permanecéis aislados...? ¡Aislados sois débiles y caéis aplastados bajo el peso de toda clase de miserias! ¡Pues salid de vuestro aislamiento! ¡Uníos! *La unión hace la fuerza.* Tenéis a vuestro favor el número, y esto ya es mucho.

Yo vengo a proponeros una *unión general* de los obreros y las obreras, sin distinción de oficios, que vivan en el mismo reino; una unión que tendría por objetivo *constituir la clase obrera* y construir varios edificios (*Palacios de la Unión Obrera*), igualmente repartidos por toda Francia. En ellos se educaría a los niños de ambos sexos, desde los seis a los dieciocho años, y se acogería a los obreros lisiados o heridos y a los

ancianos[2]. Oíd hablar a las cifras y os haréis una idea de lo que se puede hacer con la unión.

Hay en Francia alrededor de cinco millones de obreros y dos millones de obreras[3]. Que unan estos siete millones de obreros su pensamiento y su acción para una gran obra común, en beneficio de *todos* y *todas*: que dé cada uno de ellos dos francos al año para esta obra, y al cabo de un año *la Unión Obrera* poseerá la enorme suma de *catorce millones*.

Vosotros me diréis: ¿Pero, cómo podríamos *unirnos* para esta gran empresa...? Estamos todos dispersos según la posición y por la rivalidad entre los oficios, incluso en muchas ocasiones nos transformamos en enemigos y peleamos unos contra otros. Además, ¡dos francos de cotización anual es mucho para unos pobres jornaleros!

Responderé a estas dos objeciones: *unirse* para la realización de una gran obra no es lo mismo que *asociarse*. Los soldados y marinos que contribuyen con lo que se les deduce de su paga, cada uno en la misma proporción, al fondo común que sirve para mantener a 3.000 soldados y marinos en el Hotel de los Inválidos, no están sin embargo *asociados* entre ellos por este motivo. No necesitan ni conocerse, ni tener las mismas opiniones, los mismos gustos o los mismos caracteres. Les basta con saber que todos los militares, de un extremo a otro de Francia, cotizan la misma cantidad; que esto asegura a los heridos, lisiados y ancianos *su derecho* a entrar en el Hotel de los Inválidos.

En lo referente a la cantidad, yo pregunto: ¿cuál es el obrero, incluso entre *los más pobres*, que economizando un poco, no podría dedicar dos francos de cotización, en el transcurso de un año entero, para asegurarse una jubilación en sus días de vejez?[4]. ¡Ah! Vuestros vecinos, los desgraciados irlandeses, *el pueblo más pobre de toda la tierra*, el pueblo que *sólo come*

2. Ver en el capítulo V [de *Unión Obrera*] cómo se procederá para las admisiones.
3. Ver, para una mayor exactitud en las cifras, las obras de los estadísticos, y el notable trabajo del señor Pierre Leroux: *Sobre la Plutocracia*.
4. Esto no representaría más que 17 cts. al mes.

patatas, ¡y sólo las come cada dos días!...[5], un pueblo así (que sólo tiene siete millones de almas) ha encontrado los medios para conseguir casi *dos millones de renta* para un solo hombre (O'Connell)[6], que ciertamente es su defensor, pero al fin y al cabo un solo hombre, ¡y esto durante doce años! Y tú, pueblo francés, *el más rico de toda la tierra*, ¿no encontrarías los medios para construir vastos palacios, saludables, cómodos, que acojan a tus hijos, tus heridos y tus ancianos? ¡Sería una verdadera vergüenza, una vergüenza eterna que acusaría tu egoísmo, tu despreocupación y tu falta de inteligencia! Sí, sí, si los obreros irlandeses que van con los pies descalzos y la *barriga vacía, durante doce años han dado dos millones* como honorarios a su defensor O'Connell bien podréis vosotros, obreros franceses, dar catorce millones por año para alojar y alimentar a vuestros *bravos veteranos del trabajo y educar a los aprendices.*

¡Dos francos por año...! ¿Cuál de vosotros no paga diez o veinte veces esta suma en sus *pequeñas asociaciones particulares* de oficio, de socorro mutuo y otras, o también para sus *pequeños vicios* habituales como tabaco, café, aguardiente, etc.? Es fácil a cada uno de vosotros conseguir dos francos[7], y cada uno de vosotros al dar este poquito ¡produce un total de *catorce millones*...! ¡Ved qué riqueza poseéis tan sólo *por vuestro número*! Pero, para gozar de esta riqueza, es necesario que el número se *reúna*; forme *un todo, una unidad.*

---

5. Los irlandeses no comen carne *más que una vez al año*, el día de Navidad. «Siendo todos pobres, consumen en su alimentación el alimento menos caro del país, las patatas, pero todos no las consumen en la misma cantidad: unos, los privilegiados, las comen tres veces al día; otros, menos afortunados, dos veces; los que están en la indigencia, solamente una vez, y hay quienes, aún en una mayor indigencia, pasan un día, incluso dos días, sin tomar ningún alimento», *La Irlanda social, política y religiosa*, de M. G. de Beaumont, primera parte, capítulo I.
6. O'Connell ha dirigido la respuesta siguiente a lord Shrewsbury, quien le había reprochado la subvención anual y voluntaria de 75.000 libras esterlinas (1.875.000 fr.) que le paga Irlanda.
   Sigue la respuesta de O'Connell, que es muy hermosa, y termina con estas palabras: «Me siento orgulloso de proclamarlo: *soy el servidor asalariado de Irlanda, y ésta es una servidumbre* que me glorifico de llevar», Sesión de la Cámara de los Comunes, octubre de 1842.
7. Se podrá cotizar en dos veces.

Obreros, dejad pues de lado vuestras pequeñas rivalidades de oficio y formad, fuera de vuestras asociaciones particulares, una *unión* compacta, sólida, indisoluble. Que mañana, que inmediatamente, se levante espontáneamente de todos los corazones un mismo y único ideal: *¡la unión!* Que este grito de *unión* resuene por toda Francia y, en el plazo de un año, si lo deseáis firmemente, *estará constituida la Unión Obrera*, y en dos años tendréis en caja, para vosotros, *sólo para vosotros*, catorce millones, para construiros un palacio digno del gran pueblo de los trabajadores.

En su fachada, debajo del frontón, inscribiréis en letras de bronce:

PALACIO DE LA UNIÓN OBRERA

CONSTRUIDO Y CONSERVADO GRACIAS A
LA COTIZACIÓN ANUAL DE 2 FRANCOS HECHA
POR LOS OBREROS Y OBRERAS PARA HONRAR EL TRABAJO,
TAL COMO SE MERECE, Y PARA RECOMPENSAR
A LOS TRABAJADORES, A ELLOS
QUE ALIMENTAN A LA NACIÓN, LA ENRIQUECEN Y CONSTITUYEN
SU VERDADERA FUERZA.

¡HONOR AL TRABAJO!

¡RESPETO Y GRATITUD A LOS BRAVOS VETERANOS
DEL TRABAJO!

Sí, a vosotros, campeones del trabajo, os corresponde ser los primeros en levantar la voz para honrar *la única cosa realmente honorable*, el trabajo. A vosotros, productores, despreciados hasta ahora por aquellos que os explotan, os corresponde ser los primeros en levantar un Palacio para jubilar a nuestros viejos trabajadores. A vosotros, obreros que construís los palacios de los reyes, los palacios de los ricos, los templos de Dios, las casas y asilos donde se cobija la humanidad, os corresponde por fin construir un asilo en el que

podáis morir en paz, vosotros, vosotros que no habéis tenido nunca dónde apoyar la cabeza salvo el hospital *cuando hay sitio*. ¡Manos a la obra, pues! ¡Manos a la obra!

Obreros, pensadlo bien, el esfuerzo que voy a intentar ante vosotros para arrancaros de la miseria es probablemente el último que pueda hacerse, porque si no respondéis a esta *llamada de unión*, si, por egoísmo o por despreocupación, no queréis *uniros*..., habría que abandonaros pronunciando sobre vosotros las palabras que se pronuncian sobre los muertos.

Hermanos, un pensamiento desolador golpea en el corazón de todos los que escriben para el pueblo; que el pobre pueblo está tan abandonado, tan sobrecargado de trabajo desde su infancia, que sus tres cuartas partes *no saben leer* y la otra cuarta parte *no tiene tiempo para leer*. Por lo tanto, hacer un libro para el pueblo es echar una gota de agua en el mar. Por esto he comprendido que si me limitaba a poner mi proyecto de *unión universal* sobre el papel, el proyecto, con todo lo magnífico que es, sería letra muerta, como lo han sido tantos otros planes ya propuestos. He comprendido que, después de publicado mi libro, tenía otra misión que cumplir: ir yo misma, con mi proyecto de unión en la mano, de ciudad en ciudad, de un extremo a otro de Francia, a hablar a los obreros *que no saben leer y a los que no tienen tiempo de leer*. Me he dicho a mí misma que ha llegado la hora de actuar; y para el que ame realmente a los obreros, el que quiera dedicarse en cuerpo y alma a su causa, hay una hermosa misión que cumplir. Es necesario que siga el ejemplo dado por los primeros apóstoles de Cristo. Aquellos hombres, desafiando la persecución y las fatigas, tomaban las alforjas y el cayado y se iban de país en país predicando la *nueva ley*: *la fraternidad en Dios*, la unión en Dios. ¡Pues bien! ¿por qué yo, mujer que me siento llena de fe y fuerza, no puedo ir igual que los apóstoles de ciudad, anunciando a los obreros la *buena nueva* y predicándoles *la fraternidad en la humanidad, la unión en la humanidad*?

En la tribuna de las Cámaras, en los púlpitos cristianos, en las reuniones mundanas, en los teatros, y sobre todo en los

tribunales, se ha hablado a menudo *de los obreros*; pero todavía nadie ha intentado hablar *a los obreros*. Es un medio que es necesario intentar. Dios me dice que triunfaremos. Por eso, inicio con confianza esta nueva vía. Sí, iré a buscarles a sus talleres, a sus buhardillas, les buscaré hasta en las tabernas si es necesario, y allí, frente a su miseria, les conmoveré sobre su propia suerte y les forzaré, *a pesar suyo*, a salir de la espantosa miseria que les degrada y les mata.

POR QUÉ MENCIONO A LAS MUJERES ('Unión Obrera', 1843)

Obreros, hermanos míos, vosotros, para quienes yo trabajo con amor porque representáis la parte más *viva*, la más numerosa y la más *útil* de la humanidad, y porque con mi modo de ver las cosas yo encuentro mi propia satisfacción en servir vuestra causa, os ruego encarecidamente que tengáis a bien leer con la máxima atención este capítulo, porque falta mucho para persuadiros de ello, y os jugáis vuestros *intereses materiales* al comprender bien *por qué* mencionó siempre a las mujeres designándolas como: *obreras o todas*.

A aquel cuya inteligencia está iluminada por los rayos del amor divino, el amor por la humanidad, le es fácil comprender la relación lógica de las relaciones que existen entre las causas y los efectos. Para él, toda la filosofía, toda la religión, se resumen en estas dos cuestiones: la primera, ¿cómo *se puede* y *se debe amar* a Dios y servirle *bajo la perspectiva del bienestar universal de todos y de todas en la humanidad*?; la segunda, ¿cómo *se puede* y *se debe amar* y *tratar a la mujer, bajo esta misma perspectiva del bienestar universal de todos*

y todas en la humanidad? Estas dos cuestiones planteadas así son, en mi opinión, la base sobre la que debe descansar, con miras al orden natural, todo lo que se produce en el mundo moral y el mundo material (el uno se desprende del otro).

No creo que sea éste lugar para responder estas dos cuestiones. Más tarde, si los obreros me manifestaran desearlo, trataría muy gustosamente con ellos metafísica y filosóficamente cuestiones de orden más elevado. Pero, por el momento, aquí nos basta con plantear las dos cuestiones, *como una declaración formal de un principio absoluto.*

Sin remontarnos directamente a sus causas, limitémonos a examinar los efectos.

Hasta ahora, la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas. ¿Cuál ha sido el resultado de esto?, que el sacerdote, el legislador, el filósofo, la han tratado como *verdadera paria*. La mujer (la mitad de la humanidad) *ha sido echada de la Iglesia, de la ley, de la sociedad*[1]. Para ellas no ha

1. Aristóteles, menos sentimental que Platón, planteaba, sin llegar a resolverla, esta pregunta: «¿Tienen las mujeres un alma?», pregunta que se dignó contestar positivamente el concilio de Mâcon, por una mayoría de tres votos. (*La Falange*, 21 de agosto de 1842.)
De esta forma, con *tres votos menos*, se hubiera reconocido que la mujer pertenecía al reino de los *animales irracionales*, y siendo así, el hombre, el dueño, el señor, ¡se hubiera visto *obligado a cohabitar con un animal irracional*!; ¡este pensamiento hace estremecer y hiela de horror...! Por lo demás, tal como están las cosas, debe ser un profundo motivo de dolor para los *sabios entre los sabios*, el pensar que ellos descienden de la *raza mujer*. Porque, si realmente están convencidos de que la mujer es tan estúpida como ellos pretenden, ¡qué vergüenza para ellos haber sido concebidos en el seno de criatura semejante, haber mamado su leche y haber permanecido bajo su tutela una gran parte de su vida! ¡Oh!, es muy probable que si esos sabios hubieran podido excluir a la mujer de *la naturaleza humana*, como la han excluido de la Iglesia, de la ley y de la sociedad, se hubieran ahorrado la *vergüenza* de descender de una mujer. Pero felizmente, por encima de la sabiduría de los sabios, está la ley de Dios.
Todos los profetas, a excepción de Jesús, han tratado a la mujer con una iniquidad, un desprecio y una dureza inexplicables. Moisés hizo decir a su Dios:
«16. Dios dijo también a la mujer: Te aquejarán infinidad de males durante tu embarazo; parirás con dolor; estarás bajo el poder de tu marido, y él te dominará» (*Génesis*, capítulo III).
El autor del *Eclesiastés* ha llevado el orgullo de su sexo hasta el punto de decir: «Más vale un hombre vicioso que una mujer virtuosa».
Mahoma dijo en nombre de su Dios:
«Los hombres son superiores a las mujeres por las cualidades con las que Dios les ha creado por encima de éstas, y porque los hombres emplean sus bienes para dotar a las mujeres.
Reprenderéis a aquellas de las que temáis *desobediencia*; las relegaréis en camas aparte, *les pegaréis*: pero tan pronto como os obedezcan, dejaréis de buscarles querella» (Corán, capítulo IV, 38).

habido ninguna función en la Iglesia, ninguna representación frente a la ley, ninguna función en el Estado. El sacerdote le ha dicho: «mujer, tú eres la tentación, el pecado, el mal; tú representas la carne, es decir, la corrupción, la podredumbre. Llora por tu condición, echa ceniza sobre tu cabeza, enciérrate en un claustro, y allí, mortifica tu corazón, que ha sido hecho para el amor, y tus entrañas de mujer, que han sido hechas para la maternidad; y cuando hayas mutilado de esta forma tu corazón y tu cuerpo, ofrécelos ensangrentados y resecos a tu Dios para la remisión del *pecado original* cometido por tu madre Eva». Después, el legislador le ha dicho: «mujer, por ti misma no eres nada como miembro activo del cuerpo humanitario; no puedes esperar encontrar lugar en el banquete social. Si quieres vivir, deberás servir de *anexo* a tu señor y dueño, el hombre. Por lo tanto, de soltera, obedecerás a tu padre; casada, obedecerás a tu marido, viuda y anciana, no se te hará ya ningún caso». Después, el sabio filósofo le ha dicho: «Mujer, ha quedado constatado por la ciencia que, por tu constitución, eres *inferior* al hombre»[2]. «No tienes inteligencia, ni comprensión para las cuestiones elevadas, ni lógica en las ideas, ninguna capacidad para las ciencias llamadas exactas, ni aptitud para los trabajos serios, en fin, eres un ser débil de cuerpo y de espíritu, pusilánime, supersticiosa; en una palabra, no eres más que un niño caprichoso, voluntarioso, frívolo; durante diez o quince años

---

Las leyes de Manú dicen:

«Durante su infancia, una mujer debe depender de su padre; durante su juventud, depende de su marido; al morir su marido, de sus hijos; si no tiene hijos, de los parientes más cercanos de su marido, o en su defecto, de los de su padre; si no tiene parientes paternos, del soberano: ¡una mujer no debe nunca gobernarse a su guisa!»

He aquí lo más curioso: «(Ella) debe estar siempre de buen humor».

«215. La mujer no puede promover acción en justicia sin la autorización de su marido, aun cuando fuera vendedora pública, o estuviera en régimen de separación de cuerpos o de bienes.»

«37. Los testimonios que se presentan en actos de estado civil no podrán ser más que del sexo masculino» (Código Civil).

«Uno (el hombre) debe ser activo y fuerte, el otro (la mujer) pasivo y débil» (J. J. Rousseau, Emile).

Esta fórmula se halla reproducida en el Código:

«213. El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido.»

2. La mayoría de los sabios, ya sean naturalistas, médicos o filósofos, han concluido más o menos explícitamente la inferioridad intelectual de la mujer.

de tu vida eres una graciosa *muñequita*, pero llena de defectos y de vicios. Por esto, mujer, es necesario que el hombre sea *tu dueño* y tenga toda la autoridad sobre ti»[3].

He aquí cómo, desde los seis mil años que el mundo existe, los sabios entre los sabios han juzgado la *raza mujer*.

Una condena tan terrible, y repetida durante seis mil años, podía impresionar al vulgo, puesto que la sanción del tiempo tiene mucha autoridad sobre él. Sin embargo, hay algo que debe hacernos concebir esperanzas de que se pueda recurrir ante este juicio, y es que, de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han mantenido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los *proletarios*. Antes del 89, ¿qué era el proletario en la sociedad francesa? Un *villano*, un *patán*, una *bestia de carga*, *pechero* y sujeto a *prestación personal*. Después llegó la revolución del 89 y, de golpe, hete aquí a los sabios entre los sabios que proclaman que la *plebe* se llama *pueblo*, que los *villanos* y los *patanes* se llaman *ciudadanos*. En fin, proclaman en plena asamblea nacional los *derechos del hombre*[4].

El proletario, él, pobre obrero mirado hasta entonces como una bestia, quedó muy sorprendido al comprender que *el olvido y el desprecio que se había hecho de sus derechos fueron los causantes de las desgracias del mundo.*

---

3. «La mujer ha sido hecha para el hombre» (San Pablo).
4. El pueblo francés, convencido de que *el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de las desgracias del inundo, ha resuelto exponer en una solemne declaración sus derechos sagrados e inalienables, para que todos los ciudadanos* puedan permanentemente comparar los actos del gobierno con el objeto de toda institución social, y no se dejen jamás oprimir ni envilecer por la tiranía; para que el pueblo tenga siempre frente a sus ojos las bases de su libertad y de su felicidad, el magistrado la regla de sus deberes, el legislador el objeto de su misión.
   En consecuencia, proclama, ante el Ser Supremo, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano:
   1. El objetivo de la sociedad es la felicidad común. El gobierno se constituye para garantizar al hombre el disfrute de sus derechos naturales e imprescriptibles.
   2. Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.
   3. Todos los hombres son iguales por naturaleza y frente a la ley.
   4. La ley es la expresión libre y solemne, de la voluntad general.
   (Convención Nacional, 27 de junio de 1793.)

¡Oh! quedó muy sorprendido al comprender que *iba a gozar de derechos civiles, políticos y sociales*, y que, finalmente, se convertía en el *igual* de su antiguo señor y dueño. Su sorpresa aumentó cuando se enteró de que poseía un cerebro absolutamente con la *misma capacidad* que el del príncipe real por herencia. ¡Qué cambio! Sin embargo, no tardó en apercibirse de que este *segundo* juicio manifestado sobre la *raza* proletaria era mucho más exacto que el primero, porque apenas se proclamó la *aptitud* de los proletarios para cualquier clase de funciones civiles, militares y sociales, se vio salir de sus filas a generales como ni Carlomagno, ni Enrique IV, ni Luis XIV habían podido nunca reclutar en las filas de su orgullosa y brillante nobleza[5]. Después, como por encanto, surgieron en tropel de las filas de los proletarios sabios, artistas, poetas, escritores, hombres de Estado, financieros, que dieron a Francia un esplendor que nunca había tenido. La gloria militar vino entonces a cubrirla como con una aureola; los descubrimientos científicos se enriquecieron, las artes la embellecieron; su comercio alcanzó una extensión inmensa, y en menos de 30 años la riqueza del país se triplicó. La demostración por los hechos y sin réplica. También hoy todo el mundo conviene en que los hombres nacen indistintamente con unas facultades más o menos iguales, y en que solamente deberíamos ocuparnos de *tratar de desarrollar todas las facultades del individuo con miras al bienestar general.*

Lo que ha ocurrido con los proletarios, hay que convenir en ello, es un buen augurio para las mujeres cuando les llegue su 89. Según un cálculo muy simple es evidente que la riqueza de la sociedad se cuadruplicará a partir del día en que se llame a las mujeres (la mitad del género humano) a aportar en la actividad social la suma de su inteligencia, fuerza y capacidad. Esto es tan fácil de comprender como que dos es el *doble* de uno. Pero, ¡desgraciadamente!, no hemos llegado todavía

5. Todos los famosos generales del Imperio salieron de la clase obrera. Antes de 1789, *sólo los nobles* eran oficiales.

a este momento, y mientras esperamos ese feliz 89 constatamos lo que ocurre en 1843.

La Iglesia, que ha dicho que la mujer es el *pecado*; el legislador, que dice *que por ella misma no es nada, que no debería gozar de ningún derecho*; el sabio filósofo que afirma también que, por su constitución, *no tiene inteligencia*; de todo esto se ha concluido que es un pobre ser desheredado de Dios, y los hombres y la sociedad la han tratado en consecuencia.

No conozco nada tan poderoso como la lógica forzada, mecanicista, que se desprende de un principio dado o de la hipótesis que lo representa. La inferioridad de la mujer, una vez proclamada y dada como *principio*, ved qué consecuencias desastrosas ocasiona para *el bienestar universal de todos y de todas en la humanidad*.

De la creencia de que la mujer, por su constitución, carece de fuerza, de inteligencia, de capacidad, y que es poco apta para los trabajos serios y útiles, se ha concluido *muy lógicamente* que sería perder el tiempo darle una educación racional, sólida, severa, capaz de hacer de ella un miembro útil de la sociedad. Por lo tanto, se la ha educado para ser una graciosa muñeca y una esclava destinada a *distraer a su dueño* y a *servirle*. A decir verdad, de vez en cuando algunos hombres inteligentes, sensibles, que sufren por sus madres, por sus mujeres, por sus hijas, han clamado contra la barbarie y lo absurdo de semejante estado de cosas, y han protestado enérgicamente contra una condena tan inicua[6]. Varias veces la

6. Fourier considera a la mujer, por sus sentimientos e inteligencia, muy por encima del hombre. Los saintsimonianos lo mismo.
He aquí, entre otras cosas, lo que dice Fourier:
«He encontrado en el curso de mis investigaciones sobre el régimen societario mucho más raciocinio entre las mujeres que entre los hombres; ya que ellas me han dado en varias ocasiones ideas nuevas que me han valido soluciones a problemas imprevistos.
Varias veces he debido a mujeres de las denominadas *espontáneas* (espíritus que captan rápidamente y devuelven sus ideas con exactitud, sin un paso intermedio), unas preciosas soluciones a problemas que me habían torturado el espíritu. Los hombres jamás me han supuesto ninguna ayuda de este tipo.

sociedad se ha conmovido por un momento; pero, empujada por la lógica, ha respondido: ¡pues bien! Imaginemos que las mujeres no sean lo que los sabios han creído; supongamos incluso que tengan gran fuerza moral y gran inteligencia: ¡pues bien! en este caso, ¿para qué serviría desarrollar sus facultades, si no encontrarían *dónde emplearlas* útilmente en esta sociedad que las rechaza? ¡Qué suplicio más horrible, sentir en sí la fuerza y la capacidad de actuar y verse condenado a la inacción!

Este razonamiento es de una verdad irrefragable. También todo el mundo lo repetiría: es verdad, las mujeres sufrirían demasiado si desarrollasen las hermosas facultades con las que Dios las ha dotado, si desde su infancia se educasen para comprender bien su dignidad de ser y tener, conciencia de su valor como miembros de la sociedad; jamás, no, nunca podrían soportar la condición envilecedora en que la Iglesia, la ley y los prejuicios las han situado. Vale más tratarlas como a *niños* y dejarlas *en la ignorancia de sí mismas*; sufrirán menos.

Fijaos bien y ved qué espantosa perturbación puede resultar tan sólo por haber aceptado un *falso principio*.

No quiero apartarme de mi tema, aunque aquí tengo una hermosa ocasión para hablar desde una perspectiva general; vuelvo a mi marco, la clase obrera.

En la vida de los obreros la mujer lo es todo. Es su única providencia. Si les falta, les falta todo. También lo dicen ellos: «la mujer es quien hace o deshace la casa», y esto es la pura verdad: por esto la frase se ha convertido en proverbio. Sin embargo, ¿qué educación, qué instrucción, qué dirección, qué desarrollo moral o físico recibe la mujer del pueblo?: ninguno. De niña, se la deja a la merced de una madre y de una abuela

---

¿Por qué no se encuentra entre ellos esta aptitud para las ideas nuevas, exentas de prejuicios? Porque ellos tienen el espíritu envilecido, encadenado por las prevenciones filosóficas que se les ha imbuido en las escuelas. Salen de ellas con la cabeza atiborrada de principios contrarios a la naturaleza, y no pueden considerar ya con espíritu independiente una idea nueva. Si ésta discuerda de Platón o Séneca, se sublevan y anatematizan a aquél que ose contradecir al divino Platón, al divino Catón, al divino Ratón» (*La falsa industria*, p. 526).

que, ellas mismas, no han recibido ninguna educación: una, según su temperamento, será brutal y malvada, la golpeará y la maltratará sin motivo; la otra, será débil, despreocupada, y le dejará hacer todos sus caprichos (en esto, como en todo lo que expongo, hablo en general; por supuesto, admito que hay muchas excepciones). La pobre niña se irá educando en medio de las contradicciones más chocantes, un día irritada por los golpes y los tratos injustos, al día siguiente ablandada, viciada por *mimos* no menos perniciosos.

En lugar de enviarla a la escuela[7], se la guardará en casa con preferencia sobre sus hermanos, porque se le saca mejor partido en las tareas de la casa, ya sea para acunar a los niños, hacer recados, cuidar la comida, etc. A los doce años se la coloca de aprendiza: allí continúa siendo explotada por la patrona y a menudo también maltratada como cuando estaba en casa de sus padres.

Nada agria el carácter, ni endurece el corazón, ni vuelve el espíritu malvado, como el sufrimiento continuado que un niño soporta como consecuencia de un trato injusto y brutal. En primer término la injusticia nos hiere, nos aflige, nos desespera; después, cuando se prolonga, nos irrita, nos exaspera, y, al no soñar en otra cosa más que en las posibilidades de vengarnos, terminamos por volvernos nosotros mismos duros, injustos, malvados. Tal será el estado normal de la pobre muchacha de veinte años. Después se casará, sin amor, únicamente porque tiene que casarse si quiere sustraerse a la tiranía de sus padres. ¿Qué ocurrirá entonces? Supongamos que tenga cinco hijos; a su vez, por supuesto, será incapaz de educar convenientemente a sus hijos e hijas;

---

7. Me he enterado, por una persona que ha pasado unos exámenes para poder dirigir un hospicio, que, por órdenes recibidas de las altas esferas, los maestros de esta clase de escuelas deben ocuparse de *desarrollar la inteligencia de los muchachos más que la de las muchachas*. Generalmente, todos los maestros de escuela de pueblo actúan de esta misma manera con respecto a los niños que instruyen. Varios me han confesado *que recibían esta orden*. También ésta es una consecuencia lógica de la posición desigual que ocupan en la sociedad el hombre y la mujer. Existe a este respecto un dicho que es proverbial: «¡Oh! *siendo mujer, ya sabe lo suficiente*».

se mostrará para con sus hijos tan brutal como su madre y su abuela lo han sido con ella[8].

Mujeres de la clase obrera, observad bien, os lo ruego, que, al hacer aquí referencias a vuestra ignorancia e incapacidad para educar a vuestros hijos, no tengo ninguna intención de hacer la más mínima acusación *contra vosotras* ni *contra vuestro temperamento*. No, yo acuso a la sociedad de dejaros así de incultas, a vosotras, mujeres; a vosotras, madres, que, por el contrario, tenéis tanta necesidad de ser instruidas y desarrolladas, para a vuestra vez poder *instruir y desarrollar a los hombres, y niños confiados a vuestros cuidados*.

Las mujeres del pueblo, por lo general, son brutales, malvadas; a veces duras. Es verdad, pero ¿de qué proviene este estado de cosas tan poco conforme con el temperamento dulce, bueno, sensible, generoso, de la mujer?

¡Pobres obreras!, ¡tienen tantos motivos para irritarse! En primer lugar, el marido. Hay que reconocerlo, existen pocos hogares obreros felices. El marido, que ha recibido más instrucción, que, es *el jefe por ley*, y también *por el dinero* que trae al hogar[9], se cree (y de hecho lo es) muy superior a la mujer, que no aporta más que el pequeño salario de su trabajo diario; y en la casa no es más que la más humilde sirvienta.

---

8. Las mujeres del pueblo se manifiestan como madres muy tiernas para con los niños pequeños hasta que han alcanzado la edad de dos a tres años. Su instinto de mujer les hace comprender que el niño, durante sus dos primeros años, tiene necesidad de una solicitud continua. Pero, pasada esta edad, les tratan con brutalidad (salvo excepciones).

9. Hay que hacer notar que en todos los oficios ejercidos por los hombres y las mujeres, se paga por la jornada de trabajo de la obrera una *mitad menos* que la del obrero, o, si trabaja a destajo, su salario es menor en la mitad. Si no podíamos haber imaginado una injusticia tan flagrante, el primer pensamiento que se nos viene es éste: esto se explica en razón de la fuerza muscular, el hombre hace, sin duda, el doble de trabajo que la mujer. ¡Pues bien! lector, ocurre justamente lo contrario. En todos los oficios en los que hacen falta dedos diestros y ágiles, las mujeres hacen casi el doble del trabajo que los hombres. Por ejemplo, en las imprentas, *para componer* (en verdad cometen muchas faltas, pero esto se debe a su falta de instrucción); en las hilaturas de algodón, hilo o seda, para *unir los hilos*; en una palabra, en todos los oficios en los que es necesaria una cierta ligereza de manos, las mujeres son excelentes. Un impresor me decía un día con una ingenuidad muy característica: «Se les paga la mitad, y es muy justo, ya que van más rápido que los hombres; ganarían demasiado si se les pagase al mismo precio». En efecto, se les paga, no en razón del trabajo que hacen, sino en razón *del poco gasto* que hacen como consecuencia de las

Resultado de esto es que el marido trata a, su mujer, como mínimo, con profundo desprecio. La pobre mujer, que se siente humillada en cada palabra, en cada mirada que su marido le dirige, se rebela abierta o sordamente, según su carácter; de aquí surgen las escenas violentas, dolorosas, que terminan por provocar entre el *dueño* y la sir*vienta* (incluso se la puede llamar *esclava*, porque la mujer es, por así decirlo, *propiedad* del marido), un estado constante de irritación. Este estado se vuelve tan penoso que el marido, en lugar de quedarse en su casa para charlar con su mujer, se apresura a huir, y como no tiene absolutamente ningún otro lugar donde ir, va a la taberna a beber *vino tinto* con *otros maridos* no más felices que él, con la esperanza de *aturdirse*[10].

---

privaciones que se imponen. Obreros, no habéis entrevisto las consecuencias desastrosas que para vosotros resultarían de una injusticia semejante hecha en detrimento de vuestras madres, de vuestras hermanas, de vuestras mujeres, de vuestras hijas. ¿Qué es lo que ocurre?, que los industriales, al ver a las obreras trabajar *más aprisa y a mitad de precio*, cada día despiden a los obreros de sus talleres y los reemplazan por obreras. ¡También el hombre se cruza de brazos y muere de hambre en la calle! De esta forma han actuado los jefes de las manufacturas en Inglaterra. Una vez se entra en esta dinámica, se termina por despedir a las mujeres para reemplazarlas por niños de doce años. ¡Se economiza *la mitad del salario*! Finalmente se llega a no ocupar más que a niños de *siete u ocho años*. Dejad pasar una injusticia, y estaréis seguros de que engendrará miles de ellas.

10. ¿Por qué los obreros van a las tabernas? El egoísmo ha infligido a las clases altas, las que gobiernan, una ceguera completa. No comprenden que su fortuna, su felicidad, *su seguridad*, dependen de la mejora moral, intelectual y material de la clase obrera. Abandonan al obrero a la miseria, a la ignorancia, pensando, según la antigua máxima, que cuanto más *embrutecido* está el pueblo, más fácil es *amordazarlo*. Esto era así *antes de la declaración de los derechos del hombre*; desde entonces, pensar esto es cometer un burdo anacronismo, un grave error. Por lo, demás, como mínimo, habría que ser consecuente: si se cree que es una *buena y sabia política* dejar a la clase pobre en un estado de *brutalidad*, ¿por qué recriminarle sin cesar sus vicios. Los ricos acusan a los obreros de ser perezosos, disolutos, borrachos; y para apoyar sus, acusaciones escriben: «Si los obreros son miserables es únicamente *culpa suya*. Id a las puertas de la ciudad, entrad en las tabernas, las encontraréis llenas de obreros que han ido allí a beber y a perder su tiempo». Creo que si los obreros, en vez de ir a la taberna, *se reúnen en grupos de siete* (número que permiten las leyes de septiembre) *en una habitación para instruirse en común sobre sus derechos y reflexionar sobre los medios a emprender para hacerlos valer legalmente*, los ricos estarían más descontentos que de ver las tabernas llenas.

En el actual estado de cosas, la taberna es el templo del obrero; es el *único lugar* al que puede ir. La Iglesia, no cree en ella; el teatro, no lo comprende en absoluto. Por esto, las tabernas están siempre llenas. En París, las tres cuartas partes de los obreros ni siquiera tienen domicilio: se acuestan en *dormitorios* alquilados; los que están de criados se alojan en *graneros* donde faltan el espacio y el aire, en consecuencia se ven *forzados* a salir de allí si

Esta forma de distracción agrava el mal. La mujer que espera la paga del domingo para hacer vivir a toda la familia durante la semana, se desespera al ver a su marido gastar la mayor parte en la taberna. Entonces su irritación llega al colmo, y su brutalidad, su maldad, se redoblan. Hay que haber visto de cerca estos hogares obreros (sobre todo los peores) para hacerse una idea de la desgracia que sufre el marido, del sufrimiento que padece la mujer. De los reproches, de las injurias, se pasa a los golpes, después a los lloros, al desaliento y a la desesperanza[11].

---

quieren ejercitar un poco sus miembros y reavivar sus pulmones. ¡Vosotros no queréis instruir al pueblo, puesto que le prohibís *reunirse* bajo el temor de que también se instruya él, hable de *política* o de *doctrinas sociales*; no queréis que lea, que escriba, que piense, con el temor de que se rebele!... Pero ¿qué queréis que haga? Si le prohibís todo lo que compete al espíritu, está claro que, como único recurso, no le queda más que la taberna. ¡Pobres obreros! Abrumados de miserias, de penas de toda clase, ya sea en su casa o donde el patrono, o, en fin, porque los trabajos repugnantes y forzosos a los que están condenados les irritan de tal forma el sistema nervioso, se vuelven a veces como locos; y, en este estado, para escapar a sus sufrimientos, no encuentran otro refugio que la taberna. También van allí a beber *vino tinto*, ¡medicina execrable!, pero que tiene la virtud de *aturdir*.

Frente a hechos semejantes, se encuentran en el mundo gentes a quienes se califica de *virtuosas, religiosas*, que, establecidas confortablemente en sus casas, beben, *en cada comida y en abundancia*, buen vino de Burdeos, añejó Chablis, excelente Champagne, y ¡esas gentes meten hermosos rollos morales contra la embriaguez, la disipación, la intemperancia de la clase obrera!... En el curso de los estudios que he hecho sobre los obreros (desde hace diez años me ocupo de eso), jamás he encontrado embriaguez, verdadera disipación, entre los obreros felices en su casa y que gozan de una cierta holgura. Mientras que, entre los que son desgraciados en su hogar y están sumidos en una miseria extrema, he encontrado borrachos incorregibles. La taberna no es pues *la causa del mal*, sino simplemente su efecto. La causa del mal está únicamente en la *ignorancia, la miseria, el embrutecimiento* en que está sumida la clase obrera. Instruid al pueblo, y en veinte años los vendedores de vino tinto, que tienen tabernas en las puertas de la ciudad, cerrarán la tienda *ante la falta de consumidores*.

En Inglaterra, donde la clase obrera es mucho más ignorante y desgraciada que en Francia, los obreros y obreras llevan el vicio de la embriaguez hasta la demencia (ved a este respecto lo que dice E. Buret).

11. Citaré en apoyo de lo que expongo aquí referente a la brutalidad de las mujeres del pueblo, y también a la *excelencia de su naturaleza*, un hecho que ocurrió en Burdeos en 1827, durante mi estancia en esta ciudad.

Entre las vendedoras de legumbres que tienen un puesto de venta al aire libre en la plaza del mercado, había una temida por todas las criadas, tan insolente era, mala y brutal. El marido de esta mujer era basurero, y recogía los lodos en las calles de la ciudad. Una noche regresó y la comida no estaba preparada. Se suscitó una disputa entre el marido y la mujer. De las injurias, el marido quiso llegar a la vía de los hechos y le dio una bofetada a su mujer. Ésta, que en el preciso momento cortaba la comida con un gran cuchillo de cocina, exasperada por la ira, se abalanzó sobre su marido con el cuchillo en la mano y le atravesó el corazón. Éste cayó muerto en redondo. La mujer fue llevada a prisión.

Después de las agudas tristezas causadas por el marido, vienen a continuación los embarazos, las enfermedades, la falta de trabajo y la miseria, que siempre está clavada en la puerta como una cabeza de Medusa. Añadid a todo esto la irritación permanente causada por cuatro o cinco niños chillones, revoltosos, fastidiosos que están dando vueltas alrededor de la madre, y esto es la pequeña habitación del obrero, donde no hay lugar para moverse. ¡Oh!, haría falta ser un ángel bajado a la tierra para no irritarse, no convertirse en brutal y malvada en semejante situación. Y entretanto, en tal ambiente familiar, ¿qué es de los niños? No ven a su padre más que por la noche y el domingo. Este padre, siempre irritado o borracho, no les

---

Al ver a su marido muerto, esta mujer tan brutal, tan malvada, se vio atenazada por un dolor tan grande, un arrepentimiento tan grande, que, a pesar de su crimen, inspiró a todo el mundo no solamente compasión sino incluso respeto. Fue fácil establecer que había sido el marido quien la había provocado; que el homicidio había sido cometido en un momento de ira, pero sin ninguna premeditación. Su dolor era tal que se temía por su vida, y, como alimentaba a un niño de cuatro meses, el juez de instrucción, intentando calmarla, le dijo que podía tranquilizarse porque sería absuelta. Pero cuál fue la sorpresa de todos los asistentes cuando oyeron las palabras que esta mujer gritaba: «¡Yo, absuelta! ¡Ay! señor juez, ¿qué se atreve usted a decir...? Si se absuelve a una miserable como yo, no habrá ya ninguna justicia sobre la tierra».

Se utilizaron todos los razonamientos para hacerla comprender que no era en absoluto una *criminal*, puesto que no había tenido la *intención* de cometer un homicidio. «¡Ah! ¿Qué importa la intención —repetía— si hay en mí una brutalidad que me lleva tan pronto a desgraciar a uno de mis hijos como a matar a mi marido? ¿No soy un ser peligroso, incapaz de vivir en la sociedad?» Al fin, cuando quedó bien convencida de que sería absuelta, esta mujer, ignorante, sin la menor educación, tomó una resolución digna de los hombres más fuertes de la República romana. Declaró que quería hacerse justicia ella misma y que iba a *dejarse morir de hambre*... ¡Y con qué fuerza, con qué dignidad, ejecutó esta terrible sentencia de muerte pronunciada por ella misma! Su madre, su familia, sus siete hijos, fueron a suplicarle llorando que consintiera en vivir para ellos. Ella le entregó su niño de pecho a su madre diciéndole: «Enséñales a mis hijos a sentirse felices por haber perdido una madre semejante, porque, en un momento de brutalidad, podría matarles como he matado a su padre». Los jueces, los sacerdotes, las mujeres del mercado, y muchas personas de la ciudad, fueron a su lado para suplicarle en favor de ellos. Se mantuvo inquebrantable. Entonces se intentó otro medio: se puso en su habitación pasteles, frutas, productos lácteos, vino, carnes; incluso se llegó a hacer asar aves que se le llevaban muy calientes, para que el olor la incitara a comer. «Todo lo que hagáis es inútil —repetía con mucha sangre fría y dignidad—; una mujer que es lo suficientemente brutal para matar al padre de sus siete hijos debe morir, y yo moriré». Sufrió horribles torturas sin lamentarse y, el séptimo día, expiró.

habla más que enfurecido, y no reciben de él más que injurias y golpes; oyendo a su madre lamentarse continuamente, le cogen odio, desprecio. En cuanto a su madre, la temen, la obedecen, pero no la aman; pues el hombre está hecho así, no puede amar a los que le maltratan. ¡Y no es pues ya una gran desgracia para un niño no poder amar a su madre! Si tiene pena, ¿al seno de quién irá a llorar? Si por atolondramiento, o incitación de otros, ha cometido algunas faltas graves, ¿a quién podrá confiarse? No teniendo ningún atractivo quedarse cerca de su madre, el niño buscará todos los pretextos para alejarse de la casa materna. Las peores compañías son fáciles de encontrar, para las muchachas como para los muchachos. Del callejeo se pasará al vagabundeo, y a menudo del vagabundeo al robo.

Entre las desgraciadas que pueblan las casas de prostitución..., y los desgraciados que gimen en los presidios, cuántos se encuentran que pueden decir: «Si hubiéramos tenido una madre *capaz de educarnos*, desde luego que no estaríamos aquí».

Lo repito, la mujer lo es todo en la vida del obrero: como madre, tiene acción sobre él durante toda su infancia; de ella, únicamente de ella, saca las primeras nociones de esta ciencia de adquisición tan importante, la ciencia de la vida, la que nos enseña a vivir en la forma conveniente para nosotros y para los demás, según el medio donde la suerte nos ha situado[12].

---

12. He aquí cómo *La Falange* del 11 de septiembre de 1842 se expresa respecto a un artículo extremadamente notable de *La Prensa*:
«*La Prensa* ha tomado el sabio camino de dejar las vanas querellas sobre la pequeña sesión, sobre el carácter de los votos de la encuesta y de la ley de regencia, sobre la conversión del señor Thiers, y se ha puesto a estudiar las cuestiones que van a someterse a los consejos generales... Hay muchos niños que aún están privados de instrucción, y 4.496 municipios no tienen escuelas. Para dejar sin pretextos a los padres, para triunfar sobre la despreocupación y la negativa de algunos consejos municipales, el publicista de *La Prensa* propone suprimir la retribución mensual pagada por los alumnos, y pide que el establecimiento y mantenimiento de todas las escuelas dejen de estar a cargo de los municipios y, en lo sucesivo, queden inscritos en el presupuesto del Estado. Nosotros siempre hemos dicho que la sociedad debe la educación a todos sus miembros, y es extremadamente deplorable que el

Como amante, tiene acción sobre él durante toda su juventud, ¡y qué poderosa acción podría ejercer una muchacha bella y amada! Como esposa, tiene acción sobre él las tres cuartas partes de su vida. Finalmente, como hija, tiene acción sobre él en su vejez. Observad que la posición del obrero es completamente distinta que la del ocioso. Si el hijo del rico tiene una madre incapaz de educarle, se le pone en pensión o se le procura una aya. Si el muchacho rico no tiene amante, puede ocupar su corazón y su imaginación en el estudio de las bellas artes o de la ciencia. Si el hombre rico no tiene esposa, no le faltará encontrar distracciones en el mundo. Si el anciano rico no tiene hija, encuentra algunos viejos amigos o jóvenes sobrinos que consienten muy gustosamente en venir a jugar su partida de bostón, mientras que el obrero, al que todos los placeres están prohibidos, tiene por toda alegría, por todo consuelo, la compañía de las mujeres de su familia, sus compañeras de infortunio. De esta posición resulta que sería de la mayor importancia, desde el punto de vista de la mejora *intelectual, moral*, y *material* de la clase obrera, que las mujeres del pueblo reciban desde su infancia una educación racional, sólida,

---

gobierno de un país ilustrado no se preocupe él mismo, y con rigor, de que la infancia esté rodeada de todos los cuidados necesarios para su desarrollo. Citamos el final del artículo de *La Prensa*. Las reflexiones de este periódico sobre la instrucción de las mujeres son justas y le honran. Nosotros hemos protestado en todas las ocasiones contra este odioso y estúpido abandono de un *sexo entero* del que es culpable nuestra sociedad llamada *civilizada* y realmente *bárbara* bajo muchos puntos de vista.

Junto a esta importante reforma, hay otra, quizá más urgente, que los consejos generales deben recomendar igualmente a la administración y a las Cámaras, nos referimos a la organización de las escuelas primarias para las muchachas. ¿No es extraño que un país como Francia, que se considera a la cabeza de la civilización, que intenta demostrarlo extendiendo a todas las clases de ciudadanos las luces de la instrucción, que abre por todas partes escuelas para los niños y escuelas para sus maestros, descuide de forma tan absoluta de educar a las mujeres, las primeras maestras de la infancia? Este olvido no es solamente una injusticia, es una imprudencia, es un fallo. ¿Qué resulta, en efecto, de la ignorancia de la mayoría de las madres de familia? Que cuando sus hijos llegan a los cinco años a la escuela, llevan una cantidad de malas disposiciones, de creencias absurdas, de falsas ideas, que han mamado con la leche materna; y el maestro tiene más trabajo para hacérselas olvidar, para destruirlas en su espíritu, que para enseñarles a leer. Pues, en definitiva, *cuesta más tiempo y dinero, consumar una injusticia y tener malos alumnos, que dar instrucción á las mujeres y, al mismo tiempo, hacer obreras más hábiles, amas de casa más útiles, y repetidoras naturales y gratuitas de las lecciones de la escuela.*»

apta para desarrollar todas las buenas inclinaciones que hay en ellas, con el fin de que puedan convertirse en obreras hábiles en su oficio, en buenas madres de familia capaces de educar y guiar a sus hijos y ser para ellos, como dice *La Prensa, repetidores naturales y gratuitos de las lecciones de la escuela*, y con la finalidad de que puedan servir también de *agentes moralizadores* a los hombres sobre los que tienen acción desde su nacimiento hasta su muerte.

¿Empezáis a comprender, vosotros, hombres, que ponéis el grito en el cielo antes de querer analizar la cuestión, por qué reclamo yo *derechos para la mujer*?; ¿comprendéis por qué quisiera que se la situase en la sociedad en un pie de *igualdad absoluta* con el hombre, y que gozase de ello en virtud *del derecho legal que todo ser tiene al nacer*?

Reclamo derechos para la mujer porque estoy convencida de que *todas las desgracias del mundo provienen de este olvido y desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer*. Reclamo derechos para la mujer porque es el *único medio de que se preste atención a su educación*, y porque de la educación de la mujer depende la del hombre en general, y, *particularmente, la del hombre del pueblo*. Reclamo derechos para la mujer porque es el único medio para obtener su rehabilitación frente a la Iglesia, frente a la ley y frente a la sociedad, y porque hace falta esta rehabilitación previa para, que *los mismos obreros sean rehabilitados*. Todos los males de la clase obrera se resumen con dos palabras: miseria e ignorancia, ignorancia y miseria. Ahora bien, para salir de este dédalo no veo más que un medio: *comenzar por instruir a las mujeres, porque las mujeres son las encargadas de educar a los niños varones y hembras*.

Obreros, en el actual estado de las cosas, sabéis lo que ocurre en vuestros hogares. Tú, hombre, *el dueño que tienes derecho* sobre tu mujer, ¿acaso vives con ella con el corazón contento?, di: ¿eres feliz?

No, no; es fácil ver que, a pesar de tu derecho, no estás *contento* ni *feliz*.

Entre el dueño y el esclavo, no puede haber más que la fatiga del peso de la cadena que los une el uno al otro. Allá donde la ausencia de libertad se hace sentir, la felicidad no puede existir.

Los hombres se quejan sin cesar del humor desabrido, del carácter artero y sordamente malvado que manifiesta la mujer en casi todas sus relaciones. ¡Ah! yo tendría la peor opinión de la *raza mujer* si, en el estado de abyección en que la ley y las costumbres las han dejado, las mujeres se sometiesen al yugo que pesa sobre ellas sin proferir un susurro. ¡Gracias a Dios no es así!; su protesta, desde el comienzo de los tiempos, ha sido permanente. Pero desde *la declaración de los derechos del hombre*, acto solemne que proclamaba *el olvido y el desprecio que los hombres nuevos hacían de ellas*, su protesta ha adquirido un carácter enérgico y violento, que demuestra que, la exasperación de la esclava ha llegado a su colmo[13].

Obreros, vosotros que sois sensatos y con quienes se puede razonar, porque no tenéis, como dice Fourier, el espíritu atiborrado de un montón de normas, ¿queréis suponer por un momento que la mujer sea *de derecho la igual del hombre*. ¡Pues bien!, ¿qué resultaría de esto?

1.° Que, desde el instante en que ya no se temiera a las consecuencias peligrosas que conlleva necesariamente, en su actual estado de servidumbre, el desarrollo moral y físico de las facultades de la mujer, se la instruiría con mucho cuidado, con el fin *de sacar el mejor partido posible de su inteligencia y de su trabajo*.
2.° Que vosotros, hombres del pueblo, tendríais por madres obreras hábiles, ganando buenos jornales, instruidas, bien educadas y muy capacitadas para instruiros, para educaros bien, a vosotros, obreros, como conviene a hombres libres.

13. Leed la *Gaceta de los Tribunales*. Allí, frente a los hechos, hay que analizar la exasperación que manifiestan hoy en día las mujeres.

3.° Que tendríais por hermanas, por amantes, por esposas, por amigas, mujeres instruidas, bien educadas, y cuyo trato diario sería para vosotros de lo más agradable: porque nada es más grato, más suave para el corazón del hombre, que la conversación con las mujeres cuando son instruidas, buenas, y charlan con discernimiento y benevolencia.

Hemos echado una ojeada a lo que ocurre actualmente en los hogares obreros; veamos ahora lo que ocurriría en estos mismos hogares si la mujer fuera *la igual* del hombre.

El marido, al saber que su mujer tiene *derechos iguales a los suyos*, no la trataría ya con el desdén, el desprecio que se muestra con los inferiores; al contrario, la trataría con este respeto y deferencia que se concede *a los iguales*. Entonces ya no habría motivos de irritación para la mujer, y, una vez destruida la causa de la irritación, la mujer ya no se mostrará ni brutal, ni artera, ni desabrida, ni colérica, ni exasperada, ni malvada. Al no vérsela ya en la casa como la Sir*vienta del marido*, sino más bien como la *asociada*, la *amiga*, la *compañera* del hombre, naturalmente se interesará por la asociación y hará todo lo que pueda para hacer fructificar el pequeño hogar. Teniendo conocimientos teóricos y prácticos, empleará toda su inteligencia en llevar su casa con orden, economía y juicio. Instruida y conocedora de la utilidad de la instrucción, pondrá toda su ambición en educar bien a sus hijos, los instruirá ella misma con amor, vigilará sus trabajos escolares, los colocará en aprendizaje en casa de buenos patronos; en fin, los guiará, en todo con solicitud, ternura y discernimiento. ¡Cuánta será entonces la satisfacción del corazón, la seguridad del espíritu, la felicidad del alma del hombre, del marido, del obrero que tenga una mujer así! Encontrando en su mujer inteligencia, sensatez, elevadas miras, podrá charlar con ella sobre temas serios, comunicarle sus proyectos, y, de acuerdo con ella, trabajar para mejorar todavía más su posición. Halagada por su confianza, ella le ayudará en sus empresas y asuntos, con sus buenos consejos o con su actividad. El obrero, que

estará él mismo instruido y bien educado, hallará un gran encanto en instruir y desarrollar a sus hijos pequeños. Los obreros, por lo general, tienen muy buen corazón, aman mucho a los niños. ¡Con qué ánimo trabajará este hombre toda la semana, cuando sepa que debe pasar el domingo en compañía de su mujer, a la que amará, de sus dos hijitas traviesas, cariñosas, juguetonas, y de sus dos muchachos ya instruidos y que podrán charlar con su padre de temas serios! ¡Con qué ardor trabajará este padre dos horas más cada día para ganar 10 francos además de su paga ordinaria, para poder regalar a sus hijitas un bonito gorro, y a sus hijos un libro, un grabado o cualquier otra cosa que sepa que les debe gustar!; ¡y estos regalitos con qué arrebatos de alegría serían recibidos!, ¡y qué felicidad para la madre ver este amor recíproco entre el padre y los hijos! Está claro que, bajo esta suposición, la vida de familia sería para el obrero lo más deseable. Al encontrarse bien en su casa, feliz y satisfecho en la compañía de su buena y anciana madre, de su joven mujer y de sus hijos, no se le ocurriría la idea de dejar su casa para ir a *distraerse* a la taberna, lugar de perdición donde el obrero malgasta su tiempo, su dinero, su salud, y embrutece su inteligencia. Con la mitad de lo que un borracho gasta en la taberna, toda una familia de obreros que viva unida, podría, en verano, ir a cenar al campo. A las gentes que saben vivir sobriamente les hace falta muy poca cosa. Allí los niños respirarían el aire libre, serían muy felices corriendo con su padre y su madre, que se harían niños para divertirles; y, por la noche, la familia, con el corazón contento y los miembros un poco descansados del trabajo de la semana, regresaría a la casa muy satisfecha de la jornada. En invierno, la familia iría a un espectáculo. Estas diversiones ofrecen una doble ventaja, instruyen a los niños mientras les divierten. De un día pasado en el campo, y una velada en el teatro, ¡cuántos temas de estudio puede encontrar una madre inteligente para instruir a sus hijos!

En las condiciones que acabo de pintar, el hogar, en vez de ser causa de ruina para el obrero, sería, por el contrario, causa de bienestar. ¿Quién no sabe cuánto triplica, cuadruplica las

fuerzas del hombre el amor y la satisfacción del corazón? Lo hemos podido ver en algunos raros ejemplos. Ha ocurrido que un obrero, que adoraba a su familia y se le había puesto en la cabeza dar una educación a sus hijos, hacía, para alcanzar este noble objetivo, el trabajo que tres hombres *no casados* no habrían podido hacer. Después venía el capítulo de las privaciones. Los solteros gastan con largueza; no se privan de nada. «Qué nos importa», dicen, «después de todo podemos beber y vivir alegremente, puesto que no tenemos que *alimentar a nadie*». Mientras que el hombre casado que ama a su familia encuentra satisfacción en privarse por ella y vive con una frugalidad ejemplar.

Obreros, esta pequeña descripción, apenas esbozada, de la posición que gozaría la clase proletaria si la mujer fuera reconocida *la igual del hombre*, debe haceros reflexionar *sobre el mal que existe y sobre el bien que podría existir*. Esto debe haceros tomar una importante determinación.

Obreros, no tenéis el poder de abrogar las antiguas leyes y hacer otras nuevas, no, sin duda; pero tenéis el poder de protestar contra la iniquidad y lo absurdo de las leyes que obstaculizan el progreso de la humanidad y que os hacen sufrir, *a vosotros*, más especialmente. Por lo tanto, podéis, incluso esto es un *deber sagrado*, protestar enérgicamente de pensamiento, con palabras y con escritos, contra todas las leyes que os oprimen. Ahora bien, tratad de comprender bien esto: la ley que *esclaviza a la mujer y la priva de instrucción*, os oprime *también a vosotros, hombres proletarios*.

Para educarle, instruirle y enseñarle la ciencia del mundo, el hijo del rico tiene *ayas e institutrices sabias, hábiles rectoras*, y en fin, *hermosas marquesas*, mujeres elegantes, espirituales, cuyas funciones, en la alta sociedad, consisten *en encargarse de la educación* de los hijos de familia que salen del colegio. Es una función muy útil para el bienestar de estos señores de la alta nobleza. Estas damas les enseñan a tener cortesía, tacto, finura, flexibilidad de espíritu, buenas maneras; en una palabra, les convierten en hombres que saben vivir, en hombres como es debido. Por poca capacidad que tenga un

joven, si tiene la suerte de estar bajo *la protección de una de estas mujeres amables, ha hecho su fortuna*. Puede estar seguro de ser embajador o ministro a los treinta y cinco años. Mientras que vosotros, pobres obreros, no tenéis más que a *vuestra madre* para educaros, para instruiros; para hacer de vosotros hombres *que sepan vivir*, no tenéis más que a las mujeres de *vuestra clase*, vuestras compañeras de ignorancia y de miseria[14].

No es en nombre de la *superioridad de la mujer* (como no faltará quien me acuse de ello) por lo que os hablo de reclamar los derechos para la mujer; realmente no. Primero, antes de discutir *sobre su superioridad*, es necesario que *sea reconocida su propia persona social*. Me apoyo sobre una base más sólida. En nombre de *vuestro propio interés, hombres*; en nombre de *vuestra mejora, la vuestra, hombres*; en fin, en nombre del *bienestar universal de todos y de todas* os comprometo a reclamar los derechos para la mujer, y, entre tanto, que se les *reconozcan* al menos *en principio*.

A vosotros, obreros, que sois las *víctimas* de la *desigualdad de hecho* y de la injusticia, a vosotros os toca establecer, al fin, sobre la tierra el reino de la justicia y de la *igualdad absoluta* entre la mujer y el hombre.

---

14. Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tiene las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es *imposible* en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Su situación detiene cualquier posible progreso. En ocasiones yo he sido testigo de escenas violentas entre el marido y la mujer. A menudo he sido víctima de ellas, recibiendo las injurias más groseras. Estas pobres criaturas, que no ven *más allá de su nariz*, como se suele decir, se enfurecían con el marido y *conmigo* porque el obrero perdía *algunas horas de su tiempo* ocupándose de *ideas políticas o sociales*. «¿Qué necesidad tienes de ocuparte de cosas que no *te competen*? —exclamaban—, piensa en ganar con qué comer y deja marchar al mundo como quiera.»
Es cruel decirlo, pero *conozco* desgraciados obreros, hombres de buen corazón, inteligentes y de buena voluntad, que no pedirían nada más que consagrar su domingo y sus pequeños ahorras al *servicio de la causa, y que, por tener paz en sus casas, esconden a su mujer y a su madre que vienen a verme y que me escriben*. Estas mismas mujeres me detestan, *hablan horrores de mí* y, sin el miedo a la *cárcel*, serían capaces de llevar su celo hasta el punto de venir a *injuriarme* a mi casa y *pegarme*, y todo esto porque yo cometo el «gran crimen, dicen, de meter en la cabeza de *sus hombres ideas* que les obligan a *leer, a escribir, a hablar entre ellos*, todas ellas cosas *inútiles* que hacen *perder* tiempo». ¡Esto es deplorable! Sin embargo, he encontrado *algunas* mujeres capaces de comprender las cuestiones sociales y que demuestran ser abnegadas.

Dad un gran ejemplo al mundo, ejemplo que demostrará a vuestros opresores que queréis triunfar por *el derecho*, y no por la fuerza bruta; ¡vosotros, a pesar de que sois siete, diez, quince millones de proletarios, que podríais disponer de esta fuerza bruta!

Y mientras reclamáis la justicia para vosotros, demostrad que sois justos, equitativos; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de *brazos desnudos*, que reconocéis a la mujer como *a vuestra igual*, y que, a ese titulo, le reconocéis *un derecho* igual a los beneficios de la *unión universal de los obreros y obreras*.

Obreros, quizá dentro de tres o cuatro años tengáis *vuestro primer palacio*, preparado para recibir a 600 ancianos y 600 niños. ¡Pues bien!, proclamad en vuestros estatutos, que se convertirán en *vuestra carta*, *los derechos de la mujer*, junto con la *igualdad*. Que quede escrito en *vuestra carta* que se admitirá, en los palacios de la Unión Obrera, para recibir allí educación intelectual y profesional, *un número igual* de *muchachas* y de *muchachos*.

Obreros, en 1791, vuestros padres proclamaron la inmortal declaración de los *derechos del hombre*, y a esta solemne declaración debéis el ser hoy en día *hombres libres e iguales* en derechos *frente a la ley*. ¡Honor a vuestros padres por esta gran obra! Pero, proletarios, os queda a vosotros, hombres de 1843, una obra no menor que llevar a cabo. A vuestra vez *liberad a las últimas esclavas* que aún quedan en la sociedad francesa; proclamad los *derechos de la mujer*, y en *iguales términos* que vuestros padres han proclamado los vuestros, decid:

> Nosotros, proletarios franceses, después de cincuenta y tres años de experiencia, reconocemos estar debidamente esclarecidos y convencidos de que el olvido y el desprecio que se ha hecho de los derechos naturales de la mujer son las únicas causas de las desgracias del mundo, y hemos resuelto exponer en una declaración solemne, inscrita en nuestra Carta, sus derechos sagrados e inalienables. Queremos que las mujeres sean informadas de nuestra declaración, para que no se dejen ya oprimir y envilecer

por la injusticia y la tiranía del hombre, y para que los hombres respeten en las mujeres, sus madres, la libertad y la igualdad de la que ellos mismos gozan.

1.° Debiendo ser el objetivo de la sociedad la felicidad común del hombre y de la mujer, la *Unión Obrera* garantiza al hombre y a la mujer el disfrute de sus derechos de obreros y de obreras.

2 ° Estos derechos son: la igualdad para la admisión en los Palacios de la *Unión Obrera*, sea como niños, heridos o ancianos.

3 ° Para nosotros, siendo la mujer la igual al hombre, por supuesto las muchachas recibirán, aunque de forma distinta, una instrucción tan racional, tan sólida, tan extensa en ciencia moral y profesional como los muchachos.

Obreros, podéis estar seguros de ello, si tenéis la su*ficiente equidad, justicia*, para inscribir en vuestra Carta las pocas líneas que yo acabo de trazar, *esta declaración de los derechos de la mujer* pasará pronto a las costumbres; de las costumbres a la ley, y antes de veinticinco años veréis escrito al comienzo del código de leyes que regirá la sociedad francesa: *la igualdad absoluta del hombre y de la mujer.*

Entonces, hermanos míos, y solamente entonces, la *unidad humana* se habrá constituido.

¡Hijos del 89, he aquí la obra que vuestros padres os han legado!

LOS OBREROS DE LAS FÁBRICAS
('Paseos en Londres', 1840)

La esclavitud se muestra al principio de todas las sociedades. Los males que produce la convierten en transitoria, y su duración está en razón inversa de su rigor. Si nuestros padres no hubiesen tenido más humanidad por sus siervos que los fabricantes de Inglaterra tienen por sus obreros, la servidumbre no habría durado toda la Edad Media. El proletariado inglés, en cualquier profesión que sea, es de una existencia en tal forma atroz que los negros que han abandonado los trapiches de Guadalupe y de la Martinica para ir a gozar de la «libertad inglesa» en la Dominica y Santa Lucía, regresan, cuando pueden, donde sus amos. Lejos de mí el pensamiento sacrílego de querer defender ninguna clase de esclavitud. Quiero solamente probar, por ese hecho, que la ley inglesa es más dura para el proletario que la «voluntad arbitraria» del amo francés frente a su negro. El esclavo de la propiedad inglesa tiene, para ganar su pan y pagar los impuestos que se le impone, una tarea infinitamente más pesada.

El negro está solamente expuesto a los caprichos de su amo, mientras que la existencia del proletario inglés, la de su mujer y la de sus hijos, están a la merced del productor. El percal o cualquier otro artículo de bajo precio, así como aquellos afectados por la baja, sean hilados, cuchillería, vajillas, etc., de acuerdo entre ellos reducen los salarios sin inquietarse de ninguna manera si los nuevos salarios que adoptan son suficientes o no para la alimentación del obrero. Aumentan también el número de horas de trabajo. Cuando el obrero está trabajando le exigen más acabado en su obra, pagándole menos y la obra en la que todas las condiciones no son exactamente cumplidas no es pagada. Cruelmente explotado por aquel que lo emplea, el obrero todavía sufre la presión del fisco y el hambre a que lo someten los propietarios de tierras. Casi siempre muere joven, su vida es acortada por el exceso de trabajo o por la naturaleza de sus trabajos. Su mujer y sus hijos no le sobreviven mucho tiempo. Atado a la manufactura sucumbe por las mismas causas. Si no están ocupados en invierno, mueren de hambre en las esquinas de las calles.

La división del trabajo llevada a su límite extremo y que ha hecho progresos tan inmensos en la fabricación, ha aniquilado la inteligencia para reducir al hombre a no ser sino un engranaje de máquinas. Si todavía el obrero estuviese preparado a ejecutar las diversas partes de una o varias fabricaciones, gozaría de más independencia. La codicia del amo tendría menos medios de torturarlo; sus órganos conservarían suficiente energía para triunfar de la influencia deletérea de una ocupación que no ejercería sino algunas horas. Los amoladores de las manufacturas inglesas no pasan de treinta y cinco años; el uso de la piedra de amolar no tiene ningún efecto dañino sobre nuestros obreros de *Chatellerault* porque tal amolado no es sino una parte de su oficio y no les ocupa sino poco tiempo, mientras que en los talleres ingleses los amoladores no hacen otra cosa. Si el obrero pudiera trabajar en diversas partes de la fabricación, no sería oprimido por su nulidad, por la perpetua inactividad de su inteligencia. Repitiendo todo el día las mismas cosas, los licores fuertes no se convertirían para él en

un deseo para hacerle salir del atontamiento en el cual la monotonía de su trabajo lo mantiene, y la ebriedad no constituiría el colmo de su miseria.

Es preciso haber visitado las ciudades manufactureras, visto al obrero de Birmingham, Manchester, Glasgow, Sheffields, y el Staffordshire, etc., para hacerse una idea justa de los sufrimientos físicos y el rebajamiento moral de esta clase de la población. Es imposible juzgar la suerte del obrero inglés por la del obrero francés. En Inglaterra la vida es la mitad más cara en costo que en Francia y desde 1825 los salarios han sufrido una baja tal que casi siempre el obrero es obligado a reclamar el auxilio de la parroquia para hacer vivir a su familia; y como las parroquias son agobiadas por la cantidad de auxilio que ellas acuerdan, ellas fijan la cuota relativamente a los salarios y el número de niños del obrero; y no en razón del precio del pan, sino de acuerdo al precio de la papa. Para el proletario inglés el pan es un alimento de lujo. Los obreros de elites, excluidos, en razón de sus salarios, de los auxilios de su parroquia, no gozan de una mejor suerte. La media de los salarios que ganan no se eleva más, se me ha asegurado, más allá de tres o cuatro chelines (tres francos setenta y cinco a cinco francos) por día, y la media de su familia es de cuatro niños. Comparando los dos datos con los precios de las subsistencias en Inglaterra, se hará fácilmente una idea de su penuria.

La mayor parte de los obreros carecen de vestidos, de cama, de muebles; de fuego, de alimentos sanos y a menudo incluso de papas. Son encerrados de doce a catorce horas por día en salas bajas, donde se aspira con un aire viciado, las hebras de algodón, de lana, de lino; las partículas de cobre, de plomo, de fierro, etc., y pasan frecuentemente de una alimentación insuficiente al exceso de la bebida. Casi todos aquellos infelices son endebles, raquíticos, lacerados; tienen el cuerpo flaco, hundido, los miembros débiles, el semblante pálido, los ojos muertos; se les creería a todos afectados del pecho. No sé si es necesario atribuir a la irritación de una fatiga permanente, o a la sombría desesperación de la cual su alma es presa, la expresión de su fisonomía, penosa de ver, que es casi general en

todos los obreros. Es difícil encontrar su punto visual, todos tienen constantemente los ojos bajos y no os miran sino a hurtadillas, al echar disimuladamente una mirada de costado[1]; lo cual da algo de bruto, de bestia y de horriblemente perverso a esas figuras frías, impasibles y a las que envuelve una profunda tristeza. No se escucha en las fábricas inglesas como en las nuestras los cantos, las charlas y las risas. El amo no desea que un recuerdo de su existencia venga a distraer un minuto de su tarea a sus obreros; exige silencio y reina un silencio de muerte. ¡Cómo da el hambre del obrero, poder a la palabra del amo! No existe entre el obrero y los jefes del establecimiento ninguna de aquellas relaciones de familiaridad, de cortesía, de interés, como se ve entre nosotros y que amodorran, en el corazón del pobre, los sentimientos de odio, de envidia, que el desdén, la dureza, la existencia y el lujo del rico hacen nacer. No se escucha jamás en los talleres ingleses decir el amo al obrero: «Buenos días, compadre Bautista, y bien, ¿cómo está vuestra pobre mujer, y el niño? ¡Vamos, tanto mejor! Esperemos que la madre se restablezca pronto. Dile que venga a verme apenas pueda salir». Un amo creería envilecerse de hablar así a sus obreros. En todo jefe de manufactura, el obrero ve a un hombre que puede hacerlo expulsar del taller donde trabaja, y así aunque salude servilmente a los fabricantes que encuentra, aquéllos creerían su honor comprometido si devolvieran el saludo.

La esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco al proletariado inglés. El esclavo está seguro de su pan para toda su vida y de cuidados, cuando cae enfermo; mientras que no existe ningún vínculo entre el obrero y el amo inglés. Si no tienen obra por entregar, el obrero muere de hambre; si está enfermo sucumbe sobre la

1. Esta mirada, que he notado igualmente en América a los esclavos, no es en las Islas Británicas particular de los obreros de las fábricas. Se encuentra en todas partes, donde se es dependiente, subordinado. Es uno de los rasgos característicos de los veinte millones de proletarios. Hay sin embargo excepciones y es casi siempre en las mujeres donde se encuentran.

paja de su pobre lecho, a menos que cerca ya de morir sea recibido en un hospital: porque es un favor el ser admitido ahí. Si envejece, si como consecuencia de un accidente es estropeado, se le regresa y mendiga a escondidas por miedo de ser detenido. Esta posición es tan horrible que, para soportarla, es preciso suponer en el obrero un coraje sobrehumano o una apatía completa.

La exigüidad del emplazamiento es general en las fábricas inglesas, se mide con parsimonia el espacio donde el obrero debe moverse. Los patios son pequeños, las escaleras estrechas; está obligado a pasar de costado alrededor de las máquinas y de los bastidores. Visitando una manufactura, es fácil ver que la comodidad, el bienestar y aun la salud de los hombres destinados a vivir en las fábricas, no han entrado para nada en el pensamiento del constructor. El aseo, el más eficaz de los medios de salubridad, está muy abandonado. Mientras que las máquinas son cuidadosamente pintadas, barnizadas, limpiadas y pulidas, los patios están sucios y llenos de aguas estancadas, los pisos polvorientos, los vidrios sucios. A decir verdad, si los edificios, los talleres, estuvieran limpios, adornados y mantenidos como las manufacturas de Alsacia, los harapos del obrero inglés parecerían todavía más horrorosos. Pero no importa, sea la negligencia o el cálculo, aquella suciedad no es al menos un aumento de males para el obrero.

Inglaterra no tiene grandeza sino en la industria, pero ella es gigantesca, vista en los instrumentos y el espíritu matemático de los tiempos modernos, instrumentos mágicos que petrifican todo lo que está alrededor de ellos. Los muelles, las vías férreas, las inmensas proporciones de las fábricas dan idea de la importancia del comercio y de la industria británica.

El poder de las máquinas, su aplicación a todo, asombran y remueven la imaginación de estupor. La ciencia humana, incorporada en miles de formas, reemplaza las funciones de la inteligencia; con las máquinas y la división del trabajo, no hay necesidad sino de motores: el razonamiento, la reflexión, son inútiles.

He visto una máquina a vapor de fuerza de 500 caballos[2]. Nada más terriblemente imponente que la visión del movimiento impreso a esas masas de hierro cuyas proporciones colosales espantan la imaginación y parecen superar el poder del hombre. Este motor de fuerza hiperbólica está colocado en un amplio local, donde hace funcionar un número considerable de máquinas que trabajan el fierro y la madera. Aquellas enormes barras de fierro pulido, que se elevan y bajan cuarenta o cincuenta veces por minuto e imprimen un movimiento que va y viene de la lengua del monstruo que parece aspirar todo para devorar todo, los terribles gemidos que despide, las rápidas revoluciones de la inmensa rueda que sale del abismo para entrar de nuevo, no dejando jamás ver sino la mitad de su circunferencia, deslizan en el alma un sentimiento de terror. En presencia del monstruo no se ve sino a él, no se escucha sino su respiración.

De regreso de vuestro estupor, de vuestro espanto, vos buscáis al hombre. Se le distingue apenas, reducido por las proporciones de todo lo que le rodea, al grosor de una hormiga. Está ocupado en poner bajo el filo de dos grandes curvas, que presentan la forma de una quijada de tiburón, enormes barras de fierro, que esta máquina corta con la nitidez de un sable damasquino que cortara un nabo.

Si en un principio sentí la humillación de ver al hombre aniquilado, no funcionando más él mismo como una máquina, pronto el inmenso mejoramiento que saldrá un día de estos descubrimientos de la ciencia: la fuerza bruta aniquilada, el trabajo material ejecutado en menos tiempo y más descanso dejado al hombre para el cultivo de su inteligencia. Pero

---

2. La he visto en Birmingham. Los propietarios de la fábrica me han asegurado que la fuerza de esa máquina a vapor podía alcanzar a la de 500 caballos: ella hace girar a más de 200 poleas, y pone en movimiento aserradores de planchas, tijeras para cortar el fierro, laminadores de todas las dimensiones, un juego de máquinas para hacer cucharas de zinc, etc. Se me ha puesto delante mío una moneda de seis peniques (doce centavos) bajo una prensa, para darme la idea de la fuerza de su presión; han salido 42 yardas de una pequeña banda de papel de plata, delgado como una hoja de cebolla.

para que esos grandes hechos se realicen es necesario una revolución social. Ella llegará, porque Dios no ha revelado a los hombres estas admirables invenciones para reducirlas a no ser sino los ilotas de algunos fabricantes y propietarios de tierras.

La cerveza y el gas son en Londres dos grandes ramas de consumo. Fui a visitar a la soberbia cervecería de Barclay-Perkins, que ciertamente vale la pena ser conocida. Este establecimiento es muy espacioso; nada ha sido ahorrado para el material de esta fábrica. Me ha sido imposible enterarme de las cifras de litros de cerveza que fabrica cada año, pero a juzgar por el tamaño de las cubas debe elevarse a una cantidad extraordinaria. En una de estas cubas, la más grande es verdad, Barclay-Perkins dieron a una de las altezas reales de la Inglaterra una comida a la cual asistieron más de cincuenta convidados. La altura de esta cuba es de 30 metros (90 pies). Donde quiera que el vapor pueda actuar, la fuerza del hombre es excluida y lo que más impresiona en esta cervecería es el pequeño número de obreros empleados para hacer trabajos tan inmensos.

Una de las grandes fábricas de gas es la situada en Horse Ferry road Westminster (he olvidado el nombre de la sociedad). No se visita esta fábrica sino con tarjeta de admisión.

En ese palacio manufacturero hay una abundancia de máquinas y de fierro llevado a la profusión. Todo está hecho de fierro: las veredas, los recantones, las escaleras, ciertos pisos, los techos de los recintos, etc. Se reconoce que nada se ha ahorrado para hacer sólidamente los edificios y los utensilios. He visto allí cubas de bronce y de zinc casi tan altas como una casa de cuatro pisos y anchas en proporción. Habría deseado saber cuántos miles de toneladas pueden contener, pero el capataz que me acompañaba fue, en este aspecto, tan reservado como aquél de la cervecería de Barclay-Perkins en lo relacionado a la cifra de los litros de cerveza. Fue de un silencio absoluto.

Entramos en el gran calefactorio. Las dos filas de hornillos colocados a cada lado estaban encendidas. Esta hornaza no

recuerda poco las descripciones que la imaginación de los poetas de la antigüedad nos han dejado de las fraguas de Vulcano, con esta diferencia de que una actividad y una inteligencia divinas animaban a los cíclopes, mientras que los negros servidores de las hornazas inglesas son tristes, silenciosos y anonadados. Se encontraba allí una veintena de hombres cumpliendo su tarea con exactitud, aunque con lentitud. Aquellos que no estaban ocupados permanecían inmóviles, con los ojos fijos en la tierra y no tenían energía ni siquiera para enjugarse el sudor que les caía de todas partes. Tres o cuatro me miraban con ojos cuya vista había huido; los otros no volteaban la cara. El capataz me dijo que se escogía a los fogoneros entre los hombres más fuertes, y que no obstante todos eran afectados del pecho al término de siete u ocho años de ejercicio y que morían de tisis. Ello me explica la tristeza y la apatía marcada en el rostro y en todos los movimientos de estos desdichados.

Se exige de ellos un trabajo al cual las fuerzas humanas no pueden resistir. Están desnudos, salvo un pequeño calzón de tela; cuando salen se echan un saco sobre las espaldas.

Aunque el espacio que separa a las dos hileras de hornillos, que me pareció de 50 a 60 pies, el piso estaba en tal forma caliente que el calor penetró a mis zapatos inmediatamente, hasta el punto de hacerme levantar los pies como si los hubiera colocado sobre carbones ardientes. Se me hizo subir sobre una piedra gruesa y, aunque aislada del suelo, estaba caliente. No pude quedarme en ese infierno, mi pecho se llenaba, el olor del gas se subía hasta mi cerebro, el calor me sofocaba. El capataz me condujo al extremo del calefactorio, sobre un balcón, donde pude yo ver todo sin ser tan fuertemente incomodada. Dimos una vuelta por el establecimiento. Caí en la admiración de todas aquellas máquinas, de la perfección, del orden, con que son conducidos todos los trabajos; sin embargo las precauciones tomadas no previenen todos los accidentes, y éstos ocurren frecuentemente y causan grandes desastres, hieren a los hombres y a veces los matan. ¡Oh Dios mío!, ¡el progreso no se operará

si se logra a expensas de la vida de un cierto número de individuos!

El gas de esta fábrica va por conductos a iluminar los barrios de Oxford-street hasta Regent-street.

El aire que se respira en esta fábrica está realmente viciado. A cada instante los vapores insalubres vienen hacia uno. Salí por debajo de un cobertizo, esperando respirar en el patio un aire más puro, pero por todas partes era perseguida por exhalaciones infectas de gas y de los olores de la hulla, la brea, etc.

Debo decir que el local es muy sucio. El patio, lleno de aguas estancadas, de cantidades de basura, atestigua, la extremada negligencia en lo que concierne a la limpieza. A la verdad la naturaleza de las materias, de las cuales se obtiene el gas exigiría un servicio muy activo para mantener la limpieza, pero dos hombres serían suficientes para esta tarea y con este ligero aumento del gasto se sanearía el establecimiento.

Estaba asfixiada, tenía ganas de huir de ese foco de hedor, cuando el capataz me dijo: «quédese todavía un instante, verá usted una cosa curiosa: los fogoneros van a retirar el *coke* de los hornos».

Fui a asomarme de nuevo por el balcón y vi uno de los más espantosos espectáculos que alguna vez me han impresionado.

El calefactorio está en el primer piso, debajo se encuentra el sótano destinado a recibir el *coke*; los fogoneros armados de largos hurgones de fierro, abrieron los hornos y echaron el *coke* que, todo en llamas, cayó por torrente en aquella cueva. Nada más terrible, más majestuoso, que aquellas bocas vomitando llamas. Nada más mágico que esta cueva repentinamente alumbrada por los carbones ardientes que se precipitaban, como de lo alto de una roca las olas de la catarata, y que se precipitaban en el abismo. Nada más horroroso que la visión de los fogoneros que chorreaban igual como si salieran del agua y están iluminados por delante y por detrás por esas horribles brasas cuyas lenguas de fuego parecen avanzar sobre ellos como para devorarlos. ¡Oh no, es imposible presenciar un espectáculo más pavoroso!

Cuando los hornos fueron vaciados en su mitad, los hombres subidos en las cubas colocadas en las cuatro esquinas de la cueva echaron agua para apagar el *coke*. Entonces el aspecto del calefactorio cambió: se elevó de la cueva una tromba de humo negro, espeso y abrasador que subió majestuosamente y salió por el techo por una abertura expresamente hecha para permitirle paso. No distinguí más las bocas de los hornos sino a través de esa nube que hacía a las llamas más rojas, las lenguas de fuego más temibles. Los cuerpos de los fogoneros, de blancos que eran, se hicieron negros y estos infortunados a quienes se les hubiera tomado por diablos, se confundieron en el caos infernal. Sorprendida por el humo del *coke*, no tuve tiempo de descender precipitadamente.

Esperé el fin de la operación, queriendo saber en lo que esos pobres fogoneros se iban a convertir. Me sorprendí de no ver llegar a ninguna mujer. Dios mío, pensé, esos obreros no tienen entonces ni madre, ni hermanas, no tienen mujer, ni novia, esperándolos en la puerta a su salida de la ardiente hoguera, a fin de lavarlos con agua tibia, de envolverlos en camisas de franela, de hacerles tomar una bebida alimenticia, fortificante, y luego decirles algunas palabras de amistad, de amor que consuelen, den valor y ayuden al hombre a soportar las más crueles miserias. Yo tenía ansiedad, ninguna mujer apareció. Pregunté al capataz dónde iban a reposar aquellos hombres bañados de sudor. «Van a arrojarse sobre una cama que está bajo ese cobertizo —me respondió fríamente—, y luego de un par de horas recomenzarán a trabajar.»

Este cobertizo, abierto a todos los vientos, no garantiza sino de la lluvia, hace allí un frío glacial. Una especie de colchón, que no se distingue del carbón que lo rodea, está colocado en una de las esquinas; vi a los fogoneros extenderse sobre el colchón duro como la piedra. Estaban cubiertos de un saco muy sucio, penetrado de sudor y de polvo de carbón, a tal punto que no se podía adivinar el color. «He allí —me dijo el capataz— cómo los hombres llegan a ser afectados del pecho; es pasando sin ninguna precaución de lo caliente a lo frío».

Esta última observación del capataz produjo sobre mí tal efecto, que salí de la fábrica en un estado de exasperación.

Así la vida de los hombres tiene precio de dinero; y, aunque la tarea exigida debe hacerles morir, el industrial se niega a aumentarles los salarios. ¡Pero si es todavía peor que la trata de negros! ¡Por encima de esta enorme monstruosidad no veo sino la antropofagia! Los propietarios de las fábricas, de las manufacturas pueden, sin ser impedidos por la ley, disponer de la juventud, de la fuerza de centenas de hombres, comprar su existencia y sacrificarla, a fin de ganar dinero haciendo un promedio de siete a ocho chelines por día como salario (ocho francos, setenta y cinco a diez francos).

No tengo noticias de que ninguno de los jefes de fábrica parecidos a los que acabo de mencionar haya tenido la humanidad de hacer disponer para ellos una habitación moderadamente caliente, conteniendo baños de agua tibia, colchones, colchas de lana, a donde los fuelleros irían al salir de su hornaza, para lavarse y reposar bien envueltos, en una atmósfera en relación con el local que dejan. Realmente es una vergüenza y una infamia para el país donde pasan las cosas como la que acabo de contar.

En Inglaterra, cuando los caballos llegan a la parada, se apresuran en echarles una manta sobre los riñones, en enjugar su sudor, en lavarles las patas. Después se les hace entrar en una caballeriza bien cerrada, provista de una litera bien seca.

Hace algunos años que se acercó las paradas después de haber reconocido que las distancias a las cuales estaban colocadas acortaban la vida de los caballos por la excesiva distancia. Si, pero un caballo cuesta de cuarenta a cincuenta libras de esterlinas al industrial, ¡mientras el país les provee hombres a cuenta de nada!

MUJERES PÚBLICAS
('Paseos en Londres', 1840)

Jamás he podido ver una mujer pública sin ser conmovida por un sentimiento de compasión por nuestras sociedades, sin sentir el desprecio por su organización y odio por sus dominadores que extraños a todo pudor, a todo respeto por la humanidad, a todo amor por sus semejantes, reducen la criatura de Dios al último grado de abyección. ¡La rebajan por debajo de lo brutal!

Comprendo al salteador de caminos que saquea a los que pasan por los grandes caminos y entrega su cabeza a la guillotina. Comprendo al soldado que se juega constantemente su vida y no recibe nada a cambio sino unos centavos por día. Comprendo al marinero que expone la suya al furor de los mares. Los tres encuentran en su oficio, una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Veo en la prostitución una locura horrenda, o bien es en tal forma sublime que mi *ser humano* no puede

tener conciencia de ello. Arrostrar la muerte no es nada; pero ¡qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes, y desprecio de sí misma.

Lo repito, hay en ella algo de sublime o de locura.

La prostitución es la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes de este mundo. Esta infamia marchita la especie humana y atenta contra la organización social más que el crimen. Los prejuicios, la miseria y la esclavitud combinan sus funestos efectos para producir esta sublevante degradación. Sí, si no se hubiese impuesto a la mujer la castidad por virtud sin que el hombre a ello fuese obligado, ella no sería rechazada de la sociedad por haber accedido a los sentimientos de su corazón, y la mujer seducida, engañada y abandonada no estaría reducida a prostituirse. Sí, si vos la admitieseis a recibir la misma educación, a ejercer los mismos empleos y profesiones que el hombre, ella no sería más frecuentemente que él propensa a la miseria. Si vos no la expusieseis a todos los abusos de la fuerza, por el despotismo del poder paterno y la indisolubilidad del matrimonio, ella no estaría jamás colocada en la alternativa de sufrir la opresión y la infamia.

La virtud o el vicio supone la libertad de hacer bien o mal; pero cuál puede ser la moral de la mujer que no se pertenece a sí misma, que no tiene nada propio, y que toda su vida ha sido preparada a sustraerse a lo arbitrario por la astucia y a la coacción por la seducción. Y cuando es torturada por la miseria, cuando ve el goce de todos los bienes alrededor de los hombres, ¿el arte de gustar, en el cual ha sido educada, no la conduce inevitablemente a la prostitución?

¡Por ello, que esta monstruosidad sea imputada a vuestro estado social y que la mujer sea absuelta! Mientras que ella esté sometida al yugo del hombre o del prejuicio, a que no reciba la más mínima educación profesional, que esté privada de sus derechos civiles, no podrá existir ley moral para ella. En tanto que no pueda obtener el goce de los bienes sino por la

influencia que ella ejerce sobre las pasiones, que no haya título para ella y que sea despojada por su marido de las propiedades que ella ha adquirido por su trabajo o que su padre le ha dado, que no sepa asegurarse el uso de los bienes y de la libertad sino viviendo en el celibato, no podrá existir ley moral para ella, y puede afirmarse que hasta que la emancipación de la mujer tenga lugar, la prostitución irá creciendo todos los días.

Las riquezas están repartidas más desigualmente en Inglaterra que en ninguna otra parte, la prostitución debe ser por lo tanto más considerable. El derecho de testar no está restringido por la ley inglesa, y los prejuicios aristocráticos que reinan en el pueblo, desde el feudo del *lord* hasta la cabaña humilde del «labrador», hacen instituir «un heredero» en todas las familias; en consecuencia las hijas no tienen sino débiles dotes, a menos que no tengan hermanos.

No obstante, existen sólo pocos empleos para las mujeres que han recibido alguna educación; además los prejuicios fanáticos de las sectas religiosas hacen rechazar de todo hogar, y a menudo incluso del techo paterno, a las muchachas que han sido seducidas o engañadas, y la mayor parte de los ricos propietarios del campo, los fabricantes y los jefes de fábricas hacen el juego de seducirlas y engañarlas. Ah, que estos capitalistas, que estos propietarios del suelo, a quienes los proletarios hacen tan ricos por el intercambio de catorce horas de trabajo por un pedazo de pan..., están lejos de balancear, por el uso que hacen de su fortuna, los males y desórdenes de todo género que resultan de la acumulación de las riquezas en sus manos. Aquellas riquezas casi siempre alimentan el orgullo y ocasionan excesos de intemperancia y de libertinaje, de suerte que el pueblo pervertido por su horrible miseria es todavía corrompido por los vicios de los ricos.

Las muchachas nacidas en la clase pobre son empujadas a la prostitución por el hambre. Las mujeres son excluidas de los trabajos del campo y cuando no son ocupadas en las manufacturas, no tienen otro recurso de vida sino la servidumbre y la prostitución.

Vayamos, hermanas mías, marchemos
en la noche como en el día;
a toda hora, a todo precio es preciso
hacer el amor, es preciso hacerlo,
aquí abajo el destino nos ha hecho
para cuidar la casa y a las mujeres
honestas[1].

Las mujeres públicas de Londres son tan numerosas que a toda hora se las ve en todas partes. Afluyen a todas las calles, pero en ciertos momentos del día se hacen presentes en los barrios alejados donde la mayor parte reside, en las calles donde se encuentra el gentío y en los paseos y teatros. Es raro que reciban a los hombres en sus casas; los propietarios de las casas casi siempre se oponen y luego las habitaciones que ocupan están mezquinamente amuebladas. Las muchachas llevan sus «capturas» a casas destinadas al oficio, casas que existen de distancia en distancia en todos los barrios, sin excepción y, son, de acuerdo con lo que informa el doctor Ryan, tan numerosas como las tiendas de *Gin*[2]. Fui como observadora, acompañada de dos amigos armados de bastones, a visitar, entre siete y ocho horas del día, el nuevo barrio al cual llega el puente de Waterloo y que atraviesa a lo ancho y a lo largo la calle de Waterloo-road. Aquel barrio está casi enteramente poblado de prostitutas y de agentes de la prostitución. No sería sino incurriendo en inminentes peligros que se le puede atravesar solo por la noche. Estábamos en verano y la tarde era muy cálida, las muchachas estaban en las ventanas o sentadas frente a sus puertas, riendo y jugando con sus «mantenidos». Medio vestidas, muchas desnudas hasta la cintura, revoloteaban provocando repugnancia, mientras que la expresión de cinismo y de crimen se leía sobre el rostro de sus mantenidos y provocaban el miedo.

1. *Lazare* por Auguste Barbier.
2. *Prostitución en Londres.*

En general estos mantenidos eran hombres muy bellos, jóvenes, grandes y fuertes; pero por su aire común y grosero, se creería ver aquellos animales que no tienen sino apetitos por instinto.

Muchos se nos acercaron y nos preguntaron si no queríamos una habitación. Como les respondimos negativamente, uno, más atrevido que los otros, nos dijo en tono amenazador: «¿qué venís entonces a hacer a este barrio, si vos no queréis una habitación para hacer entrar a `vuestra dama´?» Confieso que no habría querido encontrarme sola frente a este hombre.

Recorrimos todas las calles adyacentes de Waterloo-road, y nos fuimos a sentar sobre el puente para observar otro espectáculo. Vimos pasar las mujeres del barrio de Waterloo-road, que por la noche, entre las ocho y las nueve, van en «bandas» al West-end de la ciudad, donde ellas ejercen su oficio durante la noche y vuelven hacia las ocho o las nueve de la mañana.

Las muchachas recorren todos los paseos y las calles donde se dirige el gentío; aquélla que conduce a la bolsa, a las horas donde el mayor número de personas se congrega, alrededores de los teatros y otros lugares públicos. A la hora de las entradas de precio medio invaden todos los espectáculos y se apoderan de las salas de descanso donde hacen sus salones de reunión (ver el capítulo del teatro). Después del espectáculo las muchachas se reúnen en los *finishes*: éstos son innobles *cabarets* o vastas y suntuosas tabernas a donde se van para terminar la noche.

Los *finishes*[3] se unen a las costumbres inglesas como el *estaminet* a los hábitos alemanes y el café elegante a las

3. Existen, en diversas partes de la ciudad espléndidos salones donde se reúnen hasta doscientas prostitutas ricamente vestidas. Esos lugares son visitados por elegantes y ricos jóvenes que escogen ahí las mujeres. Aquellos salones están anexados a las tabernas que se convierten en fuentes de inmensas riquezas. No son exclusivamente confinadas al West-end de la ciudad, o en Londres más allá del *Temple-bar*. Son conocidos en otras partes bajo el nombre de *longues chambres* (largas habitaciones). Se les encuentra particularmente sobre los bordes del Támesis, donde abundan los marineros. Algunas de estas *longues chambres* pueden contener 500 personas.

costumbres francesas. En los unos el empleado de oficina, el dependiente, el corredor, beben la cerveza fuerte, fuman mal tabaco y tienen francachela con las muchachas suciamente vestidas. En los otros, la alta sociedad bebe *punch au cognac*, vino de Francia y del Rhin, *Cherry* y *Porto*; fuma excelentes cigarros de la Habana, ríe y juega con las muchachas jóvenes, bellas y ricamente vestidas. Pero en éstos como en aquéllos, la orgía se muestra en toda su brutalidad, en todo su horror.

Se me ha contado a propósito de los *finishes*, las escenas de lujuria que me resistí a creer. Me encontraba en Londres por cuarta vez, y había venido con la firme intención de conocer todo. Me decidí por tanto a sobreponerme a mi repugnancia, e ir yo misma a uno de esos *finishes* a fin de juzgar el grado de confianza que debía otorgar a las diversas pinturas que me habían hecho. Los mismos amigos que habían venido a acompañarme a Waterloo-road se ofrecieron entonces a servirme de cicerone.

Es un espectáculo para ver, y para hacernos conocer mejor el estado moral de Inglaterra que todo lo que se podría decir. Tales tabernas tienen una fisonomía muy particular. Parece que los concurrentes asiduos a aquellos palacios les dedican la noche. Van a dormir cuando el sol comienza a brillar en el horizonte y se despiertan después de su ocaso. En el exterior aquellos palacios-tabernas (*gin-palaces*) cuidadosamente cerrados, no indican sino el sueño y el silencio; mas apenas el portero os ha abierto la pequeña puerta por donde entran los iniciados, vos sois deslumbrado por las vivas y brillantes luces que se escapan de mil mecheros de gas. El primero es un inmenso salón dividido en dos a lo largo. En una de sus divisiones hay una hilera de mesas separadas por tabiques de

---

Las prostitutas están colocadas en fila en esas casas como el ganado en *Smith-Rield-Market*, hasta que los visitantes, marineros u otros vienen a escoger su mujer. Aquel que ha hecho su elección entra en otro espacioso apartamento del establecimiento, donde, después de copiosas libaciones y de danzas, la muchacha lo lleva donde ella; allí termina estupidizado por bebidas intoxicantes, entonces es secuestrado, robado y golpeado por los mantenidos (p. 18), *Prostitución en Londres*, por el doctor Ryan).

madera, como en todos los restaurantes ingleses. A los dos costados de las mesas hay bancos en forma de sofás; al frente, en otra división, hay un estrado donde las muchachas del placer con amplios trajes se mantienen en «exhibición». Ellas provocan a los hombres con la mirada y la palabra. Cuando se les responde llevan al galante *gentleman* a una de las mesas pues todas están llenas de carnes frías, de jamones, de aves, de pasteles y de toda especie de vinos y licores.

¡Los *finishes* son los templos que el materialismo inglés eleva a sus dioses! Los domésticos que les sirven están elegantemente vestidos, los industriales propietarios del establecimiento saludan humildemente a los convidados que vienen a cambiar su oro por la orgía.

Hacia la media noche los asiduos comienzan a llegar. Varias de estas tabernas son lugares de citas de la alta sociedad, donde la elite de la aristocracia se congrega. Al principio los jóvenes *lords* se tienden sobre los bancos en forma de sofás, fuman y bromean con las mujeres después; tras varias libaciones, los vapores del champaña, el alcohol de madera exaltan su cerebro, y los ilustres mozos de la nobleza inglesa, los muy honorables del Parlamento se quitan el vestido, desatan la corbata, se sacan el chaleco y los tirantes. Éstos establecen su «camarín particular» en un *cabaret* público. La orgía va siempre creciendo. Entre las cuatro y cinco horas de la mañana ella llega a su apogeo.

¡Oh, entonces es necesario una cierta dosis de coraje para quedar allí, mudo espectador de todo lo que pasa!

¡Qué digno empleo hacen de sus inmensas fortunas estos nobles señores ingleses! Cuán bellos, cuán generosos son cuando han perdido el uso de su razón y ofrecen cincuenta, cien guineas a una prostituta si quiere ella prestarse a todas las obscenidades que la ebriedad produce...

En los *finishes* hay toda clase de entretenimientos. Uno de los más gustados es el de emborrachar a una mujer hasta que caiga muerta de ebriedad; entonces se le hace probar vinagre en el cual mostaza y pimienta han sido arrojados; este brebaje le da casi siempre horribles convulsiones y los sobresaltos

y las contorsiones de esta desgraciada provocan las risas y divierten infinitamente a la honorable sociedad. Una diversión también muy apreciada en esas elegantes reuniones, es la de arrojar sobre las muchachas que yacen muertas de ebriedad sobre el piso un vaso de no importa qué. He visto los vestidos de satén en los que ya no se veía ningún color: era una mezcla confusa de manchas; vino, aguardiente, cerveza, café, té, crema, etc., que diseñaban mil formas extravagantes; escritura matizada de la orgía. ¡Oh, la criatura humana no podría descender más bajo![4].

El aspecto de este licencioso espectáculo subleva, espanta y sus exhalaciones llegan a revolver el estómago; el aire está cargado de miasmas infectas; el olor de las carnes, de las bebidas, del humo de tabaco y otros más fétidos todavía...; todas estas emanaciones penetran en la garganta, y os aprietan las sienes y os dan vértigo. ¡Oh, es horrible! Sin embargo, esta vida que ellas recomienzan «cada noche» es para la mujer pública la única esperanza de fortuna, porque no tienen oportunidad con el inglés «en ayunas», pues el inglés en ayunas es casto hasta la mojigatería.

Es ordinariamente hacia las siete u ocho de la mañana que se retiran del *finish*. Los domésticos van a buscar los coches de alquiler. Aquellos que todavía se mantienen en pie buscan sus vestidos, los recogen y se retiran a sus casas. En cuanto a los otros, los mozos de la taberna los visten como pueden, con

---

4. He visto en este *finish* cuatro o cinco mujeres soberbias. La más notable era una irlandesa de una belleza extraordinaria, Aunque se estuviese habituado a ella, su entrada en la sala causó sensación y excitó un ligero rumor. En cuanto a mí, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¡Qué bella criatura reina de Inglaterra! Se vendrían de todas partes del mundo para admirarla.
Esta bella mujer entró hacia las dos de la mañana vestida con elegante sencillez, que ponía aún más en evidencia el esplendor de su belleza. Tenía un vestido de satén blanco, sus guantes a medio brazo, dejaban ver los bellos brazos. Sus encantadores zapatos color rosa, pequeños, delineaban sus pies graciosos y una especie de diadema de perlas coronaba su cabeza. Tres horas después esta misma mujer cayó al suelo «muerta de ebriedad». Su vestido desagradaba, cada uno echaba sobre sus bellas espaldas, sobre su magnífico pecho, vasos de vino, de licor, etc. Los muchachos de la taberna la arrastraron de los pies como a un fardo de basura. ¡Oh, es preciso haber sido testigo de tan indigna profanación del ser humano para creer aquello!

los primeros vestidos que tienen a la mano y los llevan al coche de alquiler e indican al conductor del coche la dirección de sus domicilios. Muy a menudo ocurre que se desconoce la casa de esos individuos; entonces son colocados en una sala al fondo de la casa, donde se les acuesta buenamente sobre paja. Esta sala se llama el «hueco de los borrachos». Se quedan ahí hasta que recuperen el sentido y puedan decir dónde quieren ser conducidos.

Es inútil decir que los objetos consumidos en esas tabernas se pagan a enormes precios; así pues los borrachos salen con sus bolsillos vacíos, felices si la codicia de su sirena les ha perdonado el reloj, los anteojos de marco de oro o cualquier otra cosa de valor.

En esta ciudad de desenfreno, la vida de las mujeres públicas de toda clase es de corta duración. Lo quiera o no, la prostituta está obligada a beber alcohol. ¡Qué temperamento podría resistir los continuos excesos! Así tres o cuatro años es el período de existencia de la mitad de las prostitutas de Londres. Las hay que resisten siete u ocho años, pero es el término extremo que muy pocas alcanzan y que solamente muy raras excepciones superan. Muchas mueren de malas enfermedades o de fluxiones al pecho en los hospitales y cuando no pueden ser admitidas sucumben a sus males en horribles viviendas, experimentando la privación de alimentos, de remedio, de cuidado, en fin de todas las cosas. El perro al morir encuentra la mirada de su amo, en tanto que la prostituta muere en la esquina de cualquier calle, sin que nadie se detenga a mirarla con piedad.

De ochenta a cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución. Cada año, de quince a veinte mil se enferman y tienen la muerte del leproso, en un total abandono[5]. Cada año, un número más considerable todavía viene a reemplazar a aquéllas cuya espantosa existencia termina.

---

5. El balance que obliga a hacer registrar los muertos es muy reciente y faltan elementos todavía para determinar de manera rigurosa la cifra de la mortalidad de las mujeres públicas.

Para explicar una prostitución tan difundida, es necesario tener presente en el espíritu el inmenso aumento que han tomado las riquezas de Inglaterra desde hace cincuenta años, y recordar que, en todos los pueblos y en todas las épocas, la sensualidad se ha desarrollado junto con la riqueza. El móvil del comercio se ha vuelto tan poderoso entre los ingleses que ha superado a todos los otros. No hay uno donde el pensamiento dominante no sea otra cosa que el ganar dinero (*to make money*). Los hijos menores de las más ricas familias están también en la necesidad de hacer fortuna y ninguno está satisfecho con lo que posee.

El amor al dinero, implantado en el corazón de los jóvenes en la edad más tierna, destruye los afectos de familia así como toda compasión de los males ajenos y no permite crecer ningún sentimiento de amor. El amor no entra para nada en su vida. Es sin amor que seducen a una muchacha, es sin amor que se casan. El joven «se casa con dote», abandona a su mujer y va a dilapidar la fortuna en las casas de juego, los clubes y los *finishes* del *West-end*. Oh, esta vida completamente material de los apetitos y de los intereses es repelente. Jamás sociedad alguna ha presentado un aspecto tan horroroso. El dinero por motor; y para todo goce, el vino y las prostitutas.

En Londres todas las clases están profundamente corrompidas. Durante la infancia el vicio adelanta la edad. En la vejez sobrevive a los sentidos apagados y las enfermedades de la lujuria han penetrado en todas las familias. La pluma se niega a describir los extravíos, las vilezas a las cuales se dejan arrastrar los hombres hastiados de todo, que no tienen sino los sentidos y cuya alma es inerte, el corazón marchito, el espíritu sin cultura. Frente a una tal depravación, San Pablo habría exclamado: «Anatema sobre los fornicadores», y habría huido de esta isla sacudiéndose el polvo de los pies.

En Londres no se tiene consideración por las víctimas del vicio. La suerte de la mujer pública no inspira más piedad que aquella del irlandés, del judío, del proletario y del mendigo. Los romanos no eran más insensibles para con la vida de los gladiadores que perecían en el circo. Los hombres, cuando no

están ebrios, rechazan con el pie a las prostitutas y aun les pegarían si no temieran el escándalo, los resultados de una batalla con los mantenidos o la intervención de la policía[6]. Las mujeres honestas tienen por estas desgraciadas un desprecio duro, seco y cruel, y el sacerdote anglicano no es consolador de todos los infortunados como el católico. El sacerdote anglicano no tiene misericordia por la prostituta. Éste pronunciará en el púlpito un discurso enfático acerca de la caridad y el afecto que tuvo Jesús por la Magdalena, pero para los millares de Magdalenas que mueren cada día en los horrores de la miseria y del abandono, ¡no hay ni una lágrima! Qué le importan estas criaturas. Su deber es divulgar en el templo un discurso hecho con talento, a día y hora fijas, eso es todo. En Londres la prostituta no tiene derecho sino al hospital, y aún así, sólo cuando encuentra un lugar desocupado.

El amor propio nacional, que nos lleva a desear que el país en que la Providencia nos ha hecho nacer sea mejor que todos en la tierra, esta disposición malévola hacia los otros países, fruto amargo de las luchas pasadas y que forma el más grande obstáculo al progreso, nos impide a menudo reconocer las causas de los males que el extranjero nos señala. El espíritu de odio se despierta entonces, y nosotros lo aumentamos,

---

6. Mientras yo estaba en Londres, un negociante de la *cité*, enfermo de mala enfermedad, creyó poder atribuir el origen de su mal a una mujer pública que conocía, la hizo venir a una casa de cita, allí le subió las faldas por encima de la cabeza, la amarró con una cuerda, encerrando la parte alta del cuerpo en un saco, enseguida la azotó con varas, y cuando se cansó de golpearla, la arrojó en ese estado al medio de la calle. Esta desgraciada, privada de aire, se ahogaba; se debatía, lloraba y rodaba en el lodo. Nadie vino a socorrerla. En Londres, nadie se mezcla jamás con lo que ocurre en la calle: «that's not my business» (esto no es asunto mío) os responde el inglés sin detenerse, y está a diez pasos cuando sus palabras vienen a resonar en vuestro oído. La desgraciada, yacente sobre el pavimento, no hacía movimiento alguno. Iba a perecer, cuando un *policeman* pasó: se acercó y cortó la cuerda que liaba su vestido. Su rostro estaba violeta, no respiraba, estaba asfixiada. Se la llevó al hospital, donde rápidos socorros la devolvieron a la vida. El autor de este atroz atentado fue llamado frente al magistrado, y condenado, por *ultraje a las costumbres, en la vía pública, a seis chelines de multa.*
En un pueblo de una «mojigatería ridícula» se ve que no cuesta caro el «ultrajar el pudor público». Y lo que sorprenderá es que el magistrado no haya visto en esta acción sino «un delito de policía a sancionar». Si, en este país de pretendida libertad, la ley es para el fuerte, el débil no puede invocar la protección de ella.

añadimos proveyéndole de pruebas por hechos tan manifiestos como las nieblas del Támesis, porque la unidad de interés de las naciones, no siendo todavía concebida sino por un pequeño número de personas adelantadas, permite que el extranjero, que no nos aprueba, sea tomado por el enemigo que nos injuria.

La prostitución existe en todas partes, pero en Londres es un hecho tan inmenso, que se la ve como un monstruo que todo lo quiere tragar; y he comprendido, colocándome en el punto de vista del vulgo, que probablemente no se querría convenir conmigo en su impotencia, y que el cuadro sería acusador de exageración. Yo pensaba entonces en hacerme de pruebas, de autoridades que confirmasen el testimonio de mis ojos.

Había leído el libro de M. Parent Duchatelet, y sabía que era imposible de llegar a la exactitud matemática en la apreciación de un hecho que escapa a los datos estadísticos, se podría sin embargo, por largas observaciones, acercarse mucho a la verdad. Me informé si se había encontrado en Inglaterra un filántropo lo suficientemente devoto a la humanidad para consagrar su vida al examen de la prostitución de Londres, con aquella indomable obstinación que había tomado Parent Duchatelet al examinar y estudiar la prostitución de París. Se me indicó al doctor Ryan cuya obra sobre la prostitución de Londres levantó recriminaciones y odios.

El doctor Ryan, autor de varias obras de mérito reconocido y cuya numerosa clientela atestigua su talento, no había tenido necesidad de publicar esta obra para adquirir una reputación. Esta publicación, que debía indignar el espíritu hipócrita de las costumbres inglesas y provocar las vociferaciones de las clases altas a las cuales arrancaba la máscara, es de su parte un acto sublime de sacrificio. El doctor Ryan conocía su país y las consecuencias que debía traer su publicación. Pero dotado de aquel coraje enérgico que planea por encima de los clamores de un mundo corrompido, divulgó atrevidamente los hechos, señaló la corrupción y las vilezas que encierra la ciudad monstruo.

Fue el año pasado que apareció en Londres el libro del doctor Michael Ryan teniendo por título *Prostitución en Londres*. Esta obra contiene, sobre la prostitución en Londres, los datos más precisos que es posible obtener en el estado actual de la policía inglesa. El doctor Ryan cita con apoyo de hechos, que él adelanta, los informes de «la sociedad por la supresión del vicio» frente al comité del Parlamento, en 1837 y 1838; los de la policía metropolitana, en 1837 y 1838; aquellos de la sociedad de Londres «para prevenir la prostitución de la infancia», en 1836, 1837 y 1838; los informes de M. Talbot, secretario de esta sociedad, y de los comisarios de policía frente al Parlamento, y en fin aquellos del Ministerio de Interior, en 1837 y 1838.

Resulta de estos documentos que en 1793 M. Colquhoun, hombre de mérito y magistrado de policía, después de haberse entregado a largas investigaciones, evalúa en cincuenta mil el número de las prostitutas en Londres; pero esto no es sino una evaluación, porque aun en el presente, que la policía está mejor organizada, no hay ningún medio para llegar a la exactitud en este caso. Desde 1793 la población de Londres ha doblado, se puede por lo tanto suponer que el vicio ha seguido una proporción más fuerte, teniendo en cuenta que la desigualdad en la repartición de la riqueza se ha mantenido a la misma altura, y que la producción no ha crecido en razón de la población, que los salarios han disminuido en consecuencia, y que ninguna mejora real de la suerte del proletariado ha sido efectuada todavía por el gobierno. Mientras tanto el doctor Ryan, de acuerdo con los datos que ha recogido de los magistrados de la policía y de los señores Prichard y Talbot, secretarios de las sociedades arriba mencionadas, estima que existen en Londres de 80 a 100.000 mujeres públicas, cuya mitad —otros afirman que las dos terceras partes— están por debajo de los veinte años.

No es sino por aproximación que se puede evaluar la duración media de su existencia; porque hasta 1838 no existía en Inglaterra ley que obligara a registrar a los muertos. Clarke, el último Chamberlain de la ciudad de Londres, evalúa en cuatro

años la vida de la prostituta, otros la evalúan en siete años, mientras que la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud» estima que en Londres la mortalidad anual de las mujeres públicas es de ocho mil. Talbot piensa, a juzgar por el resultado de sus investigaciones, que existen en Londres cinco mil «casas de perversión»: tantas como establecimientos donde se vende el *gin* (ginebra). Ryan evalúa que en Londres hay cinco mil individuos, hombres o mujeres empleados en proveer de mujeres a las casas de perversión, y cuatrocientos o quinientos que él designa bajo el nombre de *trapanners*[7], ocupados en tender redes a las muchachas de diez a doce años para atraerlas de «grado» o por «fuerza» a estas espantosas cavernas. Él evalúa que 400.000 personas están implicadas, directa o indirectamente, en la prostitución, y que 8.000.000 de libras esterlinas (400.000.000 de francos) son anualmente gastados en Londres en este vicio.

Ha sido en mayo de 1835 que fue instituida la Sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud». En su llamado al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres. Afirma que existen escuelas donde, la juventud de los dos sexos es preparada para el hurto y para todos los actos de inmoralidad; que la protitución y el robo son «abiertamente propiciados» por aquellos que se aprovechan de ello, que en fin el crimen es organizado regularmente, y dirige un llamado a los ciudadanos acerca de los más atroces atentados que se cometen impunemente a pleno día en las calles de Londres, para alimentar el más infame de los comercios. Existe, dice aquél, un gran número de hombres y de mujeres cuyo comercio consiste «en vender a las muchachas de diez a quince años que han atrapado en sus redes». Las muchachas, atraídas bajo diversos pretextos a las casas de delito o de perversión, mantenidas a título privado durante quince días, son perdidas para siempre por sus parientes.

7. Tendedores de emboscadas, de trampas.

En mayo de 1836, el Comité de la Sociedad, en la cuenta rendida de sus trabajos hace notar «que sea cuál sea la pena que todo hombre moral experimenta con la visión de las escenas de vicios que se muestran sin disimulo en la metrópoli, no obstante, el espectáculo más indignamente ofrecido es el espantoso crecimiento de la prostitución de la juventud. De noche, y aun en pleno día, las calles son recorridas por los desgraciados muchachos desviados de la senda de la virtud, de la protección de sus padres, por los impíos que los han llevado a su destrucción con el objeto de hacer una ganancia y que, sin embargo, permanecen sin castigo».

Entre las muchachas seducidas a las cuales el Comité vino en ayuda durante el primer año de su ejercicio, hago notar el caso de una muchacha de trece a catorce años. El tratante de esclavos que la hubo pervertido y en cuya casa ella estaba retenida, llevado a juicio, ha sido absuelto. Por lo demás, en las cuerizas rendidas a la Sociedad, para los años 1837 y 1838, se cuentan varios hechos de la misma especie y los traficantes de carne humana han sido condenados a «algunos meses de prisión».

Después de haber referido algunos de los medios de atracción empleados con las muchachas que ha socorrido, el comité añade: «los numerosos artificios usados para atraer al remolino de miseria, a los muchachos de los dos sexos sin experiencia son tan complicados, tan variados, que sería imposible de detallarlos. Es por ello que hablaremos solamente del trato que sufren aquellas criaturas infortunadas cuando caen en la trampa. Tan pronto como la joven entra en una de esas tabernas, se le despoja de sus vestidos, de los que se apodera el o la regente del establecimiento. Se la viste con trajes rutilantes que han formado el vestuario de las mujeres ricas y que los ropavejeros proporcionan. Las residentes son informadas de que cuando no atraen más público a la casa, su amo las enviará a recorrer las calles, donde se les hace vigilar de tal manera que les es imposible escapar; si ella lo intenta, el espía, hombre o mujer, que la sigue la acusa de robar al amo de la casa los vestidos que lleva. Entonces el 'policía' la detiene,

algunas veces la lleva a su estación, pero más frecuentemente éste devuelve a la esclava fugitiva a su amo, por lo cual recibe una recompensa. De vuelta a su infame residencia, la desdichada es cruelmente tratada. Despojada de todo vestido, es dejada todo el día, 'enteramente desnuda' a fin de que no pueda escaparse, a menudo incluso es 'privada del alimento'. Llegada la noche, se le vuelve a poner sus ropas y se la envía a pasear las calles siempre vigilada por un espía; es severamente castigada si, en esas caminatas nocturnas, no lleva a la casa a un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un centavo del dinero que recibe».

Las casas de prostitución son prohibidas en Inglaterra, pero es difícil probar su existencia. Aquellos que las frecuentan, contenidos por la vergüenza, no llevarían testimonio a la justicia; y la policía no pudiendo introducirse en esas casas sino cuando se cometen desórdenes, no sabría constatar el delito. Los vecinos solamente pueden hacerlas suprimir por los oficiales de la parroquia, acusándolas de crear problemas y alterar la tranquilidad del barrio.

Por lo demás, la prohibición de la ley es absurda; porque siendo la prostitución un resultado forzoso de la organización de las sociedades europeas, a disminuir más bien la intensidad de las causas que la provocan y a reglamentar su uso es a lo que actualmente deben tender los gobiernos.

De los informes de 1827 y 1838, el Comité de la Sociedad da cuenta de las pesquisas que ha dirigido contra los regentes de las casas de prostitución y de los individuos que envician y corrompen a las muchachas; pero las penas incurridas por mantener esas casas, por desviar y pervertir a las muchachas de diez a quince años, no exceden de «un año de prisión» y más corrientemente no se espera los seis meses. Ocurre incluso que los acusados son devueltos de la querella, teniendo en cuenta que esos muchachos de los «dos sexos, de diez a quince años», encontrados en una de esas casas «han consentido ya sea en ir allí o en quedarse». Tal es la legislación que protege a la familia del proletario. En cuanto a las muchachas de los ricos, constantemente bajo los ojos

de personas que, cuidan de ellas, son poco expuestas a estas seducciones.

La depravación está en tal forma extendida y el precio que se obtiene por las muchachas es tan elevado, que no hay astucia a la cual no se recurra para procurárselas. En 1838, el Comité de la Sociedad llamó la atención del patriotismo, de la virtud, de la religión y de la humanidad sobre los esfuerzos desvergonzados que se hacían continuamente para alimentar el enviciamiento de nuevas víctimas. ¡Apenas se puede pasar por una calle sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio! Numerosos agentes son empleados en captar, en atrapar de mil maneras a las inocentes jóvenes sin experiencia, y los arrabales, los bazares (mercados), los parques, los teatros, les proporcionan sin cesar nuevas presas. Vuestro Comité tiene además pruebas, añade aquél, que le permiten afirmar que los regentes de las casas de perversión y sus agentes tienen también la costumbre de dirigirse a las casas de trabajo y a los establecimientos penitenciarios y que de allí obtienen muchachas frecuentemente. («Your committee have authority for stating, that the keepers of brothels and procurers, are frecuently in the habit of obtaining females from the workhouses and penitentiaries»)[8].

A pesar de la máscara de hipocresía que continúan manteniendo las gentes de las clases altas, con el propósito de hacer durar el fanatismo entre el pueblo, ellas apenas se han mostrado poco dispuestas a secundar los esfuerzos de la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud»; mientras que desde hace treinta y siete años que existe la Sociedad para «la supresión del vicio», que se dedica solamente a perseguir a personas, «no observantes del domingo o a los vendedores de publicaciones obscenas y a los adivinadores de la buena suerte», es de advertir que esta Sociedad ha encontrado constantemente ayuda y apoyo en todas partes, porque se puede dormir bien el día domingo en los sermones

8. *La Prostitución en Londres*, p. 146.

de los reverendos, renunciar a las pinturas del Aretino y cuidar sus vicios. Además, suscribiendo por una sociedad que tiene la pretensión «de trabajar por la supresión del vicio» se adquiere la reputación de «virtuoso», reputación a la cual el *robert-macairisme* inglés se atiene mucho.

El Comité de la Sociedad para prevenir la prostitución de la juventud decía en mayo de 1838: «mientras que los miembros del Comité perseguían la ejecución de las operaciones comenzadas, han debido luchar contra obstáculos de naturaleza poco ordinaria; estos obstáculos provienen de la apatía y de la indiferencia casi universal que reinan sobre el objeto de la Sociedad». Los miembros de vuestro Comité han sido acogidos en su trayectoria por las burlas y el desprecio de un mundo profano e inmoral, por las censuras y desaprobaciones de aquellos que creen que el libertinaje «es necesario» para el bienestar de la sociedad, por la desatención desdeñosa y la negligencia de los hombres religiosos. Ellos no han encontrado en ninguna parte ayuda o aliento. Pero en medio de las repulsas despectivas e impías de aquellas gentes, de las pullas y de las risas de todos, han tenido el coraje de perseverar, sostenidos por la conciencia de la importancia de los objetivos que se perseguían fueran cumplidos, y por las simpatías y atenciones afectuosas de sus suscriptores.

La depravación inglesa no produce nada más odioso que esos monstruos de los dos sexos que recorren Inglaterra y Europa continental, tienden sus redes a la niñez, luego retornan a Londres a vender a esta virtuosa aristocracia, a aquellos enriquecidos del comercio, las muchachas que han arrebatado al afecto de sus padres, excitando insidiosas esperanzas a través de atroces mentiras, o de las cuales se han apoderado furtivamente por las redes que han tendido a las muchachas mismas. Algunos de estos agentes frecuentan las respetables clases de la sociedad inglesa. Aquellos, dedicados a los mercados de esclavos del *west-end*, a menudo son enviados a diversas ciudades y aldeas del continente, a Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Éstos tratan con los padres, comprometen a las muchachas en calidad de bordadoras, modistas,

lenceras, músicas, damas de compañía, domésticas, etc., para evitar las sospechas. Llegan a veces hasta dar adelantos a los padres, y cuando se han procurado un cierto número de muchachas, regresan a Londres[9].

El Comité de la Sociedad para prevenir la prostitución intentó, en 1837, demandas judiciales contra una francesa llamada Marie Aubrey, que fue obligada a abandonar su infame comercio y salvarse en Francia para escapar a algunos meses de prisión. «Su casa estaba situada en Seymour-place, Bryanstone-square. Este establecimiento tenía una gran reputación en el mundo elegante. Visitado por algunos de los extranjeros más distinguidos y del gran mundo del *west-end*, estaba construido con un lujo que rivalizaba con las más ricas y las más nobles familias. La casa tenía doce o catorce piezas, independientemente de aquellas consagradas a los usos domésticos. Cada una de estas piezas estaba amueblada con un gusto exquisito y con todo lo que existía de más a la moda. El salón, muy amplio, estaba elegantemente adornado. Una profusión de lienzos, entre los cuales se encontraban pinturas de gran precio, decoraban sus muros. En una palabra, el mobiliario de esta casa era extremadamente rico. Marie Aubrey tenía para el uso de los altos personajes que recibía, un servicio de piezas de platería y vajilla de plata de un gusto exquisito. En el momento en que las acciones contra ella fueron comenzadas, había en su casa doce o catorce jóvenes de Francia y de Italia. Marie Aubrey tenía un médico adjunto a su establecimiento, que vivía en la vecindad y al que ella empleaba también como su agente. Ella lo enviaba frecuentemente a Francia, a Italia, y cuando él estaba en Londres, él visitaba las aldeas de los alrededores en busca de muchachas jóvenes. Marie Aubrey vivió muchos años en esta casa, donde amasó una fortuna considerable. Luego de su partida, el personal fue despedido y se vendió el mobiliario. Cuando ella recibía una nueva importación de muchachas, enviaba una

9. *La Prostitución en Londres*, p. 181.

circular a los señores que tenían el hábito de visitar su establecimiento.

Hay actualmente en la metrópoli un gran número de jóvenes mujeres de Francia, de Italia y de otras partes del continente. Muchas de ellas han sido separadas de su familia e introducidas en la senda de la iniquidad por Marie Aubrey y sus infames agentes. Vuestro Comité conoce un número considerable de casas de esta especie en el *west-end* cuyas circulares están en mi poder. Ellas siguen en todo el mismo plan de Marie Aubrey, y por medio de las direcciones que presenta *guide de la cour*, ellas envían anuncios de todo género relativos a sus establecimientos a todos sin distinción (*nobility and gentry*).

Vuestro Comité desea exponer en esta asamblea los medios empleados por los agentes de esas casas. Tan pronto como llegan a ciudades del continente, se informan de las familias donde se encuentran las señoritas que buscan colocarse en posiciones respetables, luego se introducen en esas familias y por medio de bellas promesas, inducen a los padres a consentir que sus hijas les acompañen a Londres, donde está convenido que deben ser colocadas en calidad de bordadoras, modistas, floristas o de tal otra profesión de mujeres. Una suma de dinero es dejada a los padres, como garantía para la ejecución del compromiso. Algunas veces está aún estipulado que una parte determinada de los salarios de sus hijas les será enviada todos los trimestres. Y mientras ellas se quedan en el establecimiento que les ha hecho venir, la parte de los salarios prometida es exactamente enviada a los padres, que sin sospechar reciben así los socorros de la prostitución de sus hijas. Cuando ellas dejan la casa, se escriben cartas a sus padres para informarles que sus hijas han dejado su oficio. En consecuencia, las remesas de dinero cesan, pero no se olvida de decirles que están muy contentas de haber encontrado otra posición no menos respetable para sus hijas y que están muy bien»[10].

---

10. *La Prostitución en Londres.*

La profunda corrupción de las clases ricas, los altos precios que pagan, protegen y fomentan este infame comercio. Talbot dice: «en los serrallos del *west-end*, a las esclavas de las nuevas importaciones se paga de veinte a cien libras esterlinas. Y si se reflexiona en el lujo de esas casas, en la enormidad de sus gastos, en los gastos de viaje de sus agentes, se concebirá que ese precio no es exagerado. Cuando esas jóvenes, conocidas por todos los concurrentes asiduos no excitan más su capricho se las pasa a un establecimiento de segundo orden, y al cabo de un año o dieciocho meses, las desgraciadas mueren en algún hospital o son abandonadas a su suerte en las calles».

La demanda de estas muchachas es tan considerable, que por todas partes, las redes son echadas para atraparlas y sorprenderlas en falta por aquellos que las vigilan. Las mujeres, dice M. Ryan, acechan en las agencias de los coches públicos a las jóvenes que vienen a Londres para colocarse y les ofrecen un alojamiento. Otras se presentan en las casas de trabajo y en los hospicios bajo el pretexto de alquilar sirvientas y obtienen a menudo que se les confíe las muchachas. Estas mujeres están bien vestidas y se imponen por su tono. En los mercados mantienen conversación con las muchachas de las tiendas, frecuentan los establecimientos de moda y todos los talleres de mujeres, atrayendo a sus casas por mil astucias a las jóvenes aprendices. Aquellos que las emplean las hacen viajar y van hasta a ochenta millas de Londres en busca de víctimas.

Talbot dice «que entre las formas que emplean aquellas infames casas para llenar los vacíos frecuentes que la enfermedad y la muerte ocasionan en el establecimiento, y para subvenir el crecimiento de las demandas, está el hacer recorrer las calles a jóvenes de dieciocho años para engañar con lisonjas a las muchachas que encuentran. Les proponen ir con ellas a ver un pariente, dar un paseo agradable, asistir a cualquier cosa interesante, les invitan a un teatro o les ofrecen un buen empleo. Ellas cumplen este oficio a pleno día y también por la noche, y recurren a los artificios más sutiles para determinar a las muchachas a seguirlas. El domingo es el día

que estos miserables escogen como predilecto. Acechan a las muchachas a las salidas de los colegios dominicales y las atraen a sus guaridas. Creo aun poder afirmar que las muchachas han sido sacadas del mismo colegio, a la vista de sus profesores y de sus camaradas, ¡que no tenían ninguna idea que un sistema tan execrable fuera puesto en ejecución! Tan pronto como están en posesión de las muchachas, ellas son 'vendidas' y su 'ruina' es efectuada a menudo por algunos de aquellos viejos pervertidos de cabeza blanca que dan por ellas premios enormes»[11]. Talbot cuenta numerosos hechos, llegados a su conocimiento, de niñas de diez a once años que son violadas en malos lugares. Estos crímenes se cometen habitualmente y son tan poco reprimidos, que los amos de aquellos establecimientos, dice siempre Talbot, pasan alrededor de los mercados con los cocheros y éstos les llevan a «tanto por cabeza» muchachas del campo de diez a catorce años que han comprometido bajo diversos pretextos a venir a Londres. Estos cocheros han sido llevados a menudo hasta los magistrados de la policía por crímenes de ese género; pero por la imperfección de la ley, cuando son castigados no es sino con una pena ligera.

«De los testimonios que tengo en mi posesión, dice Talbot, resulta que hay un gran número de dueños de casas malas que atraen muchachos a ellas. Es un hecho constante y pienso ser exacto evaluando que, sobre cinco mil establecimientos, dos mil fomentan el libertinaje de los muchachos.»

«Sunt lupinaria nune inter nos, in quibus utuntur pueri vel pulleae»[12]. Talbot me indicó los lugares, dice el doctor Ryan; pero no puedo permitirme el publicarlos.

«Los muchachos de los dos sexos que están en estas infames y horribles guaridas han sido tomados en su mayor parte cuando miraban las vitrinas de las tiendas con pinturas indecentes y han

---

11. *La Prostitución en Londres*, p. 182.
12. *La Prostitución en Londres*, p. 198, copio las palabras latinas del doctor Ryan que por decencia no las ha traducido.

gastado hasta diez libras esterlinas para convertirse en amo de un joven».

No pudiendo la policía introducirse en una casa cualquiera a menos que los gritos y el ruido no proclamen los desórdenes hasta afuera, resulta que con la excepción de estos establecimientos, interesados en fundar su reputación en el mundo elegante, la mayor parte de las casas de perversión tienen un acceso peligroso. Ellos ofrecen refugio a rateros y ladrones de toda especie. Los encubridores son frecuentemente llevados frente al magistrado por querellas, desórdenes y bajo la acusación de robo. En esas guaridas, los ladrones vienen a esconderse y comparten los robos obtenidos por la depredación. Los encubridores trafican con los objetos robados y vienen en ayuda de los ladrones cuando éstos son detenidos. Entonces dan dinero para trastornar el curso de la justicia y tienen éxito a menudo en hacerlos absolver. Las prostitutas tienen casi todas por sostenedores a los industriales que frecuentan esas casas. Los ladrones pasan allí la noche y a la menor señal están prestos a precipitarse sobre la víctima para despojarla y hasta asesinarla[13].

El doctor Ryan habla de un barrio de Londres llamado Fleet-Ditch, donde casi todas las casas son guaridas espantosas. Un acueducto de anchas dimensiones lo atraviesa y descarga muy lejos, en el Támesis. Asesinos y bandidos de toda especie que habitan estas casas arrojan los cadáveres de sus víctimas a este acueducto, sin correr el menor riesgo de ser descubiertos. Se me ha asegurado, añade el doctor Ryan, que dos individuos de gran influencia en la ciudad de Londres, que poseen dos casas en los alrededores de ese barrio, valiendo cada una apenas treinta libras esterlinas por año, las alquilan a dos libras esterlinas por semana «como casas malas del último rango». Y las rentas de las casas del lugar varían de 100 libras esterlinas a 500 por año, sin incluir la prima de entrada de 100 a 300 libras esterlinas exigida para el consentimiento

13. *La Prostitución en Londres*, pp. 176-192.

del propietario a un establecimiento de primer orden. Y el doctor Ryan cuenta la historia de dos caballeros que se habían dejado atraer para pasar la noche en una casa mala situada en un infame *square*, y que tuvieron en la mañana que sostener una dura lucha contra los sostenedores de sus sirenas[14].

Independientemente de las casas de perversión que se encuentran en todas las calles de Londres, donde las prostitutas llevan a los hombres a los que han echado guante y en las que habitan buena cantidad de ellas, existen en ciertos barrios las *lodginghouses*, casas de alojamiento, regentadas por encubridores, donde se refugian ladrones de toda especie. Un buen número de estas casas contienen cincuenta camas ocupadas por personas de los dos sexos. En algunas de estas casas se reciben sólo a los ladrones muy jóvenes, a fin de que no sean maltratados por los más fuertes. No teniendo estos jóvenes menos maña, astucia y conocimiento del oficio que cualquier ladrón, el regente desea sacar el máximo provecho posible de todos sus robos y no admite en su casa a los hombres para los cuales los muchachos trabajan. Las mujeres tampoco quedan excluidas, para hablar más exactamente las muchachas de diez a quince años, porque es raro que la compañera del ladrón llegue a la edad de mujer. Estas muchachas son admitidas como «amantes de los muchachos» que las llevan. Las escenas de depravación que ocurren en estas guaridas, dice el doctor Ryan, son indescriptibles y serían increíbles si se les describiera[15].

Casi todos los muchachos de doce a quince años enviados a las prisiones han tenido relaciones con las prostitutas y son visitados diariamente por sus amantes quienes dicen ser sus hermanas. Talbot evalúa que hay en Londres de trece mil a catorce mil prostitutas jóvenes, prostitutas de diez a trece años, que se renuevan sin cesar. Dice que el hospital de Guy ha tenido en el lapso de ocho años a dos mil setecientos

14. *La Prostitución en Londres*, p. 177.
15. *La Prostitución en Londres*, p. 201.

pacientes por enfermedades venéreas, de diez a quince años de edad, y que un número bastante mayor de muchachos de esa misma edad habían sido rechazados por falta de lugar para recibirlos. He visto, añade Talbot, hasta treinta casos en un día, despachados por no poder ser atendidos aunque estuviesen en un estado tan lastimoso que apenas podían caminar.

El doctor Ryan dice también que un gran número de solicitudes de ingreso al hospital son dirigidas diariamente al Metroporlitain free hospital por muchachas de doce a dieciséis años afectadas por enfermedades sifilíticas[16]. «A menudo me he asombrado», continúa el doctor Ryan, «en los hospicios y otros lugares de caridad pública a los cuales he asistido como médico, del gran número de jóvenes que se presentaban para consultar sobre las enfermedades venéreas»[17].

Existen en Londres cinco instituciones para ir en socorro de las prostitutas que deseen dejar su horrible carrera[18]. Pero los esfuerzos de estas sociedades son en general demasiado mal dirigidos y sus medios demasiado restringidos para poder efectuar el bien. El número total de prostitutas, a las cuales los cinco asilos les ofrecen anualmente refugio, no excede de quinientos. ¡Es

16. *La Prostitución en Londres*, pp. 185-186.
17. *La Prostitución en Londres*, p. 186.
18. *The Magdalen* (1758); *The London Female Penitentiary* (1807); *The Guardia Society* (1812); *The maritime penitent refuge* (1829); *The London Society for the prevention of juvenile prostitution* (1835).
En cuanto a la Sociedad para la supresión del vicio fundada en 1802, tiene cinco objetivos, a saber:
1° Prevenir la profanación del domingo.
2° Perseguir las publicaciones blasfematorias.
3° Perseguir los libros y las pinturas obscenas.
4° Perseguir las casas de perversión.
5° Perseguir a los adivinadores de la suerte.
Esta Sociedad no se ocupa de una manera activa, sino de hacer observar el domingo. La ociosidad del séptimo día de la semana, la concurrencia al cabaret, son en el pensamiento de la sociedad, la única manifestación de la religión del pueblo. Ella persigue así también a veces los libros de pinturas obscenas y es, a decir verdad, la única cosa útil a la que verdaderamente se dedica. La perversión de ocho a diez mil niños sacrificados anualmente a los vicios de la opulencia no llama mayormente de ninguna manera su atención. Esta sociedad está considerada en alta estima por la nobleza y la iglesia anglicana y si no persiguen a los adivinadores de buena fortuna es porque probablemente éstos han encontrado gracia frente al clero.

solamente a quinientas de estas desdichadas que las cinco sociedades vienen a ayudar y le proporcionan una colocación más honrada! La única sociedad que ataca a la depravación en su origen es aquella *para prevenir la prostitución de la niñez*. Esta sociedad se sirve activamente de las leyes existentes pero así y todo, con todo su celo, no puede sino débilmente limitar el crimen, tanto como resultado de la insuficiencia, de la asistencia que recibe, como por la legislación. Así el regente de una casa de perversión que ha capturado y pervertido a menores para entregarlos a la depravación, quedará libre si es detenido, después de ocho o diez días de prisión; mientras que una mujer del pueblo o cualquier otro individuo detenido vendiendo frutas o cualquier otra cosa sobre la vereda será castigado por una prisión de treinta días. Mientras que el simple encarcelamiento de algunos días para el regente de la casa de perversión, no es sino una pena ligera; es indiferente a todo sentimiento de vergüenza; sus asociados no tienen para él menos consideraciones y encuentra al contrario simpatía entre ellos: hacen gestiones para acortar su detención y vienen a hacerle compañía para endulzar el tedio. Mientras que para las muchachas virtuosas (culpables solamente de una violación de la ley) treinta días de prisión son casi inevitablemente su ruina completa. Pero qué importa el hijo del proletario, su mujer o su hija. El tendero está interesado en que no se venda nada sobre la vía pública. El tendero, el regente de la casa de perversión tienen derechos políticos, son electores, jurados, y el proletario, su mujer y sus hijos caen casi siempre a cargo de las parroquias. Evidentemente la demanda anual de ocho a diez mil menores por la lujuria de los ricos, entran en el sistema de Malthus para la disminución de la población, y bajo este punto de vista el regente de la casa de perversión es un hombre de respetabilidad, un hombre útil al país.

LAS MUJERES INGLESAS
('Paseos en Londres', 1840)

¡Qué indignante contraste hay en Inglaterra entre la extrema servidumbre de las mujeres y la superioridad intelectual de las mujeres autoras! No existen males, dolores, desorden, injusticia, miserias resultantes de los prejuicios de la sociedad, de sus organizaciones, de sus leyes, que hayan escapado a la observación de las mujeres autoras. Es un fenómeno brillante los escritos de estas inglesas que aclaran el mundo moral con tan vivo resplandor, y sobre todo cuando se considera la educación absurda que ellas han debido sufrir, y la influencia embrutecedora del medio en el cual han vivido.

Es suficiente residir algunos meses en Inglaterra para ser impresionado por la inteligencia y la sensibilidad de las mujeres, además son capaces de una atención sostenida y tienen memoria; con estas disposiciones no hay nada de inaccesible en la esfera intelectual. Ellas son nobles y grandes a su manera, pero ¡ay!, todas estas bellas cualidades nativas son ahogadas por un sistema de educación fundado sobre falsos principios y por la atmósfera de hipocresía, de prejuicios y de vicios que rodean su vida.

La existencia de las inglesas es todo lo que se puede imaginar de más monótono, de más árido y de más triste. Para ellas, el tiempo no tiene medida y los días, los meses, y los años no traen ningún cambio a esta agobiante uniformidad.

Las jóvenes son educadas según la posición social de sus padres; pero cualquier rango que deban ocupar está siempre bajo el imperio de los mismos prejuicios con que se dirige la educación.

En este país del despotismo más atroz, y donde ha estado de moda mucho tiempo el alabar la libertad, la mujer está sometida por los prejuicios y la ley a las desigualdades más indignantes. Ella no hereda sino cuando no tiene hermanos; está privada de derechos civiles y políticos, y la ley la sujeta en todo a su marido. Formada bajo la hipocresía, llevando sobre sí el yugo pesado de la opinión, todo lo que impresiona a sus sentidos al salir de la infancia, todo lo que desarrolla sus facultades, todo lo que ella sufre tiene como resultado inevitable el materializar sus gustos, el entorpecer su alma y el endurecer su corazón.

Los novelistas ingleses, conmovidos con las escenas que veían en el interior de las familias, han soñado otras en las cuales han creado sobre el testimonio de su imaginación. También en tanto que son verdaderas cuando pintan las ridiculeces del común de los *gentlemen*, los santurrones pretenciosos de la burguesía, las tiranías del padre y del esposo, el insultante orgullo de los superiores, la bajeza de los subalternos, otro tanto se alejan de la realidad en sus lienzos de felicidad doméstica. ¡La felicidad sin la libertad! ¡La felicidad por lo tanto jamás ha existido en la sociedad del amo y del esclavo!

He aquí cómo ocurren las cosas en las familias que gozan de bienestar.

Los niños están confinados al cuarto piso con su ama o aya. La madre los pide cuando quiere verlos y solamente entonces los niños vienen a hacerles una corta visita durante la cual la madre les habla en tono ceremonioso[1]. La pobre niñita estando así

1. En la clase alta, las señoritas mantienen a sus ayas hasta que se casan. Cuando la madre quiere verlas, les envía con su criado una invitación para venir a tomar el té, y las señoritas se arreglan para presentarse en el departamento de su madre como si fueran a visitar a una extraña.

privada de caricias, sus facultades amantes quedan inertes; ella ignora enteramente la dulzura de la intimidad, de la confianza, del esparcimiento, que toda niña naturalmente espera tener de parte de un padre que la quiera. Tiene por su padre, al que apenas conoce, un respeto mezclado de temor y por su hermano una consideración y una deferencia que, desde muy corta edad, se le obliga a mostrarle.

El sistema seguido por la educación de los jóvenes me parece que tiene por objeto embrutecer al muchacho más inteligente.

Jacotot dice: *todo está en todo*. La educación inglesa parece mostrar, al contrario, que en el *todo no hay nada*. No se ocupa sino de imprimir sobre los jóvenes cerebros *palabras* de todas las lenguas europeas; en cuanto a las *ideas* nada cambia. En esta extravagante manía, la barbarie iguala a la estupidez. Se da a un niño una nodriza alemana, una *institutriz francesa*, una ama *española*, a fin de que aprenda desde la edad de cuatro a cinco años tres o cuatro lenguas. He visto a unas pequeñas criaturas de éstas, cuya suerte era verdaderamente digna de compasión; no podían hacerse comprender por las personas que las rodeaban. Toda travesura, toda gracia en el lenguaje les estaba terminantemente prohibida. Incapaces de comunicarse verbalmente, estaban obligados a hacerse comprender por *signos*. Este estado hacía nacer, según la naturaleza de las organizaciones, la irritación o la apatía: las unas eran vocingleras, irritables, perversas; las otras, silenciosas y tristes. El niño forzado a sobrecargar su memoria de palabras de tres o cuatro lenguas no adquiere sino una concepción confusa del sentido que las palabras expresan; retiene el signo oral y deja escapar la idea que representa. La memoria de las palabras se desarrolla fuera de medida, pero la inteligencia necesaria para concebir el pensamiento se destruye. El conocimiento de las lenguas es, sin duda, necesario para un pueblo cuya codicia invade la tierra entera; pero es preciso antes subordinar toda especie de instrucción al desarrollo de la organización; luego considerar la utilidad del lenguaje que se hace aprender al niño. Es raro, sino imposible, que se pueda

expresar con pureza y elegancia en tres o cuatro lenguas. Ahora bien, como las locuciones son irregulares e incorrectamente unidas al acento extranjero chocan en todo país y como las mujeres raramente son llamadas a tener relaciones de asuntos con las naciones extranjeras, pienso que en general existe para ellas cosas más útiles de aprender.

Todo el que aprende, es enseñado con el mismo método de las lenguas. Es preciso que la joven aprenda música, aunque tenga o no aptitud para este arte; que dibuje, que dance, etc. Resulta de esta educación que las señoritas saben un poco de todo y no tienen en nada un talento con el cual se puedan servir aunque fuera para distraerse. Sin embargo se encuentran excepciones, pero son raras.

En cuanto a la educación moral, ella se forma en la Biblia. Este libro encierra buenas cosas. Todo el mundo está de acuerdo; pero qué de impurezas, de historias indecentes, de imágenes obscenas habría que quitar para poner en manos de la juventud, si se quiere evitar que su imaginación se ensucie y vea la justificación de todas las acciones que la sociedad reprueba: el robo, el asesinato, la prostitución, etc. Porque, digan lo que digan los reverendos, la *educación por las escrituras* es la más antisocial de las educaciones. Entre las mil y mil contradicciones inglesas aquélla no es la menos chocante. Exigir que una joven sea pura, casta, inocente y prescribirle la lectura de un libro donde se encuentran las historias de Lot, de David, de Absalón, de Ruth, el Cantar de los Cantares, etc.; y cuando sepa las predicaciones de San Pablo sobre los fornicadores, que su memoria será adornada de escenas de violaciones, de amor adúltero, de prostitución y de orgía que representa la Biblia y las expresiones de las cuales se sirve el santo libro, se le dirá que no debe pronunciar las palabras *camisa, calzoncillos, calzón, muslo de pollo, perra*, etc. Es por lo tanto la apariencia de castidad, de inocencia, y la realidad del vicio lo que se enseña a las jóvenes, así como se enseña al pueblo la *apariencia* de religión y la realidad de la ociosidad y de los desórdenes que ella produce prescribiéndole la observación del domingo. ¡Cosa extraña! La moral no existe por

ninguna parte; no se cree más en la castidad, en la probidad y en ninguna de las acepciones de la palabra *virtud*. Nadie se deja engañar por las apariencias, y, sin embargo, ellas continúan envolviendo las costumbres nacionales.

Las jóvenes tienen muy pocas distracciones. Como el interior de las familias es frío, árido y mortalmente pesado, se lanzan impetuosamente a la lectura de novelas. Desgraciadamente estas novelas ponen en primer plano amantes tales que Inglaterra no los presenta, y la influencia de esta lectura hace nacer esperanzas que no podrían realizarse. La imaginación de las jóvenes toma un cariz novelesco, ellas no sueñan sino con el rapto, pero con la particularidad que caracteriza este siglo de confort, de comodidad y de lujo, que el raptor debe ser hijo de un *nabab* o de un *lord*, heredero de una inmensa fortuna y que el rapto se haga en una soberbia calesa de cuatro caballos. Las jóvenes ricas lejos de responder a los deseos de que son objeto, tienen los sentidos cerrados, el corazón endurecido, y su espíritu frío y positivo, somete todo al cálculo. Las decepciones que experimentan estas señoritas no tendrían lugar si se les hubiera dado el gusto de los goces intelectuales, inspirado en el desprecio por las satisfacciones de la vanidad y ellas hubiesen sido formadas en el hábito de vivir de poco. Si se les hubiera explicado el Evangelio, ellas sabrían que las grandes riquezas corrompen el corazón casi siempre, y ellas no desearían en lo menor ser amadas por jóvenes que pasan su vida en las casas de juego y mezclados con las prostitutas. Estas señoritas, después de esperar vanamente, la calesa de cuatro caballos, llegadas a la edad de veintiocho y treinta años, se casan con los pequeños negociantes, con los empleados pobres o con los equivalentes. Muchas también quedan señoritas.

A la verdad, la suerte de la mujer casada es mucho más triste que la de la muchacha soltera. Por lo menos ésta goza de una cierta libertad, puede salir al mundo, viajar con parientes y amigos, mientras que una vez casada, no puede salir sin el permiso de su marido. El marido inglés es el tipo de señor y amo de los tiempos feudales. Se cree y ello de buena fe, en

el derecho de exigir a su mujer la obediencia pasiva del esclavo, la sumisión y el respeto. Aquél, la encierra en su casa, no porque es amoroso y celoso como el turco, sino porque la considera como su *cosa*, como un mueble que no debe servir sino para su uso, y a quien debe siempre encontrar bajo su mano. No entra de ningún modo en sus ideas el deber de la fidelidad a su mujer. Esta manera de ver, que deja el campo libre a las pasiones, muchos la motivan sobre la Biblia. El marido inglés se acuesta con su sirvienta, la arroja cuando está encinta o va a dar a luz, y no se cree más culpable que Abraham enviando al destierro a Agar y a su hijo Ismael.

La mujer, en Inglaterra, no es en lo menor como en Francia, el ama de casa, ella es casi siempre enteramente extranjera. El marido tiene el dinero y las llaves, él es el que ordena los gastos, contrata o despide a las domésticas, ordena el almuerzo todas las mañanas, invita a los comensales; él solo decide la suerte de los niños; en una palabra, se ocupa exclusivamente de todo. Muchas de las mujeres no saben con precisión qué género de asuntos tienen sus esposos, a qué profesión son destinados sus niños y generalmente ignoran el estado de su fortuna. La mujer inglesa no pregunta jamás a su marido lo que él hace, qué sociedad ve, cómo gasta él, y dónde pasa su tiempo. No hay una sola mujer que ose permitirse el dirigir muchas preguntas. De esta extrema dependencia, de este respeto, de las mujeres inglesas por la voluntad de su *señor y amo*, a la familiaridad, al interés activo de las mujeres francesas para con sus maridos, hay todo el espacio que separa la civilización francesa de hoy día de la de San Luis. La mujer inglesa no tiene garantía alguna para su fortuna y puede ser despojada de ella sin saberlo. Es por el periódico ordinariamente que ella sabe que su marido ha tenido pérdidas, que está arruinado, y a veces que se ha levantado la tapa de los sesos.

He dicho ya que es de costumbre que los niños vivan con su aya en una pieza aparte; la madre no va ahí jamás. No es de ella de quien aprenden a hablar, no es ella la que desarrolla gradualmente su espíritu y su corazón. Cuando la aya o gobernanta le lleva los niños al salón, ella examina si están

bien limpios, si sus vestidos están frescos; terminada esta inspección, ella los abraza y los despide hasta el día siguiente. Cuando están más grandes, los niños viven en pensión, la madre entonces no los ve sino raramente, y una vez casados, las relaciones cesan casi enteramente: se escriben y eso es todo. Esta frialdad, esta indiferencia como madre y esposa, no resulta solamente de la educación petrificante que ha sufrido, es también la consecuencia, natural de la posición que la mujer inglesa ocupa en la casa conyugal: ¿qué interés puede tomar en una asociación que se conduce en todo sin que su voluntad y sus consejos participen en nada? ¿La buena o mala fortuna del amo no deja siempre a los esclavos en una indiferencia completa?

Creo adivinar aquello que les ha valido a estas mujeres la reputación de mujeres de entre casa, es su vida sedentaria. En efecto, cómo suponer que quedándose siempre en casa no se ocupen de algo. Sin embargo eso es lo que tiene lugar: no solamente las mujeres inglesas no hacen nada en su casa, sino que todavía piensan y creen rebajarse a la condición de obreras si agarran una aguja[2]; para ellas el tiempo es una carga abrumadora. Se levantan muy tarde, desayunan lentamente, leen los periódicos, se visten; después a las dos, llega la segunda comida. Después leen la novela y escriben cartas de doce a quince páginas. Para comer hacen un segundo arreglo personal. Después de la comida, hacia las siete o las ocho, toman el té siempre muy lentamente. A las diez de la noche, cenan y finalmente se quedan solas en un rincón de la chimenea.

Nada manifiesta tanto el materialismo de esta sociedad inglesa que el estado de nulidad al que los hombres reducen a sus compañeras. ¿Las cargas sociales no son comunes a la mujer tanto como al hombre, para que estos señores crean poder excluirla y la condenen a vivir la vida de la planta? ¡Oh!

---

2. No hablo sino de las mujeres de bienestar; porque está bastante claro que la mujer pobre y la del pequeño comerciante están forzadas a trabajar. Pero muchas prefieren convertirse en *mujeres galantes*, antes de *descender al estado de obreras*. En Inglaterra el trabajo envilece.

es preciso convenirlo, ¡la *educación bíblica* produce maravillosos efectos! ¿Este orden inglés no hace la sátira más amarga del matrimonio indisoluble? ¿Podrá inventarse algo más fuerte para hacer resaltar la extravagancia de la institución? Bajo el imperio de circunstancias parecidas, es necesario para que exista en Inglaterra un número tan grande de mujeres de mérito, que Dios haya impartido a las inglesas mucha más fuerza moral y de inteligencia que a sus amos, de otra manera llegarían a ser necesariamente criaturas completamente estúpidas.

Las causas de todos los matrimonios en Inglaterra son: del lado de las muchachas, el deseo de sustraerse del poder paternal; de aligerar el yugo de los prejuicios que pesan tan fuertemente sobre las jóvenes, y la esperanza de gozar en el mundo de más importancia. Porque para las almas elevadas es una necesidad tomar parte en el movimiento de la sociedad. Del lado de los hombres es únicamente el deseo de apoderarse de la dote, con la cual se pagan las deudas, hacen especulaciones, o, si esta dote es una fortuna, de comer las rentas en los clubes, en los *finishes*, o con las amantes.

Dentro de este mercado, la mujer es la que es engañada. Los prejuicios la conducen al altar y la concupiscencia la espera para despojarla. Los hombres llevan la misma existencia que antes de estar casados; el lazo del matrimonio, que es tan pesado para las mujeres, no les impone ninguna obligación, y según cómo lo quieran ellos, viven con mujeres alegres, sirvientas y actrices. La mayor parte mantiene suntuosamente a una amante en una bella casa pequeña de los arrabales. Esta costumbre es universal, entre los hombres ricos tanto de la *cité* como del West-end. Forman una segunda familia; todo lo que tienen de afecto en el corazón se lo dan a esta mujer elegida y para los hijos que ella les dé, mientras la pobre mujer legítima que han tomado únicamente como un socio capitalista, es a sus ojos una compañía incómoda, desabrida: las atenciones que ella exige, la consideración, el respeto que el mundo les obliga a mostrarle, son deberes que lo importunan y a los cuales escapan manteniéndose fuera el mayor tiempo posible. ¿En qué se convierte la *mujer contrato*? ¡Ay!

ella está reducida al estado de máquina para fabricar niños, «¡y los veinticinco años más bellos de su vida se los pasa teniendo *niños!*».

El aislamiento lleva a la mujer inglesa a observar, a meditar. Un gran número de ellas, se dedica a escribir. Hay en Inglaterra muchas más mujeres autoras que en Francia, porque las francesas tienen una vida más activa y son menos excluidas que las inglesas del movimiento social. Muchas mujeres autoras han descrito Inglaterra y desde Lady Montagu, que ha escrito sus impresiones de viaje en un estilo tan puro, tan elegante, gran cantidad de otras se han lanzado, a su ejemplo, en la carrera literaria y han dado prueba de un mérito incontestable. Es sobre todo en la novela y en los cuadros de costumbre donde estas mujeres sobresalen. Todo el mundo conoce las obras de Lady Morgan. Nadie antes que ella había trazado tan bien el carácter irlandés y dado tanta vida a la pintura de Irlanda. Las obras de Lady Blissington se hacen notar por la exactitud en la observación, lo picante de su pensamiento; y yo podría citar muchos otros nombres. Últimamente una joven ha aparecido y su comienzo ha sido de lo más brillante, jamás una autora literaria ha brillado con tan vivo resplandor, ni ha dado tan bellas esperanzas, y Lady Litton-Bulwer se ha colocado en el primer puesto de la literatura. Esta mujer de elite es una de las numerosas víctimas de la indisolubilidad del matrimonio. Así su primer libro es un largo quejido de dolor; ella lo ha titulado *Escenas de la vida real*. No se muestra impunemente el talento: no pudiendo la gente contestarle se ha elevado contra el escándalo de semejantes divulgaciones. Pobres mujeres no se les permite sino sufrir..., este mundo les ha prohibido hasta la queja.

El marido de Lady Bulwer, conocido como célebre novelista, llegó al Parlamento y a título de barón, cuando Lady Bulwer vino a revelar el bello genio con que Dios la ha dotado. Desde entonces Sir Litton-Bulwer se siente destrozado por los demonios de la envidia; ha recurrido a la calumnia para empañar un resplandor que lo ciega. Rodea a su mujer de espías, y como la autora se agranda, quiere mancillar a la

esposa. A la verdad, corre un rumor entre el público de Londres que explica la envidia devoradora y el odio activo conque persigue a su mujer. Se dice que es Lady Bulwer la autora de todas las novelas que ha publicado bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer. Lo que da a esta afirmación la consistencia de un hecho probado, es que después de la separación de los dos esposos, Sir Litton-Bulwer no ha publicado nada de notorio, y que en la Cámara de los Comunes no se ha elevado jamás por encima de la cantidad de mediocridades parlamentarias. Después la elegante simplicidad, la altura de pensamiento, la marcha de la acción en las *Escenas de la vida real*, por Lady Bulwer, hace ver en ella el autor de *Rienzi* y de *Pethan*, las dos novelas publicadas bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer y que han tenido gran éxito[3].

Uno se consuela de la pérdida de su mujer; ¡pero perder una fuente de riqueza; perder su hada creadora; caer de las alturas del Olimpo...!

¡Oh, Lady Bulwer!, hago votos para que el odio de vuestro marido sea para siempre impotente; para que, más feliz que yo, escapéis de toda bala homicida; pero, ¡ay de mí! conozco lo suficiente el corazón humano como para poder predecir que su odio será implacable, y que os perseguirá hasta la tumba!

Las mujeres autoras se ocupan también, en Inglaterra, de los temas más graves. La señorita Martineau ha escrito unas obras muy notables sobre economía política; la señora Trollope ha publicado un viaje a América del Norte que ha tenido mucho éxito; la señora Gore ha escrito novelas cortas muy bellas acerca de las costumbres y la historia polaca, la señora Shilly hace versos llenos de melodía y de sentimiento. Muchas de estas damas escriben en revistas y periódicos; pero veo con profunda aflicción que todavía ninguna ha abrazado la causa de la libertad de la mujer, de esta libertad sin la cual todas las

3. He oído decir en Londres que *Rienzi* fue vendido en 60.000 libras esterlinas. Esta cifra me parece un poco exagerada.

otras son de tan corta duración, de esta libertad por la cual conviene a las mujeres autoras especialmente que combatan. Las mujeres autoras en Francia, desde este punto de vista, han aventajado a las inglesas. Sin embargo, una voz de mujer se hizo escuchar en Inglaterra hace medio siglo, voz que toma en esta verdad con la cual Dios ha marcado nuestra alma, un poder irresistible y una energía resplandeciente; voz que no tiene miedo de atacar uno a uno los prejuicios y de demostrar la mentira y la iniquidad. Mary Wollstonecraft ha titulado su libro: *A Vindication of the Rights of Woman* (*Defensa de los derechos de la mujer*); apareció en 1792.

Este libro fue agotado desde su aparición, lo cual no le ahorró a su autora el suplicio de la calumnia. No fue publicado sino el primer volumen y se ha vuelto extremadamente raro. No pude encontrarlo para comprarlo y de no haber tenido un amigo que me lo prestó me habría sido imposible leerlo. La reputación de este libro inspira tal horror que, si vos habláis aun a las mujeres *de dicho progreso*, ellas os responderán con un movimiento de horror: «¡Oh, es un libro muy malo!» ¡Ah! la calumnia cae a menudo sobre la celebridad de mayor mérito; trasmite sus odios de generación en generación y no respeta la tumba, ni la gloria misma la detiene.

Mary Wollstonecraft dedicó su libro al señor de Talleyrand-Périgord. Escuchad a esta mujer, a esta mujer inglesa que fue la primera que osó decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente *a los dos sexos* y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que es su deber, de hombre de Estado, de actuar conforme a esta opinión, de hacer triunfar las consecuencias de ella y de establecer la completa emancipación de la mujer.

He aquí algunos pasajes de esta obra:

> Reclamando por los derechos de la mujer, mi principal argumento, para demostrar su utilidad, está fundado sobre aquella razón bien simple, que, si la educación no prepara a la mujer para convertirse en la compañera del hombre, ella detendrá el progreso;

porque si los conocimientos humanos son derecho exclusivo del hombre, su influencia no tendrá eficacia sobre la marcha de la sociedad.

Si queréis que vuestro niño aprenda a comprender el verdadero patriotismo, es preciso que su madre sea una patriota esclarecida. Y el amor de la humanidad, fuente de toda virtud, no podría desarrollarse en ellos sino por la apreciación del interés moral y político del género humano; pero la educación actual de la mujer la excluye de tales investigaciones.

Me dirijo a vos, señor, como un legislador, y os pregunto si, cuando los hombres combaten por su libertad y porque se les deje decidir a ellos mismos lo que conviene a su propia felicidad, ¿no es inconsecuente e injusto sujetar a las mujeres a leyes en las cuales ellas no han participado? ¿Quién ha constituido al hombre en juez exclusivo para decidir si la mujer está, como él, dotado de razón?

Los tiranos de todas las denominaciones, desde los reyes hasta los padres de familia actúan y razonan igual; ellos se apresuran en destruir la razón, en usurpar los derechos, y afirman que es por la utilidad general que ahogan la voz de todo. ¿Vuestra conducta no se parece a aquella de los tiranos cuando negáis a las mujeres derechos civiles y políticos, y las forzáis a quedar encerradas en sus familias y a moverse en medio de las tinieblas?

Si la mujer debe continuar en estar excluida de la participación de los derechos naturales de la humanidad, vos debéis antes que todo probar, a fin de rechazar la acusación de injusticia e inconsecuencia, que ella carece de razón, de otra manera vuestra nueva constitución llevará siempre la huella de la iniquidad, y testimoniará que el hombre, librándose al despotismo ha quedado tirano él mismo, y vos lo sabéis señor, la tiranía en cualquier parte de la sociedad en la que se muestre, aniquila toda moral.

[...]

Si no se permite a las mujeres gozar de derechos legítimos, ellas pervertirán a los hombres y a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos.

Ahora he aquí cómo habla ella a las mujeres:

> Espero que las mujeres me excusarán si las trato como seres racionales, en lugar de hablarles de sus gracias encantadoras y de considerarlas como si estuviesen en un perpetuo estado de infancia, incapaces de actuar por ellas mismas. Deseo ardientemente indicarles, en qué consisten la verdadera dignidad y la felicidad. Deseo persuadirlas de la necesidad de desarrollar sus fuerzas intelectuales y físicas. Deseo convencerlas que aquellas dulces expresiones de susceptibilidad de corazón, delicadeza de sentimiento y refinamiento de gusto, son casi sinónimos de debilidad; y que esas criaturas débiles, que son objeto de la piedad o de aquella especie de amor que la piedad hace nacer, son pronto abandonadas por el hombre y se convierten en objeto de su desprecio.
>
> Rechazando por lo tanto esas frases gentiles para uso de las damas de las cuales la condescendencia de los hombres quiere aprovecharse, bien para suavizar el yugo de nuestra dependencia, y despreciando esta elegancia de espíritu, esta sensibilidad exquisita y esta blanda docilidad de maneras, que se supone son los rasgos característicos de nuestro sexo, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la verdad moral, deseo mostrar que el primer objeto de una ambición loable debe ser para todos, sin distinción de sexos, ser útil a sus semejantes; que el bien que resulta para el prójimo de las acciones de los hombres es la piedra de toque del mérito de estas acciones.

Mary Wollstonecraft reclama la libertad de la mujer como un *derecho*, a nombre del principio sobre el cual las sociedades fundan lo justo y lo injusto. Ella la reclama porque sin la libertad no puede existir obligación moral de ninguna especie, como demuestra igualmente que sin la igualdad de estas obligaciones, para uno y otro sexo, la moral carece de base, cesa de ser verdadera.

Mary Wollstonecraft dice que considera a las mujeres bajo el punto de vista elevado de criaturas que son, al igual que los hombres, colocadas sobre esta tierra para desarrollar sus facultades intelectuales. La mujer no es ni inferior, ni superior al hombre; estos dos seres no se diferencian; desde el punto de

vista del espíritu y de la forma, sino para guardar armonía, y sus facultades morales, estando destinadas a completarse por la unión, deben recibir el mismo grado de desarrollo. Mary Wollstonecraft se levanta contra los escritores que consideran a la mujer como un ser de naturaleza subordinada y destinada a los placeres del hombre. A este respecto hace una crítica muy justa de Rousseau, quien establece que la mujer debe ser *débil* y *pasiva*, y el hombre activo y fuerte; que la mujer ha sido formada para estar sujeta al hombre, y finalmente que la mujer debe hacerse agradable y obedecer a su amo y que tal es el objeto de su existencia. Mary Wollstonecraft demuestra que según estos principios las mujeres son educadas para la astucia, para la doblez y para la galantería, mientras que su espíritu queda sin cultura, y la sobreexcitación de su sensibilidad dejándolas sin defensa hace que se vuelvan víctimas de todas las opresiones. La autora prueba que la alteración de toda moral es la consecuencia rigurosa de estos principios. La tendencia, perniciosa de estos libros, añade, en los cuales los escritores degradan insidiosamente a las mujeres, en el momento mismo en que están prosternados frente a sus encantos, no serán nunca suficientemente señalados ni tan severamente censurados.

...Curs'd vassalage
First idoliz'd till love's hot fire be o'er
Then slaves to those Who courtd us before.
Dryden

Mary Wollstonecraft se yergue con coraje y energía contra toda especie de abuso.

> Los homenajes y el respeto —dice— cuya propiedad es el objeto, son las fuentes envenenadas de las que proviene la mayor parte de los males que hacen del mundo una horrible escena a contemplar.
>
> ...Porque todos buscan obtener el respeto por las riquezas, y las riquezas ganadas, no importa cómo, obtendrán el respeto que no

> es debido sino al talento y a la virtud. Los hombres desatienden todos los deberes del hombre, y sin embargo son tratados como semidioses. La religión está también aislada de la moral, y los hombres se sorprenden de que el mundo no es más que una cueva de ladrones y de opresores.

Mary Wollstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint Simon ha difundido más tarde, y que se propagaron con tanta rapidez después de la revolución de 1830. Su crítica es admirable; ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia; y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Ella denuncia atrevidamente la cantidad de prejuicios de los que la gente está rodeada; quiere para los dos sexos, *la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos*, la educación profesional *para todos*, y el divorcio a voluntad de las partes. «Fuera de estas bases —dice ella— toda organización social que prometiera la felicidad pública, mentiría a sus promesas.»

¡El libro de Mary Wollstonecraft es una *obra imperecedera*! Es imperecedera porque la felicidad del género humano está ligada al triunfo de la causa que defiende la *reivindicación de los derechos de la mujer.*

Sin embargo existe desde hace medio siglo, y ¡nadie lo conoce...!

LIMA Y SUS COSTUMBRES
(Extracto del capítulo VIII de 'Peregrinaciones de una paria', 1838)

[...]La plaza, construida para este género de espectáculos, demuestra por sus gigantescas dimensiones, el gusto dominante de este pueblo. Vacilé mucho tiempo en rendirme a las invitaciones de las señoras amigas mías que me ofrecían sus palcos, pues me costaba trabajo dominar mi repugnancia por este género de carnicería. Sin embargo, como quería estudiar las costumbres del país, no podía limitarme a las observaciones de salón. Debía ver a este pueblo en aquello a que sus inclinaciones lo arrastran. Fui un domingo a la corrida de toros en compañía de mi tía, de otra señora y de Mr Smith. Encontré allí un gentío inmenso, cinco o seis mil personas, quizá más, todas muy bien vestidas, según su condición, y gozosas por el placer que esperaban. Alrededor de un amplio redondel estaban colocadas en anfiteatro, veinte filas de banquillos. Encima se hallaba la galería, dividida en palcos ocupados por la aristocracia limeña. La vista del dolor me hace tanto daño que siento un cruel pesar en describir el espectáculo, repugnante por su barbarie, de que fui testigo. Me es imposible dominar las emociones que siento ante aquellas

escenas de horror y el pincel para pintarlas se escapa de mis manos.

En el coso se presentan cuatro o cinco hombres a caballo que tienen en la mano una banderita roja y una lanza corta con lámina acerada y cortante. En medio de este coso existe una rotonda formada con estacas tan juntas como para que los toros no puedan pasar la cabeza por los intersticios. Tres o cuatro hombres se mantienen dentro de esta rotonda. Salen en el momento de abrir la puerta por la que entra el animal en la arena y comienzan a aguijonearlo. Le echan cohetes sobre el lomo, en las orejas, lo excitan con todos los tormentos imaginables y en cuanto temen ser destripados, entran rápidamente en su barrera. No creo que haya alguien que pueda librarse de un fuerte sobresalto a la vista del toro cuando encolerizado, azotando sus flancos con la cola, y resoplando, lanza a ratos mugidos de rabia. Su furor convulso es espantoso. Salta mil veces y persigue a los caballos y a los hombres, pero éstos se le escapan con agilidad.

Concibo el atractivo poderoso que estos espectáculos pueden tener en Andalucía: allí son soberbios los toros, cuyo furor no necesita ser excitado; los caballos llenos de fuego y de vigor para el combate; los toreros andaluces vestidos como pajes, brillantes de pajuelas de oro y diamantes, cuya agilidad, gracia y valentía, tienen algo mágico jugándose con el furor del terrible animal al que derriban de un golpe, dan a aquellas representaciones tanta grandiosidad y el peligro es tan real y el valor tan heroico, que concibo, como he dicho, el entusiasmo y la embriaguez de los espectadores. Pero en Lima nada viene a poetizar estas escenas de carnicería. En ese país de clima suave y debilitante, los caballos y los toreros carecen de vigor; los hombres, de coraje. Diez minutos después de estar suelto, el toro se fatiga, y para prevenir el fastidio de los espectadores, los hombres que están en la barrera, armados con una hoz enmangada con una pértiga, le cortan los jarretes de atrás. El pobre animal no puede ya apoyarse sino sobre las patas delanteras y da pena verlo arrastrarse así. En ese estado los bravos toreros limeños le echan cohetes, lo abruman a lanzadas,

en una palabra, lo matan en ese sitio como podrían hacerlo los torpes y bárbaros carniceros. El desgraciado toro forcejea, lanza sordos mugidos, gruesas lágrimas corren de sus ojos y, al fin, su cabeza cae en el charco de sangre negra que lo rodea. Entonces la banda toca música, mientras se coloca el animal muerto sobre un carro arrastrado por cuatro caballos que parten a todo galope. Durante todo este tiempo, el pueblo palmotea, golpea con los pies, grita, es una alegría, una exaltación que parece alucinar todas las cabezas. ¡Ocho hombres armados acaban de matar un toro!; ¡magnífica causa de entusiasmo! Estaba indignada con este espectáculo. En cuanto mataron al primer toro quise retirarme, pero las señoras me dijeron:

—Hay que esperar. Lo bueno viene siempre al fin, los últimos toros suelen ser los más bravos. Quizá matarán a los caballos o herirán a los hombres.

Y estas señoras recalcaron la palabra *hombre*, como para decirme: «entonces será interesante...». Tuvimos mucha suerte: el tercer toro destripó un caballo y casi mató al torero que lo montaba. Los que cortaban los jarretes, en su espanto, le destrozaron las cuatro patas y el animal, jadeante de furia, cayó bañado en sangre. El caballo, por su lado, tenía los intestinos fuera del vientre. A esta vista salí precipitadamente, pues temí sentirme mal. Mr Smith estaba pálido y sólo pudo decirme:

—Este espectáculo es inhumano y repugnante.

Apoyada en su brazo, anduve por algún tiempo por el paseo que rodea el río. El aire puro me reanimó, mas el recuerdo del lugar de donde acababa de salir me entristecía todavía. Ese atractivo que ofrecía a todo un pueblo el espectáculo del dolor me parecía un indicio del último grado de corrupción. Estaba preocupada por estas reflexiones, cuando vimos venir la calesa de mi hermosa tía. Me gritó, desde la distancia en que la podía oír:

—Y bien; señorita Florita, ¿por qué se escapó en el mejor momento? ¡Oh!, ¡si hubiese visto el último!, ¡qué magnífico animal!, ¡inspiraba miedo! ¡Ha habido tal entusiasmo en la plaza!, ¡oh!, ¡era encantador!

Miserable pueblo, pensaba yo, ¿estás tan desprovisto de piedad como para encontrar placer en semejantes escenas.

El Rímac se parece mucho al río Arequipa. Corre igualmente sobre un lecho de piedras y entre rocas. El puente es hermoso y es allí en donde se colocan los papanatas para ver pasar a las señoras que van al Paseo de Aguas. Antes de proseguir, voy a dar a conocer el vestido especial de las mujeres de Lima, el partido que sacan del él y la influencia que tiene sobre sus costumbres, hábitos y carácter.

No hay ningún lugar sobre la tierra en donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima. Reinan allí exclusivamente. Es de ellas de quien procede cualquier impulso. Parece que las limeñas absorben, ellas solas, la débil porción de energía que esta temperatura cálida y embriagadora deja a los felices habitantes. En Lima las mujeres son, por lo general, más altas y de constitución más vigorosas que los hombres. A los once o doce años están ya completamente formadas. Casi todas se casan a esa edad y son muy fecundas. Tienen embarazos felices, dan a luz con facilidad y se restablecen pronto. Casi todas amamantan a sus hijos, pero siempre con ayuda de una nodriza, quien suple a la madre y alimenta también al niño. Ésta es una costumbre proveniente de España, en donde las familias acomodadas tienen para sus hijos dos nodrizas. Las limeñas no son hermosas por lo regular, pero su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible. No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer. No tienen la piel curtida como se cree en Europa. La mayoría son, al contrario, muy blancas. Las otras, según su diverso origen, son trigueñas, pero de una piel lisa y aterciopelada y de una tez cálida y llena de vida. Las limeñas tienen todas buen color, los labios de un rojo vivo, hermosos cabellos ondulados naturalmente, ojos negros de forma admirable, con un brillo y una expresión indefinible de espíritu, de orgullo y de languidez. Es en esta expresión en donde reside todo el encanto de su persona. Hablan con mucha facilidad y sus gestos no son menos expresivos que las palabras con que los acompañan.

Su vestido es único. Lima es la única ciudad del mundo en donde ha aparecido. En vano se ha buscado hasta en las crónicas más antiguas, de donde podía tener su origen. No se ha podido descubrir. No se parece en nada a los diferentes vestidos españoles y lo que hay de cierto es que no fue traído de España. Se encontró en aquellos lugares a raíz del descubrimiento del Perú, aunque es notorio al mismo tiempo que nunca existió en otra ciudad de América. Ese vestido, llamado *saya*, se compone de una falda y de una especie de saco, que envuelve los hombros, los brazos y la cabeza, y se llama *manto*. Ya oigo a nuestras elegantes parisienses lanzar exclamaciones sobre la sencillez de este vestido. Pero están muy lejos de pensar en el partido que puede sacar de él la coquetería. Esa falda, que se hace de diferente tela según la jerarquía del rango y la diversidad de las fortunas, es de un trabajo tan extraordinario que tiene el derecho de figurar en las colecciones como objeto de curiosidad. Sólo en Lima se puede confeccionar un vestido de esta especie. Las limeñas pretenden que se deba haber nacido en Lima para poder hacer una saya, y que un chileno, un arequipeño o un cuzqueño jamás podrían llegar a *plisar la saya*. Esta afirmación, cuya exactitud no me he inquietado en verificar, prueba cuán fuera de las costumbres conocidas se halla este vestido. Trataré de dar una idea por algunos detalles.

Para hacer una saya ordinaria se necesitan doce o catorce varas de raso. Se forra con una tela de algodón muy ligera. El obrero, a cambio de las catorce varas de raso, trae una faldita que tiene tres cuartos de alto, toma el talle dos dedos encima de las caderas y baja hasta el tobillo. Es tan excesivamente apretada, que en la parte baja tiene el ancho preciso para poner un pie delante de otro, caminando a pasos menudos. Se encuentran así ceñidas dentro de esa falda como en una vaina. Está completamente plisada de arriba abajo, a pequeños pliegues y con tal regularidad que sería imposible descubrir las costuras. Esos pliegues están tan sólidamente hechos y dan a este saco tal elasticidad, que se ha visto el caso de sayas que tenían ya quince años y conservaban todavía

suficiente elasticidad para dibujar todas las formas y prestarse a todos los movimientos.

El *manto* está también artísticamente plisado, pero, hecho de tela muy delgada, no podría durar tanto como la falda, ni el plisado resistir los movimientos continuos de quien lo usa y la humedad de su aliento. Las mujeres de buena sociedad llevan saya de raso negro. Las elegantes tienen, además, otras de colores de fantasía, tales como morado, marrón, verde, azul, rayadas, pero jamás de tonos claros, por la razón de que las mujeres públicas las han adoptado de preferencia. El manto es siempre negro y envuelve el busto por completo. No deja ver sino un ojo. Las limeñas usan también un corselete, del que se ven las mangas. Esas mangas, cortas o largas, son de ricas telas: terciopelo, raso de color o tul; pero la mayoría de las mujeres va con los brazos desnudos en todas las estaciones. El calzado de las limeñas es de una gran elegancia. Tienen lindos zapatos de raso de todos los colores, adornados con bordados. Si son bajos, los colores de las cintas contrastan con el del zapato. Usan medias de seda caladas, de distintos tonos y cuyos talones están profusamente bordados. En todas partes las mujeres españolas se hacen notar por la gran elegancia de su calzado. Pero hay tanta coquetería en el de las limeñas que parecen sobresalir en esta parte de su indumentaria. Las mujeres de Lima usan el cabello separado a cada lado de la cabeza. Cae en dos trenzas perfectamente hechas y rematadas por un grueso nudo de cintas. Esa moda, sin embargo, no es la única. Hay mujeres que usan los cabellos ondulados a la *Ninon* y caen en largos bucles sobre el seno, el cual, según la moda del país, dejan casi siempre desnudo. Desde hace algunos años se ha introducido la moda de llevar grandes chales de crespón de China, ricamente bordados en colores. La adopción de este chal ha hecho su vestimenta más decente, velando, con su amplitud, el desnudo y las formas demasiado marcadas. Uno de los refinamientos de su lujo es tener un lindo pañuelo de batista dorado y adornado con encaje. ¡Oh. ¡Cuánta gracia tienen, qué embriagadoras son estas bellas limeñas con su saya de un hermoso negro brillante al sol, que dibujan las formas

verdaderas de algunas, falsas en muchas otras, pero que imitan tan bien a la naturaleza, que es imposible al verlas tener idea de la superchería...! ¡Qué graciosos son los movimientos de sus hombros cuando atraen el manto para ocultar por completo el rostro, que por momentos dejan ver a hurtadillas! ¡Qué fino y flexible es su talle y cuán ondulante es el balance de su paso! ¡Qué lindos son sus piececitos y qué lástima que sean demasiado gruesos!

Una limeña con saya o vestida con un lindo traje llegado de París, no es la misma mujer. Se busca en vano, bajo el vestido *parisién*, a la mujer seductora que se encontró por la mañana en la iglesia de Santa María. Por eso mismo, en Lima todos los extranjeros van a la iglesia, no para oír cantar a los frailes el oficio divino, sino para admirar bajo su vestido nacional, a esas mujeres de naturaleza aparte. Todo en ellas está, en efecto, lleno de seducción. Sus posturas son tan encantadoras como su paso y cuando están de rodillas inclinan la cabeza con malicia, dejando ver sus lindos brazos cubiertos de brazaletes, sus manitas con los dedos resplandecientes de sortijas que recorren un grueso rosario con una agilidad voluptuosa, mientras sus miradas furtivas llevan la embriaguez hasta el éxtasis.

Un gran número de extranjeros me ha referido el efecto mágico producido sobre la imaginación de muchos de ellos por la vista de aquellas mujeres. Una ambición de aventuras les hizo afrontar mil peligros con la firme persuasión de que la fortuna les esperaba en esas lejanas playas. Las limeñas les parecieron sacerdotisas o, más bien, pensando en el paraíso de Mahoma, creyeron que para resarcirles de los penosos sufrimientos de una larga travesía y recompensar su valor, Dios les había hecho llegar a un país encantado. Esos extravíos de la imaginación no parecen muy inverosímiles, cuando se es testigo de las locuras y extravagancias que las bellas limeñas inducen a hacer a aquellos extranjeros. Se diría que el vértigo se ha apoderado de sus sentidos y el deseo ardiente de conocer sus facciones, que ellas ocultan cuidadosamente, les hace seguirlas con ávida curiosidad. Pero hay que tener una gran

práctica en ver sayas para seguir a una limeña con ese vestido que da a todas una gran semejanza. Se necesita una atención sostenida para no perder de vista, entre la multitud, a aquella cuya mirada ha encantado. Ágil, se desliza y muy pronto en su sinuosa carrera, como la serpiente a través del césped, se escapa a la persecución. ¡Oh! ¡desafío a la más linda inglesa, con su cabellera rubia, sus ojos en los que se refleja el cielo y su piel de lirio y de rosa, a luchar con una limeña bonita con saya! La española misma, con su noble porte y su hermosa fisonomía, llena de orgullo y de amor, no parecería sino fría y altiva al lado de la linda limeña con saya. ¡Oh! Sin ningún temor de ser desmentida, puedo afirmar que las limeñas con ese traje serían proclamadas las reinas de la tierra, si bastara la belleza de las formas y el encanto magnético de la mirada, para asegurar el imperio que la mujer está llamada a ejercer. Pero si la belleza impresiona los sentidos, son las inspiraciones del alma, la fuerza moral y los talentos del espíritu los que prolongan la duración de su reinado. Dios ha dotado a la mujer de un corazón más amante y más abnegado que el del hombre y si, como no hay ninguna duda, honramos al Criador en el amor y la abnegación, la mujer tiene sobre el hombre una superioridad incontestable. Mas es preciso que cultive su inteligencia y, sobre todo, que se haga dueña de sí misma para conservar esta superioridad. Sólo con estas condiciones obtendrá toda la influencia que Dios ha permitido ejercer a las cualidades de su corazón. Pero cuando desconoce su misión, cuando en vez de ser el guía, el genio inspirador del hombre y la causa de su perfeccionamiento moral, sólo trata de seducirlo y reinar sobre sus sentidos, su imperio se desvanece junto con los deseos que ha hecho nacer. Del mismo modo, cuando esas limeñas encantadoras que no han puesto ningún ideal elevado en las actividades de su vida, después de haber electrizado la imaginación de los jóvenes extranjeros, llegan a mostrarse tales como son, con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando sólo del dinero... destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos produjeron.

Sin embargo, las mujeres de Lima gobiernan a los hombres porque son muy superiores a ellos en inteligencia y en fuerza moral... La fase de civilización en la que se encuentra este pueblo está aún muy lejos de la que hemos alcanzado en Europa. No existe en el Perú ningún instituto para la educación de uno u otro sexo. La inteligencia no se desarrolla sino por sus fuerzas naturales. Por esta causa, la preeminencia de las mujeres de Lima sobre el otro sexo, por inferiores que sean a las mujeres europeas con relación a la moral, debe atribuirse a la superioridad de inteligencia que Dios le ha concedido.

Se debe también hacer notar cuán favorable es la indumentaria de las limeñas para secundar su inteligencia y hacerles adquirir la gran libertad y la influencia dominante de que gozan. Si alguna vez abandonaran aquel traje sin adoptar nuevas costumbres, si no reemplazaran los medios de seducción que les proporciona este disfraz por la adquisición de talentos y virtudes que tengan como objetivo la felicidad y el perfeccionamiento de los demás, virtudes cuya necesidad no han sentido hasta ahora, se puede predecir sin vacilar que perderán enseguida todo su imperio, caerán muy bajo y serán tan desdichadas como pueden serlo las criaturas humanas. No podrán ya entregarse a esa actividad incesante que favorece su incógnito y serán presa del tedio sin ningún modo de suplir la falta de estimación que se profesa en general a los seres que no son accesibles sino a los goces de los sentidos. En prueba de lo que digo, voy a trazar un ligero esquema de los usos de la sociedad de Lima y se juzgará, según esta exposición, de la exactitud de mis observaciones.

La saya, como he dicho, es el vestido nacional. Todas las mujeres la usan, cualquiera que sea la clase social a que pertenezcan. Se la respeta y forma parte de las costumbres del país como en Oriente lo es el velo de la musulmana. Desde el principio hasta el fin del año, las limeñas salen así disfrazadas y aquel que osara quitar a una mujer con saya, el manto que le oculta el rostro por completo a excepción de un ojo, sería perseguido por la indignación pública y severamente castigado.

Se ha establecido que cualquier mujer puede salir sola. La mayoría de las veces se hace seguir por una negra, pero no es obligación. Ese vestido cambia de tal modo la persona y hasta la voz, cuyas inflexiones se alteran (la boca está cubierta) a tal punto, que salvo que esta persona tenga algo notable, como un talle muy alto o muy bajo, que sea coja o jorobada, es imposible reconocerla. Creo que se necesitan pocos esfuerzos de imaginación para comprender las consecuencias que resultan de un estado de disfraz continuo, consagrado por el tiempo y la costumbre y sancionado o al menos tolerado por las leyes. Una limeña desayuna por la mañana con su marido con un pequeño peinador a la francesa, con los cabellos levantados, absolutamente como nuestras señoras de París. Si tiene deseo de salir se pone su saya sin corsé (la faja interior que oprime la saya es suficiente), deja caer sus cabellos, se tapa[1], es decir, esconde la cara con el manto y va donde quiere. Encuentra a su marido en la calle y él no la reconoce[2], le intriga con su mirada, le hace gestos, le provoca con frases, entra en gran conversación, se deja ofrecer helados, frutas, bizcochos, le da una cita, le deja y enseguida entabla otro diálogo con un oficial que pasa. Puede llevar tan lejos como quiera esta nueva aventura sin quitarse jamás su manto. Va a visitar a sus amigas, hace un paseo y entra en su casa para almorzar. Su marido no le pregunta dónde ha ido, pues sabe perfectamente que, si tiene interés en ocultarle la verdad, le mentirá y como no tiene medio de evitarlo, adopta el partido más sabio: el de no inquietarse. Así estas señoras van solas al teatro, a la corrida de toros, a las asambleas públicas, a los bailes, a los paseos, a las iglesias, a las visitas y son muy bien vistas en todas partes. Si encuentran algunas personas con quienes desean conversar, les hablan, las dejan y son libres e independientes en medio de la multitud, aún más de lo que son los

1. *Tapada* es la designación de la mujer que oculta el rostro con el manto.
2. Muchos maridos me han asegurado que no reconocen a sus esposas tapadas cuando las encuentran.

hombres con el rostro descubierto. Ese vestido tiene la inmensa ventaja de ser a la vez económico, muy limpio, cómodo, se tiene listo en cualquier momento y jamás se necesita el menor cuidado.

Existe, además, una costumbre que no debo dejar de referir. Cuando las limeñas quieren hacer su disfraz aún más impenetrable, se ponen una saya vieja, toda desplisada, rota y cayéndose a pedazos, un manto y un corselete viejos. Pero las que desean hacerse reconocer como pertenecientes a la buena sociedad se calzan perfectamente y llevan en el bolsillo uno de sus más lindos pañuelos. Este subterfugio es aceptado y se llama *disfrazar*. A una disfrazada se la considera como persona muy respetable. No se le dirige la palabra. No se le acercan sino muy tímidamente. Sería inconveniente y aún desleal tener motivos importantes para hacerlo y, por consiguiente, nadie debe arrogarse el derecho de examinar sus actos.

Después de lo que acabo de escribir sobre el vestido y los usos de las limeñas, se concebirá fácilmente que deben tener un orden de ideas diferente al de las europeas, quienes desde su infancia son esclavas de las leyes, de las costumbres, de los hábitos, de los prejuicios, de las modas, en fin, de todo. Mientras bajo la saya, la limeña es libre, goza de su independencia y se apoya confiadamente en esta fuerza verdadera que todo ser siente en sí cuando puede proceder según los deseos de su organismo. La mujer de Lima, en todas las situaciones de su vida, es siempre *ella*. Jamás soporta ningún yugo: soltera, escapa al dominio de sus padres por la libertad que le da su traje; cuando se casa, no toma el nombre del marido, conserva el suyo y siempre es la dueña de su casa. Cuando el hogar le aburre mucho, se pone su saya y sale como lo hacen los hombres al coger su sombrero. En las relaciones íntimas que mantiene, ya sean ligeras, ya serias, las limeñas conservan siempre dignidad, aunque su conducta a este respecto sea en realidad muy diferente de la nuestra. Al igual que todas las mujeres, ellas miden la fuerza del amor que inspiran por la extensión de los sacrificios que se hacen por ellas. Como después del descubrimiento, su país no ha atraído a los europeos

a tan gran distancia de sus patrias sino por el oro que podían obtener, el *oro únicamente*, con exclusión de los talentos o la virtud, ha sido siempre el único objeto de la consideración y el móvil de todas las acciones. Es el que ha dirigido todo; los talentos y la virtud, nada. Las limeñas, consecuentes en su manera de proceder con el orden de las ideas que se desprenden de ese estado de cosas, no ven pruebas de amor sino en la cantidad que les es ofrecida. Es por el valor de la ofrenda por el que juzgan la sinceridad del amante y su vanidad queda más o menos satisfecha según que las sumas recibidas sean más o menos grandes y mayor o menor el precio del objeto regalado. Cuando se quiere dar idea del violento amor de tal señor por tal señora, no se emplea sino esta fraseología: «Le ha dado oro a manos llenas. Le ha comprado por un precio enorme todo cuanto había de más precioso. Se ha arruinado totalmente por ella...» Es como si nosotros dijéramos: «Se mató por ella». La mujer rica siempre recibe dinero de su amante, aunque sea para darlo a sus negras si no tiene en qué gastarlo. Es para ella una prueba de amor, la única que la puede convencer de que es amada. La vanidad de los viajeros les hace disfrazar la verdad y cuando han hablado de las mujeres de Lima y de la buena suerte que han tenido con ellas, no se han jactado de que eso les hubiese costado un pequeño tesoro. Esas costumbres son muy originales, pero son verdaderas. He visto a varias señoras de buena sociedad usar sortijas, cadenas y relojes de hombre...

Las señoras de Lima se ocupan de sus casas. Pero como son muy activas, el poco tiempo que les consagran basta para tener todo en orden. Tienen una inclinación decidida por la política y la intriga. Son ellas quienes se ocupan de colocar a sus maridos, a sus hijos y a los hombres que les interesan. Para obtener su propósito no hay obstáculos o disgustos que no sepan dominar. Los hombres no se mezclan en esta clase de asuntos, y hacen bien. No se desenredarían con la misma habilidad. Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones sociales, juegan mucho, fuman cigarrillos y montan a caballo, no a la inglesa, sino con un pantalón largo como los

hombres. Tienen gran pasión por los baños de mar y nadan muy bien. En materia de talentos de adorno, tocan la guitarra, cantan muy mal (hay algunas, sin embargo, que lo hacen bien) y bailan con un encanto indescriptible los bailes del país.

Las limeñas no tienen, en general, ninguna instrucción, no leen y permanecen extrañas a todo cuanto ocurre en el mundo. Tienen mucho espíritu natural, una comprensión fácil, buena memoria y una inteligencia sorprendente.

He descrito las mujeres de Lima tal como son y no según ciertos viajeros. Esto me cuesta, sin duda alguna, pues la manera amable y hospitalaria como ellas me han acogido, me han penetrado de los más vivos sentimientos de reconocimiento. Pero mi papel de viajera concienzuda me hace un deber decir toda la verdad.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

OBRAS DE FLORA TRISTÁN

(1835): *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangéres*, Paris, Delaunay. Edición actual presentada y comentada por Denys Cuche, Paris, L' Harmattan, 1988.
(1837): «Pétition pour le rétablissement du divorce à Messiers les députes» (Petición para el restablecimiento del divorcio).
(1838): *Péregrinations d'une paria 1833-1834*, 2 vols. Paris. Edición actual en París, INDIGO& Côté-femmes éditions, tomo 1 (1999) y tomo 2 (2000). Hay una traducción española: *Peregrinaciones de una paria*, Madrid, Istmo, 1986.
(1838): *Méphis*, 2 vols. Paris, Ladvocat. Edición actual en INDIGO-Côté–femmes éditions, Paris, tomo 1 (1996), tomo 2 (1997).
(1838): «Pétition pour l' abolition de la peine de mort à la chambre des Députés», le 10 décembre, Paris, Imp. de Mne. Huzard (Petición para la abolición de la pena de muerte).
(1838): «Letrres de Bolivar», Paris, *Le Voleur*, 31 Juillet, pp. 90-94, «Cartas de Bolívar», traducidas como apéndice en la

edición española de *Peregrinaciones de una paria*, Madrid, Istmo, 1986.
(1840): *Promenades dans Londres,* Londres, H.L. Delloye. Ediciones actuales: Promenades dans Londres ou l'aristocratie et les prolétaires anglais, ed. a cargo de FranÇois Bédarida, Paris, Maspero, 1978; INDIGO& Coté-femmes éditions, Paris, 2001; existe traducción al español con un estudio preliminar de Estuardo Núñez en Lima, *Paseos en Londres,* Biblioteca Nacional del Perú,Lima, 1972.
(1843): *Union ouvrière,* Paris. Nueva edición a cargo de Daniel Armogathe y Jacques Grandjonc, Paris, Éditions des Femmes, Paris, 1986; la edición española cuenta con una Introducción de Yolanda Marco «Feminismo y utopía», *Unión Obrera*, Barcelona, Fontamara, 1977.
(Obra póstuma): *Le tour de France, journal inédit 1843-1844.* Edición actual con texto y notas de Jules Puech y una introducción de Stéphane Michaud, 2 vols., Paris, Maspero, 1980.
(Obra póstuma): *L'emancipation de la femme, ou le testament de la paria*, obra completada a partir de sus notas y publicada por A. Constant, Paris, La Vérité, 1846. *La emancipación de la mujer o el testamento de la paria*, Lima, Ed. PTCM, 1948.

Correspondencia

(1980): *Lettres réunies*, presentadas y anotadas por Stéphane Michaud, Paris, Seuil.
(1995): *La paria et son revé*, correspondencia editada por Stéphane Michaud, ENS éditions.

OBRAS SOBRE FLORA TRISTÁN

ARCINIEGA, R. (1948): «Flora Tristán, la precursora», en *Cuadernos Americanos*, nº 6, México.
BAELEN, J. (1974): *Flora Tristán: Feminismo y socialismo en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

BLOCH-DANO, E. (2002): *Flora Tristán. Pionera, revolucionaria y aventurera del siglo XIX*, Maeva.

BLOMBERG, G. (1998): «Flora Tristan: a predecessor of Marx and Engels», vol. 11, nº 1, pp. 5-15.

BULLRICH, S. (1982): *Flora Tristán, la visionaria*, Buenos Aires, Riesa.

BUSSE, «Flora Tristan and Peruvian Feminist in the 20th Century», *Journal of Women´s History*, Bloomington: Indiana University Press, en prensa.

CROSS, M. y T. GRAY (1992): *The feminism of Flora Tristan*, Berg, Oxford y Providence,

DESANTI, D. (1972): *Flora Tristan, la femme révoltée*, Paris, Hachette

DIJKSTRA, S. (1992): *Flora Tristan: Feminism in the age of George Sand*, London, Pluto Press.

GÓMEZ TABANERA, J.M. (1986): «Sobre Flora Tristán», *Asociación Internacional de Hispanistas*, Congreso en Berlín.

GROGAN, S.K. (1992): *French Socialism and Sexual Difference: Women and the new Society, 1803-1844*, Basingstoke, MacMillan.

GROGAN, S.K. (1998): *Flora Tristan, Life stories*, Londres, Routledge.

Le PROHON, P. (1979): *Flora Tristan*, Anthony, Éditions Corymbe.

LEO, G. (1996): *Flora Tristan, la révolte d´une paria*, Paris, Éditions de l´Atelier.

MICHAUD, S. (1994): «Flora Tristan, George Sand, Pauline Roland: les femmes et l'ínvention d'une nouvelle moral 1830-1848», en *Actas del II Coloquio Internacional Flora Tristan*, Paris, Créaphis.

MICHAUD, S. (1985): «Un fabuleux destin: Flora Tristan», en *Actas del I Coloquio Internacional Flora Tristán*, Dijon, Editions Universitaires de Dijon.

MIGUEL ÁLVAREZ, A. de (1994): «Flora Tristan», en MEYER, U.I., BENNENT-VAHLE, H. (eds.), *Philosophinen LexiKon*, ein- FACH-verlag, pp. 328-330.

PINILLOS IGLESIAS, M.N. (2002): *Flora Tristán*, Madrid, Fundación Enmanuel Mounier.

PORTAL, M. (1983): *Flora Tristán, la precursora*, Lima, La Equidad.

PUECH, J. (1925): *La vie et l'oeuvre de Flora Tristan*, Paris, Librairie Marcel Rivière.

SÁNCHEZ, L.A. (1992): *Flora Tristán: una mujer sola contra el mundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

El feminisno de Flora Tristán es de raíz ilustrada, presupone por tanto unas reivindicaciones y un proyecto político que sólo pueden articularse a partir de la idea de que todos los seres humanos nacen libres, iguales y con los mismos derechos, pero toma cuerpo en el periodo inmediatamente posterior a la Revolución Francesa, a una derrota amarga, y seguramente inesperada, del feminismo. Tras ella, las mujeres no podían subir a la tribuna pero sí al cadalso. Manteniendo la continuidad con el pensamiento de autoras anteriores (Mary Wollstonecraft, entre otras), Tristán imprime a su feminismo un giro de clase que en el futuro daría lugar al feminismo marxista. Al tiempo, se emparentaba con las corrientes críticas a las que se ha denominado "socialismo utópico", pero teorizando ya la necesidad de una *Unión Obrera*, de un partido obrero. Parece claro que muchos de sus planteamientos (feministas y socialistas) carecen todavía de respuesta y que el matrimonio entre marxismo y feminismo puede haber tenido una convivencia poco afortunada, pero las ideas de Tristán siguen siendo necesarias para entender y transformar el mundo en el que vivimos y pensamos.

FLORA TRISTÁN

Han sido sus tesis feministas las que han garantizado a Flora Tristán un puesto en la historia del pensamiento. "Todas las desgracias del mundo provienen del olvido y el desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer", escribió en 1843 en su obra más conocida, *Unión Obrera*. Esta mujer autodidacta, nacida en París en 1803, tuvo una vida intensa y azarosa hasta morir en Burdeos en 1844. Criada en la abundancia en los primeros años de su vida, pasó a la pobreza más extrema, sufrió malos tratos tanto físicos como psíquicos por parte de su marido, se reveló ante el sistema patriarcal de la Francia de entonces e intentó y consiguió ser una mujer libre e independiente, en una época en la que los pilares del código napoleónico prescribían la eterna minoría de edad de la mujer casada. Su lucha incesante por conseguir una sociedad más justa e igualitaria ha quedado intensamente plasmada en su obra. Así, entre otras, en *Peregrinaciones de una paria* (1838) denuncia las distintas manifestaciones de exclusión social de la sociedad de Arequipa; en *Paseos en Londres* (1840) realiza una de las primeras y más duras descripciones de las condiciones de vida de los desheredados británicos (los "proletarios" en el lenguaje de Tristán). Escribió entonces: "la esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco el proletariado ingles". Su compromiso con los movimientos obreros y feministas, propiciaron la aparición de su *Unión Obrera*.

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

CATARATA

9 788483 191590